Accessions
205556

Shelf No.
D.1556.109

FROM THE
Ticknor Fund.
Rec'd Nov. 8, 1876

COLECCION

DE

LIBROS ESPAÑOLES

RAROS Ó CURIOSOS.

TOMO DÉCIMO.

ROMANCERO

HISTORIADO CON MUCHA VARIEDAD

DE GLOSAS Y SONETOS

POR

LÚCAS RODRIGUEZ

MADRID
IMPRENTA DE T. FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1875

D.150b
.109

205,556
Nov. 8, 1876.

Excmo. Sr. marqués de la Fuensanta del Valle.

MI QUERIDO AMIGO:

Ofrecí á V. escribirle el prólogo del ROMANCERO HISTORIADO, cuando contaba con tiempo y disposicion de espíritu para dedicarme á tareas literarias; ajeno á la sazon, de que llegado el momento de poner manos á la obra, habíanme de faltar ambas cosas, aunque no el gusto y voluntad, que de complacerle siempre he tenido. No hay para qué relatar las causas de ello, por serle á V. harto conocidas; basta consignar el hecho, en disculpa de lo corto del trabajo, y de la forma epistolar en que se lo envío.

Cumplidamente llena el objeto de

la Coleccion el libro á que sirven de proemio estas líneas: raro es, á pesar de las cuatro ediciones que de él se hicieron en los últimos años del siglo XVI, y curiosidad ofrece por más de un concepto, si detenidamente se examina. Rarísimos, en verdad, se han hecho los libros de solaz y entretenimiento, y especialmente los Romanceros publicados en todo el siglo XVI, siendo de notar, que obras de la misma época, escritas sobre historia, teología y otros asuntos graves, se encuentran con gran facilidad, aunque sólo exista de ellas una edicion. La razon de ello es, sin duda, que los primeros, impresos para el vulgo, poco cuidadoso y constante en sus deleites, perecian en las mismas manos que los adquirian, ó eran trasportados á tierras extrañas en las mochilas de nuestros soldados, que

á la sazon corrian toda la redondez del mundo, al paso que las obras de estudio tenian entrada franca en las bibliotecas de los Cabildos y monasterios, donde se han conservado hasta nuestros dias. Creo que el tamaño del libro influye tambien, y no poco, en su conservacion, y por eso, en igualdad de circunstancias, son más raros los en 12.° que los en fólio.

El Romancero Historiado de Lúcas Rodriguez se imprimió la primera vez en Alcalá de Henares, en 8.°, en casa de Hernan Ramirez 1579 ó 1581. En 1582 se volvió á imprimir en el mismo punto, en 12.°, por Querino Gerardo; dos años despues, en el de 1584, en Lisboa por Andrés Lobato, y en 1585 se hizo la cuarta y última edicion, en 8.°, con este título: *Romancero historiado con variedad de glosas, sonetos y cartas pas-*

toriles, hecho y recopilado por Lúcas Rodriguez, escriptor de la Universedad de Alcalá de Henares.—Alcalá de Henares.—Hernan Ramirez.—1585.

Todas las ediciones tienen figuras grabadas en madera, segun costumbre trasmitida hasta nuestros dias en los romances y cantares de los ciegos, cuyos grabados se han reproducido fielmente en esta impresion.

El Sr. Duran incluyó en su Romancero, de la *Biblioteca de Autores Españoles*, todos los romances históricos y caballerescos que contiene el libro. El aleman Depping tuvo á la vista el ROMANCERO HISTORIADO para formar su preciosa coleccion de antiguos romances populares; uno de los libros más bellos que existe sobre este ramo de literatura, y al que dan extraordinario realce y estima las eruditísimas notas que puso

el Sr. Alcalá Galiano en la edicion de Leipsique de 1844.

Como Wolf y Hofmann se propusieron coleccionar los romances más viejos y populares en su *Primavera* y *Flor de Romances*, no es extraño que nada hayan escogido del ROMANCERO HISTORIADO, prefiriendo, por convenir al plan de su obra, los originales antiguos á las composiciones reformadas por diversos autores; y así vemos, que allí se insertan tres romances sobre el reto de Zamora, y no se incluye el de Lúcas Rodriguez, que no es más que una reforma de los ya impresos en el *Cancionero de Romances de* 1550, en la *Rosa Española de Timoneda*, y en diferentes pliegos sueltos de los que corrian en manos del vulgo.

El Sr. Ochoa, en su *Tesoro de romanceros y cancioneros españoles*, Pa-

rís, 1838, y Barcelona, 1840, insertó como anónimo el romance que empieza:

Muerto yace el rey don Sancho

que lo trae tambien Escobar en el Romancero del Cid, y que, sin más alteracion que la falta de los dos últimos versos, se halla en el ROMANCERO HISTORIADO. Creo que es de los antiguos, y que Lúcas Rodriguez lo insertó en su coleccion sin variacion alguna.

Por este y otros ejemplos que pudieran citarse, fácil es de notar que, aparte de las glosas y alteraciones de poquísima importancia hechas por el autor, en el libro de Lúcas Rodriguez se hallan preciosos restos de la poesía popular del siglo XVI, despojada de las galas con que despues la vistieron preclaros ingenios, pero

conservando su sencillez y desaliño primitivos y su carácter de sabrosa antigüedad; mérito que distingue esta coleccion de otras del mismo género, y áun de la publicada muchos años ántes por Sepúlveda.

Los romances pastoriles que contiene el libro, intercalados de liras y sonetos, prueban el gusto ya dominante en aquella época por la poesía italiana, que tan gallardamente habia tomado carta de naturaleza en nuestro suelo, con Boscan y Garcilaso. Nada más ajeno de la sencillez y rudeza pastoril que lo que dicen y hacen los pastores en estos romances, donde ya apuntan algunos de los defectos que, andando el tiempo, deslustraron las obras de nuestros más insignes poetas.

Entre los sonetos sueltos de varios autores que contiene el ROMANCERO

hay algunos, como el siguiente, comparables con los buenos del Petrarca:

Como se viese amor desnudo y tierno,
Temblando el triste va buscando un dia
Donde escaparse de la nieve fria,
Y el yelo mitigar del recio invierno.
Pues viendo acaso el resplandor eterno
Que de Tirena y de su faz salia,
Lumbre debe de haber aquí, decia,
Y, entrando, busca su dolor gobierno.
Topó en el seno, el seno dióle enojos,
Que estaba frio más que nieve el seno;
El corazon, que es piedra, mal le trata.
Huyó del corazon, fuese á los ojos,
Y como vió el lugar tan dulce y bueno,
Allí quiso vivir, y de allí mata.

Tienen gracia y están escritas con soltura las dos cartas en octava rima con que concluye el libro, siendo todo él de agradable lectura y con la composicion final de sabrosos dejos.

Creo, amigo mio, que V. y el señor Sancho Rayon estan haciendo

un gran servicio á las letras españolas con la publicacion de sus preciosos libros raros y curiosos, en cuya árdua tarea resplandece el acierto á par del más exquisito gusto literario, pues no hay un libro siquiera de los publicados que no sea de la mayor estima, por su rareza ó por su importancia para la historia del arte.

No concluiré sin darle á V. las gracias por haberme creido digno de colocar mi nombre al lado del suyo y al frente del ROMANCERO HISTORIADO; y con esto se despide hasta otra su antiguo y buen amigo

JOSÉ NUÑEZ DE PRADO.

Sevilla 2 de Diciembre de 1875.

ROMANCERO

HYSTORIADO CON MUCHA VARIEDAD

DE GLOSAS Y SONETOS

Y AL FIN UNA FLORESTA PASTORIL

Y CARTAS PASTORILES.

HECHO Y RECOPILADO

POR

LUCAS RODRIGUEZ

Escriptor de la Universidad de Alcalá de Henares.

DIRIGIDO

AL ILMO. SEÑOR MELCHIOR DE HERRERA

Marqués de Auñon,

del Consejo de Hacienda de Su Majestad.

Con Privilegio.

Impresso en Alcala de Henares, en casa de Hernan Ramirez impressor de libros, año de 1585.

Esta prorrogado este privilegio, por otros seis años mas, dende el dia que se cumplio este, por su Magestad. Con nueva prorrogacion y nueva licencia.

EL REY.

Por quanto por parte de vos, Lucas Rodriguez, vecino de la villa de Alcalá de Henares, nos fué hecha relacion que vos teniades compuesto un libro intitulado *Romancero historiado* y nos pedistes y suplicastes lo mandase ver y daros licencia para le poder imprimir y privilegio por el tiempo que nos fuésemos servido ó como la nuestra merced fuese. Lo qual visto por los del nuestro Consejo y como en el dicho libro se hizo la diligencia que la pragmática agora nuevamente fecha dispone, fué acordado que debíamos mandar dar

esta nuestra Cédula. Por la qual os damos licencia y facultad á vos, el dicho Lucas Rodriguez, ó quien vuestro poder hubiere, para que por tiempo de ocho años primeros siguientes, que se cuenten desde el dia de la fecha de esta mi Cédula en adelante y no otra persona alguna, podais imprimir y vender el dicho libro en estos nuestros Reynos, sopena que la persona ó personas que sin tener vuestro poder lo imprimieren ó vendieren ó hicieren imprimir ó vender ó trujeren de fuera parte impreso, pierdan la impresion y los moldes y aparejos con que lo hicieren é incurran más, cada uno dellos, en pena de cincuenta mil maravedís, la tercia parte para la persona que lo avisare, y la otra tercia para nuestra cámara y fisco, y otra tercia parte para el juez que lo sentenciare. Con tal que

todas las veces en que durante dicho término lo hiciésedes imprimir despues de impreso lo traigais á tasar al nuestro Consejo y corregirlo con el original que en él presentastes, que van rubricadas las hojas y firmado al fin de Cristóbal de Leon, nuestro Escribano de Cámara de los que residen en el nuestro Consejo; y no lo podais vender en otra manera sopena de incurrir en las penas contenidas en las leyes y pragmáticas de nuestros Reynos. Y mandamos á los del nuestro Consejo, Presidentes y Oydores de las nuestras Audiencias, Alcaldes, Alguaciles de nuestra casa y Corte, y á todos los Corregidores, Asistentes, Gobernadores, Alcaldes, Alguaciles y otras cualesquier justicias destos nuestros Reynos que os guarden y cumplan y hagan guardar y cumplir esta nuestra Cédula, y

contra lo en ello contenido no pasen en tiempo alguno ni por alguna manera. Fecha en el Pardo á veinte y siete dias del mes de Enero de mil quinientos y setenta y nueve años.

Yo el Rey.

Por mandado de su Magestad,
Mateo Vazquez.

AL

Ilmo. Sr. MARQUÉS DE AUÑON,

LUCAS RODRIGUEZ.

S. P. D.

No sé, Ilustrísimo Señor, si es determinacion dirigir á Vuestra Señoría esta obra, porque tan pequeño servicio trae consigo tanta desproporcion, que temo sea juzgada por temeraria mi buena voluntad, pues tendré color de decir que trabajo tan liviano como este (aunque ha sido alguno) no tiene fuerza de venirse á poner delante de tanta grandeza. Dos cosas me animaron principalmente á publicar esta obra debajo del amparo de V. Señoría. La una, parecerme que por ser obra tan gustosa y de mucho provecho, por razon le es debido el favor de V. S, y la otra, ver que es costumbre antigua de los que algun libro componen y alguna obra traducen, dirigirla á personas tales de

quien la obra pueda ser debajo de su amparo defendida y el autor de ella favorecido. Y cierto no tuvieron sinrazon en usarlo y nosotros en seguirlo, pues no es poca satisfaccion á las vigilias y trabajos que en este ejercicio se padecen, ver, ya que la obra no esté tan bien compuesta, sea á lo ménos bien dirigida. Y así, á imitacion de tan ilustres varones, en dirigirla á Vuestra Señoría he querido seguir su órden, pues en ello ninguno se puede mejor emplear. Y así, Ilustrísimo Señor, dirijo, presento y ofrezco esta obrecilla y á mí con ella á Vuestra Señoría. A quien humildemente suplico nos reciba con la benignidad y clemencia que suele á todos recibir, y no mirando la bajeza de lo que se ofrece, se sirva de la voluntad con que se presenta, que es tan grande quanto el deseo que nuestro Señor la vida y estado de Vuestra Señoría felicite, guarde y acreciente.

AL LECTOR.

De olorosas varias flores
se encierra aquí un paraíso
plantado con raro aviso
por sutiles obradores.
Duro amor, tiernos amores,
favores y disfavor
aquí puedes ver, lector,
si no te faltan primores.

OTRA AL LECTOR.

Cual vá del ancho puerto temeroso,
el leve batelillo, de encontrarse
con roca alguna ó paso peligroso,
dó no puede escapar sin anegarse,
tal vá mi obra á tí, lector famoso,
en cuyas manos tiene de entregarse,
temiendo de anegarse por la mengua
que suele dar el tiro de la lengua.

SONETO AL AUTOR

DE UN AMIGO SUYO.

Batiendo el ala el jóven con que al cielo
piensa llegar, del padre ya olvidado,
su nombre del olvido ha libertado,
aunque sepulta en mar el mortal velo.
Vuestra pluma (olvidando de este suelo
la bajeza) tan alto os ha encumbrado,
que os pierde ya de vista el que admirado
(oh Lúcas) mira el fin de vuestro vuelo.
El viento del honor favoreciendo
el osado volar de vuestra pluma
en la dorada rueda os mostró el nido,
de donde un mar de ingenio descubriendo,
dais vida á vuestro nombre esclarecido,
sin temor que la muerte lo consuma.

HISTORIA

DE LA

DESTRUYCION DE TROYA

DESDE QUE EL REY MENELAO
CONVOCÓ LOS DE SU REINO, PARA IR
CONTRA TROYANOS,
HASTA QUE LOS DESTRUYÓ Y ASOLÓ Á LA CIUDAD
Y SACÓ Á LA REINA ELENA,
COMPUESTO POR EL MAESTRO ARZE.

Con instrumentos de guerra
y con pregones que ha dado
el Rey Menelao de Grecia
tiene el reino alborotado;

manda desplegar banderas
y convocar sus vasallos,
enviando embajadores
á los Reyes más cercanos.
Pregona por toda Grecia
guerra contra el Rey Troyano,
prometiendo grandes pagas
para todos sus soldados
y galardonar sus hechos
y darles sueldos doblados;
y pregona á sangre y fuego
la guerra por todo el campo
y en los despojos de Troya
hacer los soldados francos.
Acá suenan atambores,
acullá el pífano hinchado,
aquí soberbias trompetas,
allí el clarin delicado,
aquí forjan armaduras
de rico acero templado,
allí hacen municiones,
acullá inventan reparos;
unos afilan lanzones,
otros los van amolando,
otros alimpian visarmas
que fueron de sus pasados,
otros petos y espaldares
de largo tiempo olvidados,
otros en ricos escudos

de colores esmaltados,
mandan poner por divisas
de sus damas sus retratos,
otros dan nuevas colores
á los arneses tranzados,
otros en ricos almetes
ponen lozanos penachos,
otros de plata y de oro
encubiertan sus caballos,
otros diferencian trajes
con sedas y con brocados.
En unas partes hay justas,
en otras torneos trabados,
y en otras juegos de esgrima
y en otras juegos y dados.
Despues que se allegó el dia,
que ha de ser llanto de tantos,
por las míseras partidas
de soldados tan preciados,
en una plaza espaciosa
que la rodeaba un cuadro
delante de los soberbios
y suntuosos palacios,
cubierto de seda negra
hacen rico cadahalso,
y el Rey vestido de luto
baja muy acompañado
con corona en la cabeza
y con un cetro en la mano;

y humillándosele todos
sube á sentarse á lo alto
sin trompetas ni añafiles
ni clarin que sea tocado,
porque el mal que le lastima
y le tiene tan trocado
es celos, que es mal de males,
el mayor mal que hay criado.
Con rostro grave y sereno
el pueblo ya sosegado
les hace este parlamento
del hecho muy afrentado:
«Ya os acordareis, amigos,
cuando Páris el Troyano,
el hijo del Rey de Troya
ménos discreto que osado,
sin temeros á vosotros
ni sin respetar mi estado
me robó mi dulce Elena
de en medio de mi reinado,
con una mañosa astucia,
con una traicion y engaño,
poniendo mengua en mi honra,
mi reino y vuestro afrentando;
robóme la cara prenda
que los Dioses me habian dado,
con la cual vivia contento
y de vosotros amado,
ella de todos querida

yo de todos respetado.
Vasallos y amigos mios,
para lo que os he juntado
es, para que todos juntos
tomeis esta empresa á cargo
y satisfagais la honra
de aqueste Rey desdichado.»
Quiso hablar más el Rey,
pero se lo han estorbado
las lágrimas que le vienen
por las barbas goteando.

SEGUNDO ROMANCE TROYANO.

La gente que el cadahalso
de Menelao rodeaba,
moviéndoles compasion
las lágrimas que derrama,
gran alboroto y rüido
han levantado en la plaza,
diciéndose unos á otros,
el Rey ¿qué espera, ó qué aguarda?
dése prisa en esta empresa
que la venganza se tarda;
todos perdamos las vidas
haciendo cruda venganza.
Para sosegar la gente
que el alboroto causaba,

hizo el Rey cierta señal
con que al punto sosegaba,
y estando en sosiego toda
la gente quieta y callada,
de dos gradas más abajo
de dó el Rey sentado estaba
se levanta el fiero Aquiles,
el rostro encendido en brasa,
y el bravo y sagaz Ulises
que de enojo reventaba;
rogado Aquiles de Ulises
y de otros grandes que hablara,
con el rostro bravo y fiero
la voz en alto levanta,
y haciendo su acatamiento
de aqueste modo al Rey habla:
«Franco y poderoso Rey,
luz de la gente greciana,
de la justa empresa y guerra
contra la gente Troyana
ya hemos entendido todos
la razon, que es clara y llana;
tambien tú habrás entendido
el grande deseo y gana
que aquestos soldados tienen
de ver sangrientas sus lanzas,
y en el traidor enemigo
ejecutar ya su saña,
y yo como el más celoso

de tu honra y de tu fama
me prefiero aquí ante todos,
que de aquella vil canalla
de los traidores Troyanos
si me osaren hacer cara
que la primer sangre dellos
será por mí derramada,
y la ciudad brava y fuerte
de tantas torres cercada
yo la pondré por el suelo;
haréla ceniza y brasa,
y del ancho muro de ella
cegaré su honda caba,
y los altos chapiteles
y la soberbia muralla,
que casi tocan al cielo
con las puntas ricas y altas,
las allanaré por tierra
hasta quedar asoladas.»
Con el semblante feroz
que á todo el mundo espantaba
dejó de hablar Aquiles
porque Ulises comenzaba,
y haciendo al Rey la mesura
que entónces se acostumbraba,
se levanta y con la voz
no tan encolerizada,
aunque con mayor soberbia
y mayores arrogancias,

habla al Rey desta manera,
con la cara vuelta en grana:
«Poderoso y alto Rey
por cuyos hechos y fama
está temiendo y temblando
toda la Europa y el Asia,
y por los fuertes guerreros
que contino te acompañan
sujetos te dan tributos
tanto Señor y Monarca,
yo como pariente tuyo
y de tu real sangre y casa,
siento más aquesta afrenta
como á quien más le tocaba,
y así yo prometo y juro,
por tu corona afamada,
que mientras á este cuerpo
diere vida y ser esta alma,
y mientras mi brazo fuerte
pudiere sustentar lanza,
hacer tal castigo en ellos
como su maldad demanda,
y no ejecutar mi ira
en las torres y murallas
ni derrocar chapiteles
ni con ellos cegar cabas,
mas en los Troyanos mesmos,
como en gente tan malvada,
tomo sobre mí el castigo

y la empresa y la demanda;
pero lo que me lastima
y la paciencia me acaba
es que como son traidores
no valdrá ninguno nada,
pero si Páris ó Héctor,
que tan afamados andan,
quisieren juntos los dos
entrar conmigo en batalla,
dejaré el yelmo y escudo
por no llevarles ventaja,
y los haré conocer,
por los filos de mi espada,
como son grandes traidores
ó yo los rendiré el alma.»

TERCERO ROMANCE DE TROYA.

Cuando el fiero y bravo Ulises
delante del Rey habia
puesto fin á las soberbias
y arrogancias que decia,
dejando al pueblo y al Rey
con espanto y maravilla,
que de su valor y esfuerzo
todos ellos entendian
que era bastante á cumplir
todo lo que prometia;

puesto que del fuerte Aquiles
claramente conocian
ser el más fuerte guerrero
que entónces armas traia,
y el más orgulloso y bravo
que jamás se hallaria,
desde una ventana grande
que á la gran plaza salia
el alférez general
de toda la compañía,
despliega el real estandarte
rico y triste en demasía,
rico, porque el oro y perlas
las joyas y pedrería
tienen de valor y precio
más que dos ciudades ricas,
triste, porque es toda negra
la seda que en él se via
y los extremos azules
que muestran más su desdicha.
Las armas quel franco Rey
en su estandarte tenia
son, de una parte un leon
que grande espanto ponia,
y con gran ferocidad
mucha gente acometia,
y con las uñas y dientes
á todos los deshacia,
con once letras azules

que dicen, *Venganza mia;*
de la otra parte, pintada
una vieja calva habia
muy flaca, desnuda y seca
que los huesos descubria,
con culebras que la cercan
y el cuerpo casi ceñian,
y con las bocas y puntas
el flaco pecho rompian,
royéndola el corazon
que gran lástima ponia,
con un letrero en la frente
que dice, *Yo soy la envidia;*
prima hermana es de los zelos
que al Rey tanto le lastiman,
y aquesta envidia zelosa
quiso el Rey por su divisa.
Despues quel Alférez hizo
lo que á su oficio debia,
el Rey, con gravedad mucha
aunque mostrando alegría,
al son de muchos clarines
se levanta de su silla,
mandando á los capitanes
que para el siguiente dia
recojan lo necesario
para hacer su partida.
Ya todos los capitanes
recogen sus compañías,

mandando que á las galeras
lleven lo que convenia,
unos llevan trigo y ropa
otros cebada y harina,
otros caballos y armas
otros tablas y fagina,
otros el duro bizcocho
otros blanda miel traian.
Ya quel claro y rojo Phebo
con sus caballos salia
del húmido mar Tirreno
y el cabello sacudia,
dejando su madre sola
sube el horizonte arriba,
y ántes que con su presencia
diese luz y ser al dia,
el sabio Rey Menelao
sale con su compañía
ricamente aderezado
como á tal Rey convenia,
y al son de muchas dulzainas
y con paso un poco aprisa,
llegan el Rey y los suyos
á la poblada marina,
y cesando las dulzainas
empieza la artillería
y otros varios instrumentos
que aquestos se parecian,
con tanto estruendo y rüido

que el puerto ya se hundia.
El Almirante del mar
levanta una seña arriba,
ques una seña que en mar
se hace á la despedida;
ya reman los obligados,
ya va la vela tendida,
ya las madres y mujeres,
las hermanas y las primas,
por sus maridos y hermanos
se lloran y se lastiman;
ellos las dicen «á Dios,»
ellas, «ese sea tu guía;»
ellos desde el borde puestos
con las manos á porfía
hacen amorosas señas,
ellas llorando decian,
«los Dioses, hijos queridos,
os vuelvan acá con vida,»
y alzando al cielo las manos
las galeras bendecian.

CUARTO ROMANCE TROYANO.

Despues que la armada y flota
partió del puerto, cortando
con los herrados bajeles
el elemento salado,

dejando la Grecia toda
en grande tristeza y llanto,
y el Rey llevando el contento
mayor que nunca ha llevado
por ver tan lucida gente
que van á su empresa y mando,
pasados ya muchos dias
que habian por la mar gastado
yendo contentos y alegres
y el Rey muy regocijado,
en la rëal capitana
al arma, al arma han tocado.
Ya se aperciben apriesa,
ya todos andan turbados,
ya se turban, ya se truecan
las armas de los soldados;
unos se ponen las armas
primeras que se han topado,
otros los ajenos yelmos
por suyos van enlazando,
otros se ponen al borde
de miedo y temor temblando,
otros quisieran más verse
estar en Grecia cavando,
otros sin temor ni miedo
están al borde aguardando
y preguntando á los suyos
dónde están nuestros contrarios;
y fué la priesa del arma,

que un grumete de lo alto
de la gavia capitana
descubrió venir bogando
unos bajeles ligeros
que á ellos van enderezando,
y á cabo de poca pieza
como se iban acercando,
dió voces, «al arma, al arma:
que son bajeles troyanos,
y yo conozco las armas,
aunque vienen venteando,
que son del reino de Troya
en el unicornio franco.»
Y estando en esto se llegan
ocho bajeles vogando,
pensando ser buena empresa,
pero quedaron burlados;
y así como eran valientes
y en la mar ejercitados,
aunque vieron grande armada
la acometen denodados;
y el capitan desta gente
era el grán Ariobarzano,
que era el oficio de aqueste
ser capitan de cosarios,
y aunque temerariamente
les cayeron en las manos
haciendo rostro y defensa,
mas son muchos los Grecianos,

y de los ocho bajeles
los seis dellos han tomado,
y los dos por ser más diestros
dentrellos se han escapado,
y con la mayor presteza
que su temor les ha dado
vuelven á Troya huyendo
y entran dentro vozeando,
y al Rey y todos los suyos
les cuentan lo que ha pasado
y que viene contra Troya
todo el greciano reinado.
Manda el Rey armar los suyos,
y despues que se han armado
manda que vayan al puerto
para estorbarles el paso,
y el delantero de todos
y más animoso y bravo
era el belicoso Héctor,
el fuerte muro troyano.
Bien cerca de dia y medio
estuvieron esperando
á que llegase la armada,
y habiéndose devisado
salúdanse unos á otros,
no con gorras en las manos,
mas con sus lanzas y espadas,
con las saetas y dardos.
Fueron tantas las hazañas

que el fiero Héctor ha mostrado,
que él sólo por su persona
á muchas naos ha anegado;
pero como era su esfuerzo
á todos aventajado,
parecióle cobardía
no dejarles tomar campo,
y así mandó recoger
y retirar sus soldados,
y ellos se vuelven á Troya;
y en viéndolos retirados
saltan los Griegos en tierra,
y como eran seis doblados,
á la gran ciudad de Troya
la ponen cerco en llegando;
pero no habia dia ninguno
que el Héctor como esforzado
no trabase escaramuzas,
volviendo siempre triunfando.

QUINTO ROMANCE DE TROYA.

Viendo el fuerte y fiero Héctor
que el cerco permanecia,
siendo pasados cinco años
y algunos meses y dias,
y que no bastaba darles
combates ni baterías

para menguarles la gente,
sino que más acudian,
dejado aparte, que al Héctor
es lo que más le afligia,
el no poderse encontrar
con solo Aquiles un dia,
y así tres ó cuatro veces
le envió á decir si queria,
pues tanto se blasonaba
y se tenie en tanta estima,
que hiciesen los dos batalla
solos y sin compañía
en medio de los dos campos
que fuese de todos vista,
con tal que si el Héctor fuese
el vencido, que él daria
á la Reina Elena luégo
y al Rey se la volveria,
quedándose Troya al Rey
en tributo y pechería;
pero si Aquiles quedase
por vencido en la porfía,
al punto el cerco de Troya
se alzase y fuesen su vía:
á lo cual el fuerte Aquiles
por jamás condescendia,
excusándose diciendo
que á su Rey no convenia;
y el Héctor aquesta excusa

túvola por cobardía,
y al punto por toda Troya
pregona para otro dia
la batalla á campo abierto
sin saber lo que hacía,
que ya la envidiosa parca,
turbadora de alegría,
dá filos á su tijera
para cortarle la vida.
Y en esta sazon que el Héctor
dar la guerra pretendia,
Aquiles dentro en su tienda
tiene gran melancolía
por un agravio que el Rey
con una dama le hacia,
que trayéndola él de Grecia
por su dama y por su amiga,
el Rey se la quitó á él,
por ser tan graciosa y linda
y la más hermosa dama
que jamás vistió basquiña;
y muchas veces al Rey
aqueste recaudo envía:
Que le mande aquella dama
volver á su compañía,
si no que promete y jura
á lo que jurar podia
de que aunque viese los suyos
ir de rota y de huida,

de no los favorecer
ni salir á la conquista.
El Rey le responde, y dice
quel es su Rey, y podia
tener por suya la dama
y por suya la queria.
Despues que el mayor planeta
á su costumbre volvia
y sus dorados cabellos
por todo el mundo esparcia,
quitando el oscuro velo
á la tierra helada y fria,
y matizando con oro
el valle y la pradería,
y las cristalinas aguas
volviendo de plata fina,
y luciente, bella y clara
la tierra negra y sombría,
de la gran ciudad de Troya
las grandes puertas se abrian;
salen soldados galanes
de gran brio y lozanía,
salen mancebos dispuestos
de apostura y gallardía
en muy soberbios caballos
con doradas sobrevistas,
unos con plumas y motes,
otros con ricas divisas,
y los que amores no tienen

salen como al hecho que iban;
y el bravo y fuerte de Héctor
que gran contento ponia
sale no como hombre humano,
mas como cosa divina;
sale por medio de Troya
con extraña bizarría,
usando de su crianza
y de su gran cortesía,
que á cualquier dama que ve
en su ventana se inclina,
porque desde muy pequeño
á la dama que él veia
que tiene merecimiento
la festejaba y servia.
Iba tan lozano el Héctor,
tan gallardo á maravilla,
que los niños y mujeres
mil veces le bendecian,
en un caballo alazan
criado en Andalucía;
tan feroz es el caballo
y de tan grande agonía,
que el freno que lleva puesto
parece le deshacia,
y los espumajos echa
que de jabon parecian,
y el atambor que va cerca
no se oye cuando relincha.

En viendo la puerta abierta
va el Héctor con tanta prisa
como si el apresurarse
no fuera á cortar su vida;
arroja el baston por alto,
y es el primero que enristra
y á la guerra á sus contrarios
los llama y los desafía,
y á los primeros encuentros
tres, cuatro, muertos derriba
de los mejores soldados
y de mayor nombradía.
Ya rompen todas las haces,
ya suena gran vocería;
sin dueños y sin señores
los caballos se salian,
los atambores y voces
y los gritos que se oian
del rüido de las armas
y de los golpes que habia,
y el martillar de los yelmos
y el grande polvo que hacía,
parece con este estruendo
que todo el mundo se hundia.
Un mozo orgulloso y bravo
que Patroclo se decia,
muy grande amigo de Aquiles
y de gran precio y estima,
viendo como los Grecianos

ya todo el campo perdian,
fué á la tienda de Aquiles
á rogarle, si queria,
pues él no habia de salir,
que gran placer le haria
de darle sus ricas armas
y quel se las vestiria,
y así con aquellas armas
los Griegos entenderian
ser él Aquiles, y al punto
gran ánimo cobrarian:
el Aquiles se las dió,
porque amistad le movia,
pero temió que el Patroclo
no hubiese alguna desdicha,
y así de secreto Aquiles
otras armas se ponia,
yéndose tras del Patroclo
por si algo le acontecia:
el Patroclo entró en la guerra
con las armas que traia,
y como era belicoso
acá y acullá corria
matando, hiriendo Troyanos
que casi del ya huian.
Aquiles siempre tras del,
que de ojo no le perdia;
pero el Héctor animoso
por donde iba y do venía

le hacen una ancha calle
temiendo su valentía,
y acaso volvió los ojos
donde rüido se hacía,
y en las armas entendió
que aquél Aquiles sería,
y teniéndole en muy poco
la lanza para él enristra,
y pagó el triste Patroclo
lo que otro pagar debia;
y así de sólo el encuentro
muerto en el suelo caia.
El Héctor que le vió muerto,
que pié ni mano bullia,
muy ligero del caballo
para el muerto descendia
á quitarle allí una pieza,
que esta propiedad tenía
de quitarles una joya
á los grandes que vencia;
y así como bajó el cuerpo
desencajó la loriga,
y Aquiles con más astucia
que sobra de valentía
dióle por detrás al Héctor
una tan mortal herida,
y fué con tanto coraje
que le pasó la barriga;
el hecho no fué traidor

pues fué en batalla reñida,
pero fué acto villano
y no de caballería.
Los Troyanos, como vieron
muerto en el campo su guía,
comienzan á desmayar
y á ir todos de vencida,
y hasta dentro en la ciudad
los metieron de huida.
No quedó contento Aquiles
con ser de Héctor homicida,
sino que, con tres caballos,
lo arrastraron todo un dia
al rededor de los muros
de Troya que le plañia,
pues que perdiéndole Troya
quedó ella mesma perdida.

SEXTO ROMANCE TROYANO.

Despues de la muerte de Héctor
que algunos años pasaron,
hicieron treguas en Troya
los Griegos y dentro entraron,
y los muros y anchas cabas
y los fosos rodearon,
y viendo ser imposible
tomar á Troya, acordaron

que más no se combatiese
por ser trabajo excusado;
mas Ulises ingenioso
y en los ardides osado,
con ingenio más divino
y más que de hombre humano,
ordenó que se hiciese
un grande y ancho caballo
de la grandeza de un monte
y el cuerpo grueso y doblado,
que cupiesen dentro del
trecientos hombres armados,
y que una noche en secreto
que levantasen el campo
y se fuesen por la mar
todos juntos navegando,
y en la ínsula de Ténedos
estuviesen emboscados,
y el caballo se quedase
en medio de aquellos campos
con trecientos caballeros
dentro por fuertes echados;
y quel dejarie echadizo
un hombre en aquellos prados
aparejado á tramar
cualquiera traicion y engaño,
y de lo que habie de hacer
él le dejaria informado:
y en aqueste parecer

al fin se determinaron,
y resolutos en esto
el caballo comenzaron,
y pasaron muchos meses
primero que lo acabaron.
Como pasaron las treguas
y fué el caballo acabado,
una tenebrosa noche
el cerco desampararon,
y sin sentirlos en Troya
en Ténedos se emboscaron,
y ántes que la luz del dia
fuese los prados bordando
y las ternecillas flores
las fuese el rocío secando,
desde los muros de Troya
se está la gente espantando
de ver levantado el cerco
y en su lugar un caballo,
de una grandeza tamaña
que casi al muro ha llegado.
Manda el Rey abrir las puertas
alegre y regocijado,
salen niños y mujeres,
hombres, viejos y soldados,
dando gracias á sus Dioses
y del caballo admirados,
y el Rey y todos los suyos
en gran confusion y espanto

por no saber á qué fin
aquel caballo formaron.
Hay diversos pareceres
del Rey y de hombres ancianos:
unos dicen que le abran
por ver qué tendrá encerrado;
otros diz que le despeñen,
otros sea en la mar echado,
otros (y el Rey fué uno de ellos)
mandan se ponga en recaudo,
y que le metan en Troya
como si entrase triunfando.
Y el Rey con sus consejeros
en estas cosas estando,
unos pastores con voces
traen un Griego maniatado,
dicen al Rey que escondido
han aquel Griego hallado,
y que se informase del
dó se fueron sus contrarios.
Hácele el Rey sus preguntas,
y él que nació para engaños
responde, llenos los ojos
de lágrimas y temblando:
«Poderoso Rey de Troya,
si á lo que me has preguntado
quieres que diga verdad,
yo te la diré de grado;
yo confieso que es verdad

que soy Griego y no Troyano,
y que he sido tu enemigo
como cualquier Grecïano;
y si me preguntas, Rey,
que cómo yo me he quedado,
sabrás que murió mi padre
por órden de aquel tirano
Ulises, sin tener culpa,
pero fué de mí reptado,
y fué tal odio el que tuvo
conmigo, que ha procurado
con el Rey darme la muerte,
y entrellos han concertado
que me metiesen en suertes
para ser sacrificado,
y me cupiese la suerte
y fuese á muerte entregado;
y ya para el sacrificio
tenia los ojos vendados,
cuando con astucia y maña
dentrellos me hube escapado,
y así supe que sería
muy presto el Rëal alzado;
y habrá como cuatro dias
que en una laguna he estado
aguardando que se fuesen
sin comer solo un bocado,
y como los vide idos,
tenia ya determinado

de presentarme ante tí,
y ántes morir á tus manos
que no quel cruel Ulises
quedase de mí vengado;
ellos se fueron anoche
muy corridos y afrentados
por ver que no habian podido
destruirte en tantos años.
Yo diré, Rey, á qué fin
este caballo formaron:
sabrás que entraron en Troya
dos Griegos, y te hurtaron
de un templo tuyo una estátua
que de Palas la llamaron,
y fué la razon del hurto
que de Apolo consultaron
si Troya se destruiria,
y lo que desto sacaron
fué que mientras tal estátua
(que está en tal templo sagrado),
estuviese dentro en Troya,
no será el Rey sujetado,
y así con astucia y maña
los Griegos te la robaron,
y era de la Diosa Palas
esta estátua que llevaron;
y estando los Griegos todos
un dia juntos y allegados,
armada de todas armas

en un furioso caballo,
el rostro encendido en ira
contra todos los Grecianos,
pareció la Diosa Palas
en medio de todo el campo,
y les dió á entender la Diosa
como sintie por agravio
el robarse ansí su estátua
con tan grande desacato;
y díjoles que vencidos
nunca serien los Troyanos,
y si querien á su tierra
volver contentos y sanos,
que la aplacasen á ella,
y volvióse como un rayo.
Los Griegos que así la vieron,
todos atemorizados,
para aplacar á la Diosa
y obedecer su mandado,
en lugar de aquella estátua
hicieron este caballo,
y para que no pudiesen
meterle, determinaron
hacerle tan grande, y tal,
que por ser tan alto y ancho
no cupiese por las puertas,
y así quedase en el campo;
porque el oráculo dijo
estándole consultando,

que no se destruirie Troya
si le ponian en sagrado,
y así se volvieron todos
del hecho desesperados.
No sé más que decir, Rey,
sino que estoy aguardando
que tú me mandes matar,
pues he sido tu contrario.»
El Rey y los que allí estaban
creyeron aqueste engaño,
porque era grande la astucia
con que lo decie, y el llanto;
el Rey como era piadoso
y más que todos humano,
perdonó aqueste Sinon,
que así habie nombre el malvado.
Y mandó el Rey que al instante
fuese el muro derrocado,
porque no podia caber
por las puertas por ser ancho;
luégo con sogas de seda
tiran todos del caballo,
y los niños y doncellas
iban mil motes cantando,
y así le metieron dentro
por su mal y su quebranto.

SÉPTIMO ROMANCE DE TROYA.

Ya que de nuestro hemisferio
con su presencia faltaba
de la tierra el rojo Apolo,
quedando oscura y helada,
y al dulce sueño del cuerpo
y reposo convidaban
las estrellas que del cielo
parecie se derrocaban,
y con secreto silencio
toda la Troya callaba,
y al tiempo que en más pesado
y en más dulce sueño estaban,
el engañoso Sinon,
dotado de astucia y maña,
al caballo se allegó
con una llave de plata,
y por el lado derecho
abre la gente greciana;
y ellos sin ningun ruïdo
sueltan luego las escalas,
y despues que todos juntos
se hallaron en la plaza,
con fuego que tenien dentro
encienden luego una hacha,
y suben sobre el caballo

al Sinon, para que haga
la seña, que ya era hora,
á los quen la ínsula estaban.
Los Griegos, que hácia Troya
muy apriesa navegaban,
estando cerca del puerto
vieron del hacha la llama,
y entendieron que era tiempo,
y así gran priesa se daban;
mas estotros que nacieron
todos de una ventregada,
van á las puertas de Troya
y matan todas las guardas,
y luégo abriendo las puertas
los otros Griegos que entraban,
rompiendo todo el silencio
que en la ciudad se guardaba,
entran con gran vocería:
Grecia, Grecia apellidaban.
Unos se van á los templos,
otros en palacio entraban,
otros á casas soberbias
que más oro demostraban;
cercan el palacio todo,
derruecan las torres altas,
péganle fuego, y al punto
parece en alto la llama,
y por toda la ciudad
es grande fuego el que andaba:

los templos todos se ardian,
las pequeñas y altas casas;
salen niños y mujeres
desnudas, descabelladas,
sin vestidos ni áun camisas,
que era lástima mirallas,
dando voces á sus padres,
á sus hermanos y hermanas.
Viérades muchas doncellas
ir desnudas por las plazas,
y otras más que el sol hermosas
llorar por verse forzadas,
y otras por no consentirlo
morir allí á puñaladas,
y á las que no eran hermosas
ó les parecian ancianas,
por no parecerles bien
las daban mil cuchilladas;
y eran tan grandes los gritos
que por toda Troya andaban,
que á un corazon de piedra
y de diamante ablandaran,
viendo tantos edificios
ya convertidos en brasa,
y ver los templos arder
hasta la cerca y muralla,
principalmente el palacio,
lleno de tanta antigualla.
Á una parte ponian fuego

y por dos mil reventaba;
aquí cae un edificio,
acullá otro sonaba,
y los maderos dorados
quel gran fuego derrocaba,
y casas que se hundian
tan grande estrago causaban,
que salien los hombres dellas
y en los enemigos daban,
y por do no andaba fuego
por allí Griegos andaban
hundiendo casas y puertas
y robando cuanto hallaban,
hiriendo y matando en ellas
los dueños, si los topaban;
y así del temor y miedo
se echaban por las ventanas.
Unos quedaban tollidos,
y otros las piernas quebradas,
y otros daban de cabeza
y allí tendidos quedaban;
y eran tan grandes las voces
que aquestos heridos daban,
que los golpes de los Griegos
con las voces no sonaban;
y aunque hubo algunos Troyanos
que pudieron tomar armas
y en la puerta de un gran templo
les defendieron la entrada,

pero sus mismos amigos
los herian y maltrataban,
porque de las mismas torres
y de las mismas murallas
eran tan grandes las piedras
que los Troyanos tiraban,
que como estaban más cerca
á los más cercanos daban,
y los mezquinos Troyanos
al muro se retiraban;
no los conocien de arriba
y los más dellos mataban.
Pero sobre todos Pirro
fué quien más se demostraba,
que es hijo del fuerte Aquiles,
que mientras la paz duraba
le mataron á su padre
en un templo do rezaba,
y el hijo, por el coraje
que desta muerte llevaba,
fué el primero que llegó
do el Rey y la Reina estaban,
al cual muchos hijos y hijas
y nueras acompañaban,
y delante de sus ojos
dos hijos al Rey matara;
y el Rey viendo la crueldad
que delante de él usaba,
se levantara animoso

poniendo mano á su espada.
El Pirro, como es valiente,
le ase al Rey de la barba,
y hasta la empuñadura
la espada le atravesara,
y en la sangre de sus hijos
el viejo Rey se volcara;
no paró aquí la crueldad
desta espada ensangrentada,
sino que á la Reina y dueñas
y doncellas que allí estaban
á todas pasó el cruel
por los filos de su espada,
y á cabo de poco rato
con Policena encontrara,
y usando de la crueldad
que contino acostumbraba,
sin respetar su hermosura,
más angélica que humana,
ni sin respetar los ruegos
ni lágrimas desta dama,
quiso vengar él en ella
su rigor, enojo y saña,
dando á entender que en la muerte
de su padre fué ella causa;
y así, para ejecutar
aquella crueldad tamaña,
cierra los ojos el Pirro
y pásale la garganta.

¡Oh despiadado cruel,
muy más que una tigre hircana!
¿No te contentaras, Pirro,
con haber hecho venganza
en el más piadoso Rey
que por entónces se hallaba,
y una ciudad tan pujante
verla ya toda asolada,
sino ejecutar tu ira
en una doncella flaca?
No es hecho de caballero,
sino de persona baja.
¿No te movió á pïedad
la boca con que te hablaba?
¿No te movieron los ojos,
Pirro, con que te miraba,
ni aquellos rubios cabellos
que al oro tenian ventaja?
¿Ni te movió, dí, cruel,
aquella color de plata,
ni fué parte á te mover
aquella hermosa cara,
y aquella mixtura en ella
que parece leche y grana?
Mientras el Pirro en palacio
su cólera ejecutaba,
la ciudad por todas partes
en ceniza se tornaba,
y los altos edificios

eran casi tierra llana,
y entrando dentro en palacio,
que era el postrero que entraban,
hallaron la Reina Elena,
que es quien tanto mal causara,
y con muy gran regocijo
al Rey se la empresentaran;
él la abrazó muchas veces,
que muy más que á sí la amaba,
y así todos los despojos
que pudieron allegaban.
Y quedando por el suelo
la Troya toda abrasada,
y muertos tantos Troyanos
y su injuria bien vengada,
se volvieron á su tierra,
que estaba bien deseada,
siendo pasados diez años
que emprendieron la jornada.

FIN.

HISTORIA
ZAMORANA,

DESDE QUE VELLIDO DOLFOS
MATÓ POR TRAICION AL REY DON SANCHO,
HASTA QUE ARIAS GONZALO
LLORABA LA MUERTE DE SUS HIJOS.
VAN GLOSADOS LOS ROMANCES
CON GRACIOSO ESTILO POR EL AUTOR.

Estando del Rey Don Sancho
la gran Zamora cercada,
y puesta en muy grande aprieto
por la gente castellana,

el traidor Vellido Dolfos,
deseando libertalla,
hace un portillo en el muro
y al Rëal del Rey se pasa.
Gran traicion habia tramado,
cual nunca tal se pensaba;
entra en la tienda del Rey,
á ningun portero aguarda,
las rodillas por el suelo
desta manera le habla:
«¡Ah don Sancho, Rey famoso
de Castilla la nombrada!
si deseas sujetar
Zamora la bien cercada,
y acabar los Zamoranos
á fuego, hierro ó espada,
dame tu pleito homenaje,
que no será quebrantada
la condicion que sacare
ni quebrarás tu palabra,
que es irte comigo solo
sin gente hasta la muralla,
donde verás un postigo
desamparado de guarda,
por do podrá entrar tu gente
y dar fin á la batalla.»
Pensativo queda el Rey,
la mano puesta en la barba,
varios pensamientos tiene,

no sabe bien que se haga;
por una parte recela
alguna traicion armada,
por otra parte se fia
en la engañosa palabra;
muévele al fin la cobdicia,
de ver la ciudad tomada,
y ver ya libre su gente
de tan dudosa batalla.
Manda juntar á consejo,
á todos los del Real llama,
cuéntales primero el caso
de todo lo que pasaba,
y su determinacion
con la condicion sacada.
Muy mal les parece á todos
lo que el fiel Rey ordenaba,
por ser cosa peligrosa
y tan mal aconsejada:
quiérenle ir á la mano,
mas ya poco aprovechaba,
pues su triste desventura
ansina lo dispensaba.
Solo sale el Rey don Sancho,
Vellido le acompañaba;
dánle voces de Zamora
de la traicion ordenada,
mas aunque le dan aviso,
en su esfuerzo confiaba.

El traidor Vellido Dolfos
por un venablo se abaja
que dejado habia escondido
bien cerca de la muralla,
no estaba léjos la red
que para el Rey puesta estaba;
sin pensar en la traicion,
cerca el postigo se halla,
entónces Vellido Dolfos
hácia atrás se retiraba,
diciendo: «Agora, don Sancho,
Zamora estará vengada;»
de la cruel mano despide
con furor y fuerza extraña
aquel agudo venablo,
de parte á parte le pasa.
Bien se quisiera vengar,
si la inexorable parca
no atajara el pensamiento,
que, como la herida es brava,
muerto cayó el Rey don Sancho,
valor y honra de España.

GLOSA SOBRE ESTE ROMANCE.

Aquel traidor afamado
de muchos no conocido,
Vellido Dolfos llamado,
de los lëales temido,

en fuerte punto engendrado,
tuvo una traicion armada
y buscó el modo más ancho
por do fuese ejecutada,
estando del Rey don Sancho
la gran Zamora cercada.

Al mismo punto que supo
el cerco de su señor,
puso al negocio calor
aquel que en suerte le cupo
ser en sus hechos traidor.
Y libró como discreto
por invencion más que humana
al pueblo que vió sujeto,
y puesto en muy grande aprieto
por la gente castellana.

Encendido de coraje,
lleno de mortal ponzoña,
quebrando el pleito homenaje,
quiso disfrazar su roña
en nueva traza y lenguaje.
Y como el que en tales golfos
estorbo ninguno halla,
por Zamora arma batalla
el traidor Vellido Dolfos,
pensando de libertalla.

Piensa ganar honra y vida,
y perdió la fama y honra
por el mundo ya extendida,
que siempre vivió en deshonra
cualquier traidor homicida.
Pues como falso perjuro
la fé dada le traspasa,
y para estar más seguro
hace un portillo en el muro
y al Rëal del Rey se pasa.

SEGUNDO ROMANCE.

Muerto yace el Rey don Sancho,
Vellido muerto lo habia,
pasado está de un venablo
que gran lástima ponia;
llorando estaba sobre él
toda la flor de Castilla;
don Rodrigo de Vivar
es el que más lo sentia,
con lágrimas de sus ojos
desta manera decia:
«Rey don Sancho, señor mio,
aciago fué aquel dia
que tú cercaste á Zamora
contra la voluntad mia;
quien te lo aconsejó, Rey,

á Dios ni al mundo temia,
pues te hizo quebrantar
la ley de caballería.»
Levantóse un caballero,
á grandes voces decia,
que se nombre una persona
ántes que se pase el dia,
para reptar á Zamora
sobre tal alevosía.
Todos dicen que es muy bien,
mas nadie al campo salia;
témense de Arias Gonzalo
y cinco hijos que tenía,
mancebos son de valor,
de grande esfuerzo y estima.
Mirando estaban al Cid
por ver si lo aceptaria,
mas el Cid, que los entiende,
desta manera decia:
«Caballeros hijosdalgo,
ya sabeis que no podia
armarme contra Zamora,
que jurado lo tenía;
mas yo os daré un caballero
que combata por Castilla,
tal, que estando él en el campo
no sintais la falta mia.
Levantóse Diego Ordoñez,
que á los piés del Rey yacía,

la flor es de los de Lara
y la de toda Castilla,
con voz ronca y enojosa
desta manera decia:
«Pues que ya el Cid ha jurado
lo que jurar no debia,
no es menester que señale
quién la batalla prosiga,
caballeros hay en ella
de tanto esfuerzo y valía
como el Cid, aunque es muy bueno
y yo por tal le tenía;
mas si quereis, caballeros,
yo lidiaré la conquista,
aventurando mi cuerpo,
poniendo á riesgo la vida.»

GLOSA SOBRE ESTE ROMANCE.

Para mayor desventura
del Rey don Sancho y su gente,
dió la pródiga natura
á Zamora una serpiente
mortal, ponzoñosa y dura.
En el camino más ancho
que en Zamora parecia,
con traicion y alevosía
muerto yace el Rey don Sancho,
Vellido muerto lo habia.

No muerto en guerras campales,
que ya fuera algo mejor,
pero en semejantes males,
no viven más los leales
de lo que quiere el traidor.
¡Triste y funeral retablo!
¡Oh sacrílega osadía!
Pues el que tanto valia,
pasado está de un venablo
que gran lástima ponia.

Tal está, que sólo en vello
el que allí más seso alcanza
no quisiera conocello,
por no ver tan cruel venganza
en su Rey sin merecello.
Amargos como la hiel
quieren la muerte sentilla,
y sin los parientes dél
llorando estaba sobre él
toda la flor de Castilla.

Llóranle, porque no quiso
conservar sus tiernos años
seguro de estos engaños,
menospreciando el aviso
mensajero de los daños.
Todos muestran gran pesar
sobre el hecho y villanía,

y entre todos al hablar,
don Rodrigo de Vivar
es el que más lo sentia.

TERCERO ROMANCE.

Con el rostro entristecido
y el semblante demudado,
se arma para Zamora
Ordoñez el Castellano,
todo cubierto de luto
hasta los piés del caballo,
y debajo el luto lleva
un arnés muy bien tranzado,
puesta la lanza en el hombro,
un crucifijo en la mano,
con las devotas insignias
conocido va en el campo,
porque si él las llevaba
es por muerte del Rey Sancho.
Mirando va al crucifijo,
de esta manera hablando:
«Suplícote, Señor mio,
que me tengas de tu mano,
por la pasion que pasaste
en aquesa cruz clavado,
y por la llaga mortal
que traspasó tu costado,

me quieras favorecer
en este caso pensado.»
Haciendo va juramento
de no volver sin vengallo,
porque el traidor de Vellido
pague como falso y malo;
estas palabras decia
como hombre apasionado:
«Ayudadme, caballeros,
los que os llamais hijosdalgo,
que de los que no lo sois
no quiero ser ayudado.»

GLOSA SOBRE ESTE ROMANCE.

Teniendo nuevas don Diego
del Rey don Sancho y su muerte,
no pudo cobrar sosiego,
y como animoso y fuerte
procuró partirse luego.
De negras armas vestido,
de dolor apasionado
está en cólera encendido,
con el rostro entristecido
y el semblante demudado.

Cabalga conforme el fuero,
y tal postura llevaba
el gallardo caballero,

que al fiero Marte espantaba
segun va robusto y fiero.
Cada rato le empeora
el crudo dolor insano,
y ántes que salga el aurora
se arma para Zamora
Ordoñez el Castellano.

En todo guarda la ley
por el Reino establecida,
desamparando su grey,
poniendo á riesgo la vida
por vengar la muerte al Rey.
Del todo está resoluto
y parte sin dilatallo,
deseoso de hacer fruto,
todo cubierto de luto
hasta los piés del caballo.

Va tan bravo y orgulloso,
que si al instante le viera
(aunque en traje lastimoso),
á sus piés se le rindiera
el fiero Marte invidioso.
Y porque mejor se atreva
á seguir lo comenzado,
parte muy disimulado,
y debajo el luto lleva
un arnés muy bien tranzado.

CUARTO ROMANCE.

Ya Diego Ordoñez se parte,
ya del Rëal se ha salido
á reptar los Zamoranos
por traidores fementidos;
armado de piezas dobles
en un caballo morcillo,
en su mano gruesa lanza,
el yelmo acerado y fino,
puso piernas al caballo,
y en el muro la ha rompido,
y con voz muy alterada
desta manera habie dicho:
«Yo os repto, Zamoranos,
por traidores fementidos;
repto los chicos y grandes,
y á los muertos y á los vivos;
repto las yerbas del campo,
tambien los peces del rio;
réptoos el pan y la carne,
tambien el agua y el vino.»
El buen viejo Arias Gonzalo
desde el muro ha respondido:
«Hablaste como valiente,
pero no como entendido;
¿qué culpa tienen los muertos

de lo que dicen los vivos?
De lo que hacen los grandes,
¿qué culpa tienen los chicos?
Ya veis que estaba ordenado
y por ley establecido,
que el que reptare á concejo
se ha de matar con cinco.»
«Bien lo entiendo, Arias Gonzalo,
bien entiendo lo que digo;
sálganse mañana al campo
ántes quel sol sea salido.»

GLOSA SOBRE ESTE ROMANCE.

Ya está á caballo don Diego,
tan rico, valiente y bravo,
tan ajeno de sosiego
y tan feroz por el cabo,
cuanto encendido de fuego.
Puesto el calor de su parte
que humanamente ha podido,
con extraña astucia y arte
ya Diego Ordoñez se parte,
ya del Rëal ha salido.

Tanta ferocidad lleva,
cuanto enseña la postura
de la lanza, almete y greba;
tan gentil hombre en cintura

cuanto á la vista se prueba.
Torciendo sus blancas manos,
espantando á los nacidos,
va furioso por los llanos
á reptar los Zamoranos
por traidores fementidos.

Réptalos porque tuvieron
con su Rey tan poca fé,
que aunque la muerte supieron,
al homicida acogieron
sin tener razon por qué.
Por los más espesos robles,
bien cerca ya del portillo,
va segun uso de nobles,
armado de piezas dobles
en un caballo morcillo.

Por una parte espantaba,
por otra dolor ponia
segun el rostro llevaba,
que en los extremos que hacía
causas de pasion mostraba.
Y para que esta venganza
tenga próspero camino,
tomó Ordoñez (cual convino)
en su mano gruesa lanza,
el yelmo acerado y fino.

QUINTO ROMANCE.

Áun no es bien amanecido,
que el cielo estaba estrellado,
cuando se armaba en Zamora
el buen viejo Arias Gonzalo;
ármanle sus cuatro hijos,
que ellos ya estaban armados;
mientras las armas le ponen,
les dice el viejo esforzado:
«De cinco que sois, mis hijos,
escogí solos los cuatro,
por ser yo el quinto y postrero
que me hallaré en el campo.
Bien conozco, hijos mios,
que este afan me era excusado,
pues do vosotros estais
ya yo soy previlegiado,
mas el repto de don Diego
á ninguno habie excusado,
ni viejo, chico, ni mozo,
ni por nacer, ni finado:
yerbas, aguas, plantas, peces,
todo lo tiene reptado,
y pues él nada reserva,
no quiero ser reservado.
Mirad, hijos, que llevais

delante el que os ha engendrado;
mirad que dice el refran
(en Castilla muy usado):
«Por su ley y por su Rey
y su tierra está obligado
á morir cualquiera bueno,
y mejor si es hijodalgo;»
mirad, hijos, que lo sois
de sangre deste mi lado,
y que el honor ó la afrenta
eso queda en vuestra mano.

GLOSA SOBRE ESTE ROMANCE.

Al punto que el gran don Diego
hubo reptado á Zamora,
movió su paz y sosiego
como si en el punto y hora
lo llevara á sangre y fuego.
Hazaña fué de atrevido
y no ménos esforzado,
pues siendo el plazo cumplido,
áun no es bien amanecido,
que el cielo estaba estrellado.

Cuando oyó el repto don Arias,
con razon vino á afligirse,
mas no pudiendo eximirse,
contra las partes contrarias

determina combatirse.
De dolor se aflige y llora,
pero viendo el pleito malo,
áun no es salida la aurora
cuando se armaba en Zamora
el buen viejo Arias Gonzalo.

Luégo que se vió reptado
de don Diego, el noble viejo
tuvo en sí determinado
de morir por su concejo
conforme estaba obligado.
Aflígenle los cuidados,
huyen dél los regocijos,
y como determinados,
ármanle sus cuatro hijos,
que ellos ya estaban armados.

No deja de parecer
con las armas de manera
que, aunque viejo, bien pudiera
de su parte defender
lo que otro defendiera.
Todos cuatro se disponen
al peligro recelado,
y en esta angustia y cuidado,
mientras las armas le ponen
les dice el viejo esforzado.

SEXTO ROMANCE.

Ya está esperando don Diego
en el campo á su contrario,
cuando sale de Zamora
el buen viejo Arias Gonzalo;
sus hijos lleva consigo
para salir más honrado.
Cuando vió cerca á don Diego
á Pedro Arias ha llamado,
echóle su bendicion,
desta suerte le ha hablado:
«Ten cuenta que eres mi hijo,
mira bien que eres hidalgo,
ve á lidiar por tu concejo
como eres obligado,
muere como caballero
y no vuelvas deshonrado,
más te vale quedar muerto
que no vivir afrentado.»
Con gran furia Pedro Arias
fué donde estaba esperando;
encuéntranse con las lanzas,
pero no se han acertado,
ponen mano á las espadas
con furor demasïado,
defiéndese Pedro Arias,

mas poco le ha aprovechado,
que malamente herido
cayó muerto del caballo.
Don Diego sacó un baston
que hincado está en el campo,
y alzándolo hácia arriba
una gran voz habie dado:
«Don Arias, envía otro hijo,
queste ya tiene recaudo.»
Cuando don Arias lo oyó
á Diego Arias ha llamado,
echóle su bendicion
y á combatir lo ha enviado;
con coraje va Diego Arias,
mas poco le ha aprovechado,
que lo mismo dél hiciera
que habia hecho del hermano.
Don Diego sacó el baston,
y otra gran voz habie dado:
«Don Arias, envía el tercero,
que el segundo es despachado.»

GLOSA SOBRE ESTE ROMANCE.

Determinó de salir
luégo que propuesto habia
don Diego á se combatir,
no pudiendo reprimir
la cólera que tenia.

Cual suele encendido en fuego
de rabia el leon cosario
esperar turbado y ciego,
ya está esperando don Diego
en el campo á su contrario.

En el campo está esperando
esforzado y animoso,
de Júpiter renegando,
con el caballo espumoso
la gruesa lanza probando.
Ya la rubicunda aurora
comunicaba el regalo
de su luz, que el mundo implora,
cuando sale de Zamora
el buen viejo Arias Gonzalo.

Teme que en estos reveses,
segun llevaban los talles,
no les canten por las calles
«Mala la hubistes, franceses,
la caza de Roncesvalles.»
Y como ve al enemigo
en medio del campo armado,
de su bien ó mal testigo,
sus hijos lleva consigo
para salir más honrado.

«Hijos (empieza á decir),

aborreced la deshonra,
y aunque temais el morir,
más vale morir con honra
que deshonrados vivir.»
Y aunque con desasosiego
algun tanto se ha esforzado,
encendido en mortal fuego,
cuando vió cerca á don Diego,
á Pedro Arias ha llamado.

SÉPTIMO ROMANCE.

Muerto habia don Diego Ordoñez
dos hijos de Arias Gonzalo,
para esperar al tercero
un poco habie descansado,
y entre tanto á Rodrigo Arias
ha llamado Arias Gonzalo;
háblale desta manera
con el rostro demudado:
«No es menester que te diga,
hijo, que estás obligado
á morir por tu concejo,
pues está tan claro y llano;
muévate á ver, hijo mio,
el campo en sangre bañado
de aquella sangre inocente
de un hermano y otro hermano;

y si no miras al suelo
por no quedar lastimado
(pues no puedes hacer ménos),
en la espada del contrario
verás la sangre que corre,
que le llega hasta la mano.»
Háblale desta manera,
mil bendiciones le ha echado:
«Hijo, Dios vaya contigo
y el apóstol Santïago,
gran razon es la que llevas,
con que serás ayudado;»
y besándole en el rostro
en lágrimas le ha bañado.
Esforzara Rodrigo Arias,
por ser mozo y muy osado,
á do le espera don Diego,
que está comiendo un bocado;
mudó la lanza y escudo,
y ha tomado otro caballo.
Vase el uno para el otro,
muy recio se han encontrado,
Rodrigo Arias es valiente,
trae á don Diego acosado;
mas don Diego, con grande ira,
un revés le habie tirado,
dióle un golpe en la cabeza
que la media le ha cortado:
con las ánsias de la muerte

un golpe habie descargado
que le dió á don Diego Ordoñez
como hombre desatinado;
cortóle las cabezadas,
hirió en el rostro al caballo,
el caballo dió á huir
viéndose desenfrenado,
quiérele tener don Diego,
pero no le ha aprovechado;
Rodrigo Arias, aunque muerto,
en el campo se ha quedado.

GLOSA SOBRE ESTE ROMANCE.

Despues un poco de un hora
que el Rey acabó su suerte,
se sale Ordoñez el fuerte
á reptar los de Zamora
para pedilles la muerte.
Y habiéndolo por regalo
como los hidalgos de Oñez,
ántes de mucho intervalo
muerto habie don Diego Ordoñez
dos hijos de Arias Gonzalo.

Y sin querer descansar,
dice: «Salid, Zamoranos,
que hoy morireis á mis manos;
pues no os quisistes vengar,

afuera consejos vanos.
Y en aquel gran Dios espero
me hará de vos vengado;»
y como astuto guerrero,
para esperar al tercero
un poco habie descansado.

Y como le fuerza amor,
cánsase y descansa luégo,
y por vengar su señor,
dice: «No os quiero, sosiego,
que despertais mi dolor.»
Imaginaciones varias
piensa, y este es su regalo,
contra las gentes contrarias,
y entre tanto á Rodrigo Arias
ha llamado Arias Gonzalo.

Su barba y cabellos canos
con lágrimas riega el viejo,
diciendo: «Estad, Zamoranos,
si fuistes en tal consejo,
no me toquen vuestras manos.»
Y al que está armando, que espera
le hará de Ordoñez vengado,
con palabra lastimera
háblale desta manera
con el rostro demudado.

«Hijo, muestra hoy tu valor,
conózcase tu pujanza,
mira que mucho mejor
aquí la gloria se alcanza
que en los consejos de amor.
Remedia la gran fatiga,
muestra y haz como esforzado;
y pues la razon te obliga,
no es menester que te diga,
hijo, que estás obligado.

Pues te han cabido las suertes,
ve á vengar á tus hermanos,
que envidia tengo á sus muertes,
porque en morir como fuertes
los que matan son los sanos.
Y pues tienes aparejo
con lanza y espada en mano,
ve, mi hijo y claro espejo,
á morir por tu concejo,
pues está tan claro y llano.

No te mueva mi pasion
ni el derecho de Zamora,
no quiero más galardon
de que en espacio de un hora
le saques el corazon.
Si no te mueve el ser mio
y el ver lo que me has costado,

y vengarte bien vengado,
muévate ver, hijo mio,
el campo en sangre bañado.»

OCTAVO ROMANCE.

Á pié está el fuerte don Diego
fuera de la empalizada,
que en saltando del caballo
lo pasó de una estocada,
y para entrar en la lid
el un pié tiene en la raya.
Unos dicen, «ya es vencido,»
otros, «vuelva á la batalla;»
unos le tiran adentro,
otros le estorban la entrada:
aquí llegan los jüeces
y le mandan que se vaya,
que ellos juzgarán el caso
conforme el fuero de España,
y que guardarán justicia
sin quitar á nadie nada.
Obedeciendo don Diego,
al Rëal á pié tornaba,
no quiso tomar caballo
segun enojado estaba,
que ni mira de su bien
ni de su mal se dá nada,

ni mira que va herido,
ni que el ir á pié le daña,
ni que el Rëal está léjos,
ni que la malla es pesada;
la lanza lleva en el hombro,
la adarga mal embrazada.
Á las veces va muy recio,
y otras veces se paraba,
á ninguno habla que topa,
ni conoce á quien le habla,
alza los ojos al cielo,
y luégo al suelo los baja,
unas veces va gritando,
y otras de tristeza calla;
desta suerte va á su tienda
y luégo se echó en la cama,
ninguno le entraba á ver
ni él á ninguno llamaba;
mas como se vido solo,
de sí mesmo se quejaba.
«¡Don Diego Ordoñez, don Diego!
¿qués de la sangre de Lara,
y del buen Diego Proal
y de Gonzalo Mudarra,
pues de su casa ha venido
quien ha deshonrado á España?
Rodrigo Arias, venturoso,
pues dentro de la estacada
has muerto como hijodalgo

en brava y cruel batalla.
Rey don Sancho, señor mio,
maldita sea la crianza
que en este traidor pusiste
y el pan que comió en tu casa;
¿qué dirá toda Castilla,
que me encargó esta batalla,
sino que saqué el caballo
porque el lidiar me cansaba?
¿Qué dirán los extranjeros
cuando sepan la hazaña,
sino que los Castellanos
(porque gusto no les daba)
mataron á su señor
con una traicion pensada?
Cuando lo digan ansí
tendrán razon muy sobrada,
pues los traidores son vivos
y la injuria no es vengada;
Diego Ordoñez, ¡tu Rey muerto,
tú estás echado en la cama!»
Iba á salir de su tienda
cuando el Cid Ruy Diaz llegaba,
y abrazándose con él
desta manera le habla:
«¿Dónde vais, don Diego Ordoñez,
que la sentencia ya es dada,
dando á Zamora por libre
y á vos la victoria y palma?

no os quejeis de la fortuna,
que no os fué contraria en nada;
que salírseos el caballo,
cosa fué por Dios guiada.»
Con esto que dijo el Cid
don Diego más se aplacaba,
dejóse tomar la sangre
y sus heridas curaba.

GLOSA SOBRE ESTE ROMANCE.

Despues que á Rodrigo hubo
don Diego á sus piés postrado,
cual leon encarnizado
gran parte del dia anduvo
de la cólera cegado.
Y con la rienda cortada
del caballo, loco y ciego,
herido de una estocada,
á pié está el fuerte don Diego
fuera de la empalizada.

Y aunque es valeroso y fuerte
Ordoñez, el castellano,
Rodrigo, que en ello advierte,
le ha dado un golpe inhumano
con las ánsias de la muerte.
Pero no lo tuvo en nada,
pues que procuró vengallo

por vía tan delicada,
que en saltando del caballo
lo pasó de una estocada.

En todo se descontenta,
mas quiere, como avisado,
para no verse en afrenta,
tener advertencia y cuenta
con el lugar señalado.
El temor no le desmaya,
ántes como un fuerte Cid
él mismo es el atalaya,
y para entrar en la lid
el un pié tiene en la raya.

Afrentado está y callando,
en su cansada memoria
el suceso imaginando,
la deshonra ó la victoria
en la sentencia aguardando.
Grande diferencia se halla
entre los que han elegido,
y como don Diego calla,
unos dicen, «*ya es vencido*,»
otros, «*vuelva á la batalla.*»

NOVENO ROMANCE.

Por el muro de Zamora
anda el viejo Arias Gonzalo,
la mano puesta en la barba,
el rostro triste, turbado;
unas veces mira al cielo,
otras vuelve sospirando
á mirar al estacada
donde estaban peleando
Rodrigo Arias el valiente
con don Diego, el castellano;
el corazon se le altera,
que nunca le salió falso,
cuando vió á don Diego Ordoñez
que huyendo sale del campo,
la cabeza descubierta,
sin freno lleva el caballo,
Rodrigo Arias queda muerto,
en aquel campo arrojado,
en la sangre de sus venas
se está el triste revolcando.
El padre cuando lo vido
vuelve al muro apresurado,
no há menester que le digan
lo que en el campo ha pasado;
no pide á nadie consejo,

ni quiere ser consolado;
derecho se va á su casa,
y en habiendo en ella entrado,
de tristes armas de luto
el buen viejo se está armando.
Solo se pone las grebas,
la loriga se ha enlazado,
no quiere llevar celada,
porque así lo habie jurado;
iba cubierto de luto
hasta los piés del caballo,
por el brazo de la lanza
lleva el capuz levantado:
estánle muy bien las armas,
que aunque es viejo es muy gallardo.
Por las puertas de Zamora
sale recio como un rayo,
á grandes voces diciendo:
«Espera, buen Castellano,
pues que me has muerto tres hijos,
mata al padre y serán cuatro;
si eres tan buen caballero,
no debes tú de negarlo:
no mueras, hijo Rodrigo,
si quieres verte vengado.»
Mal le ha sucedido al viejo
lo que llevaba pensado,
que los jueces de la lid
habian ya determinado

dar á Zamora por libre
y á don Diego dar por salvo;
dánle por buen caballero
y en armas aventajado.
El viejo cuando lo supo
de coraje está temblando;
tórnale á desafiar,
y que salgan él ó cuatro
caballeros de Jaen
son los que lo han otorgado.

GLOSA SOBRE ESTE ROMANCE.

Despues que Dolfos Vellido
al Rey don Sancho hubo muerto
como traidor fementido,
vino el daño y desconcierto
á Zamora tan crecido.
É imaginando en la hora
que le privó del regalo
la dura parca traidora,
por el muro de Zamora
anda el viejo Arias Gonzalo.

Congojoso y pensativo,
del nuevo dolor cortado,
pero no determinado
si pondrá el pié en el estribo
ó si estará descuidado.

Y como hombre apasionado
á veces el suelo escarba,
y á veces está parado,
la mano puesta en la barba,
y el rostro triste y turbado.

Dudoso está si prosiga,
y oprimido del dolor
de la batalla enemiga,
ya se le muda el color,
ya le dá el vivir fatiga.
Sin misericordia y duelo
las barbas se está mesando,
y de pena y desconsuelo
unas veces mira al cielo,
y otras vuelve sospirando.

De la fortuna se queja
y con ella se revuelve,
y cuando el dolor le deja,
el pensamiento le vuelve
la color negra y bermeja.
Y á veces sin sentir nada,
consigo silogizando,
vuelve, la color turbada,
á mirar á la estacada
donde estaba peleando.

DÉCIMO ROMANCE.

Sobre el cuerpo de Rodrigo
Arias Gonzalo lloraba,
que de la mortal herida
el espíritu dejaba,
y el rostro sangriento y frio
muchas veces lo besaba,
que á su generoso pecho
ya el dolor le sojuzgaba.
Roto el ñudo al sufrimiento,
con la voz ronca, turbada,
dice: «¡Oh juvenil esfuerzo,
mocedad tan mal lograda,
y cómo cayó en vosotros
la suerte que á mí tocaba,
que de yo vivir, mis hijos,
poco fruto se sacaba!
¡Cómo torció la fortuna
lo que la razon os daba!
No lloro yo vuestra muerte,
que fué ganar vida y fama,
pues que muriendo cobrastes
la honra quen duda estaba,
y librastes á Zamora
de una confusion tan brava;
mas lo que siento, hijos mios,

es, ser tanta mi desgracia,
que no fuese yo el primero
que quedase en la estacada,
vosotros con el descanso,
yo con el dolor quedaba.
¡Oh traidor, falso Vellido,
y cuán caro me costaba
el darte entrada en Zamora,
y cómo lo recelaba
este triste corazon
que tu maldad me mostraba!»
El llorar deja el buen viejo
por valer á doña Urraca,
que como mujer furiosa
sobre el cuerpo se arrojaba,
sus dos soles hechos fuentes
el bello rostro agraviaba,
y las hebras de oro fino
tampoco las perdonaba,
diciendo: «Padre y señor,
la que tanto mal causaba,
tantas muertes, tantos daños,
la que fué tan desgraciada,
aquí la teneis presente,
vengad en mí vuestra saña.
¡Ay Rodrigo, el más valiente
quen toda España se hallaba,
á Dios pido que yo vea
vuestra muerte bien vengada,

y con muy rabiosa ira
sea la vida quitada
del que contra tanto esfuerzo
tanta victoria alcanzaba!»
Arias Gonzalo se esfuerza,
y á la Infanta consolaba:
«No acrecenteis más, señora,
el dolor que me acababa,
que no sólo estos tres hijos,
mas yo y el que me quedaba,
estuviéramos bien muertos
sobre cosa que os tocaba;
pues muriendo como buenos
Zamora libre quedaba,
cuanto más, que no es morir
la muerte que vida daba.»

GLOSA SOBRE ESTE ROMANCE.

Ya en la fragosa porfía,
con un ánimo esforzado,
Rodrigo dejado habia
el cuerpo al arena fria,
y el alma al cielo estrellado.
Cuando por su mal testigo
de lo que jamás pensaba
poder acabar consigo,
sobre el cuerpo de Rodrigo
Arias Gonzalo lloraba.

Fatigada su persona
de dolores infinitos,
al cielo su llanto entona,
cual fiera y brava leona
que al hijo recuerda á gritos.
Desventurada venida,
pues vió al que tanto amaba
su cara en sangre teñida,
que de la mortal herida
el espíritu dejaba.

Sentid qué pudo sentir
el que siente y ve á sus ojos
su carnal hijo morir,
y que los mismos despojos
podrian por él venir.
«Vuestra muerte triste y brava
es la que yo recelaba,
dice, querido hijo mio;»
y el rostro sangriento y frio
muchas veces lo besaba.

Bésalo por consolarse
y encima su cuerpo se echa,
y aunque dudoso, sospecha
que no pueden escaparse
ambos de una misma flecha.
Tiene el corazon deshecho,
como á quien tanto pesaba,

aunque era ya sin provecho,
que á su generoso pecho
el dolor lo sojuzgaba.

UNDÉCIMO ROMANCE.

Despues que sobre Zamora
murió el noble Rey don Sancho,
vino á reinar en Castilla
un don Alonso su hermano;
pide por herencia el Reino
que de derecho ha heredado,
y para alzalle por Rey
los grandes han acordado
que entrase en Santa Gadea,
y jurase si era salvo
de aquella tan cruda muerte
que dieron al Rey su hermano.
Don Alonso que lo supo,
dijo que lo harie de grado;
muchos señores de salva
entran con él á su lado,
y cuando estuvieron dentro
las puertas le han cerrado.
Sobre un ara consagrada
y un crucifijo dorado,
y en un cerrojo de acero
como era acostumbrado,

le viene á tomar la jura
ese buen Cid Castellano;
de las palabras que dice
están muy maravillados:
«Nunca reines, don Alonso,
en tu Reino ningun año,
y despues que fueres muerto
el alma te lleve el diablo,
si supiste ó consentiste
en la muerte de don Sancho.»
Nunca le respondió cosa,
ántes le estaba mirando.
Luégo habló Pero Anzures,
un ayo que lo ha criado:
«Pone la mano, señor,
y jura, pues que estais salvo,
que nunca fuistes traidor
ni sabeis nada en tal caso.»
Luégo hizo don Alonso
lo que le mandó su ayo;
puso la mano, y juró
á Dios (que lo habie criado)
que no consintió ni supo
en la muerte de don Sancho;
y en haciendo juramento
contra el Cid se habie encarado
las palabras que le dice
son de hombre muy airado:
«Enojado estoy, buen Cid,

porque así me has maltratado;
mas con esto me consuelo,
que no se cumple hoy el año
que si me tomas la jura
luégo serás mi vasallo.»
Con ánsia responde el Cid,
desta suerte le ha hablado:
«Como lo usares, buen Rey,
como lo fueres usando.»
Poniendo mano á su espada
se sale el buen Castellano,
y con voz muy alterada
en una cruz ha jurado
de nunca entrar en sus córtes
ni obedecer su mandado,
hasta tanto que tres veces
se lo hubiese el Rey rogado.
Cabalgó, y fuése luégo
de muchos acompañado.

FIN.

SÍGUENSE MUCHOS

Y GRACIOSOS ROMANCES,

DE TODO GÉNERO DE COMPOSTURA,

HECHOS Y EMENDADOS POR EL AUTOR.

ROMANCE PRIMERO.

Cómo el moro Muza mató cinco cristianos.

En llamas de amor deshecho,
y cual fiero Marte airado,
se parte el valiente Muza
al campo del Rey Fernando;
unas armas lleva negras,
las faldetas de morado,

con el nombre de su amiga
lleva el arnés esmaltado,
una lanza con dos hierros,
un fino yelmo acerado,
un escudo grueso y fuerte
puesto en el siniestro lado,
el escudo todo verde
dentro del un mar pintado,
y en medio de aquestas aguas
un corazon figurado,
con un letrero que dice:
En mar de pasiones nado.
Parte enamorado Muza,
preso de amor y enojado,
y con bríos valerosos
á voces amenazando:
«Salid, salid, caballeros,
del campo del Rey Fernando;
Muza soy el de Granada,
del Rey chico sigo el bando,
y por vengar sus injurias
vengo cual me veis armado.
Salid dos, ó uno á uno,
no os esteis acobardando,
y si no salid tres juntos,
y si tres no, salid cuatro,
y si no salga el Real todo,
que aquí con mi lanza aguardo.»
Á las voces salen cinco

en poderosos caballos,
unos llevaban adargas,
y otros escudos dorados.
Al encuentro sale Muza
cual leon encarnizado;
el uno dice, «Mahoma,»
y los cinco, «Santïago.»
En recuentros y revueltas
cayeron en tierra cuatro,
el uno vuelve con furia,
mas tambien queda en el campo;
de cinco cabezas Muza
el caballo ha enjaezado,
y con los ricos trofeos
se vuelve escaramuzando.
En medio de su victoria
una dama vió llorando
en una tienda, de pechos,
do se veia todo el campo,
la color tiene perdida
y el cabello derramado;
conoció á doña Isabel,
mujer del Rey don Fernando,
que con la voz ronca y triste
dice, y aliento cansado:
«¿Cuál será aquel caballero
de los mios más privado,
que me traiga la cabeza
de aquel moro renegado?»

ROMANCE SEGUNDO.

De cómo don Manuel hizo campo con el moro Muza, y cómo le cortó la cabeza.

Como quedó con tristeza
la Reina, y desconsolada
de la victoria que tuvo
ensangrentando su lanza
el robusto moro Muza,
y cuán bien vengó su saña
en los cristianos guerreros
de la nobleza de España,
un paje camina apriesa

á contar lo que pasaba
al valiente don Manuel,
caballero de gran fama.
Don Manuel cuando lo oyó
gran pena y dolor mostraba,
en saber del gran pesar
con que la Reina quedaba,
y levantóse animoso
de la cama donde estaba
sanando de las heridas
que sacó de una batalla;
no quiere hablar á la Reina
ni á nadie dice palabra,
envía una carta al moro
que desta suerte empezaba:
«Á tí el fuerte moro Muza,
y tenido en nuestra España
por el más diestro y valiente
que en la morisma se halla,
pues llevaste las cabezas
haciendo venganza brava,
y saliste con victoria
en la sangrienta batalla,
ven y llevarás la mia,
ó dejarás aquí el alma.»
Luégo le responde el moro
mostrando crecida saña,
y dice que él se apareja
para lo que demandaba.

Don Manuel pide un caballo
y que le traigan sus armas,
sale muy ligero al campo
blandiendo su gruesa lanza;
unas armas lleva negras,
grabadas de oro y grana,
el caballo va espumoso,
todo de color de plata,
la cubierta toda negra,
que tristeza demostraba,
lleva el escudo acerado
con una sierpe pintada,
echando llamas de fuego
por la boca y por las barbas,
con unas letras que dicen,
Del moro tendré venganza;
lleva una bandera negra,
en ella una cruz pintada,
una espada ancha y fuerte,
cortadora y estimada.
Sale don Manuel al campo,
adonde al moro aguardaba;
el moro, no descuidado
de salir á la demanda,
asoma por un camino
con soberbia y gran pujanza,
en un caballo bermejo,
con una bandera blanca;
la lanza parece negra,

que los extremos juntaba,
unas armas relumbrantes,
y en el siniestro una adarga,
escrito en ella un letrero
que dice en letras doradas:
Tengo por fé mi porfía,
y al fin la muerte pintada.
Trae arremangado el brazo,
la carne toda alheñada,
y por el cobdo apretado
un cendal de seda parda;
trae un tocado revuelto
con el nombre de su amada,
los jaeces del caballo
de perlas se demostraban,
un alfanje guarnecido
con borlas de seda largas,
una banda toda verde
por el hombro derrocada.
Á gritos viene diciendo:
«Sea Mahoma en mi guarda;»
Santiago, para la suya,
el cristiano á voces llama.
Parte el moro tan furioso,
que parecie que temblaba
la tierra por do corria
con el brio que llevaba.
Don Manuel es belicoso,
á Muza enristró su lanza,

fueron tales los encuentros,
que cada cual ya temblaba;
hacen las lanzas pedazos,
ponen mano á las espadas,
dale el moro á don Manuel,
con el ánsia que llevaba,
un tal golpe con su alfanje,
que de la silla le saca;
don Manuel, muy animoso,
en la cabeza le alcanza
al moro un pesado golpe,
parecie que desmayaba,
y al segundo que le tira
le dejó casi sin alma.
«Date, moro,» dice luégo,
mas el moro ya no habla;
y como lo vido muerto,
recio del caballo salta,
de los hombros la cabeza
en un instante le aparta,
y por la boca y el cuello
el alfanje le hincaba.
Camina para el Rëal,
do el Rey y la Reina estaban
con otras muchas doncellas
que juntas la acompañaban,
do les mostró la cabeza
de Muza que deseaban.

ROMANCE TERCERO.

De una hazaña que hizo Bernardo del Carpio.

Cuando el padre de Faeton
sus caballos enfrenaba,
y la esposa de Titon
del tálamo se levanta,
por una floresta umbrosa
de arboleda bien poblada
llorando van tres doncellas
hermosas y desdichadas,
en morcillos palafrenes
y en negras sillas sentadas;

tan cubiertas van de luto,
que por el suelo arrastraba;
cuatro escuderos delante
que negras hachas llevaban,
con capuces hasta el suelo
gran tristeza demostraban;
en medio va un ataud,
y dentro un cuerpo sin alma,
armado de todas armas,
sino sola la celada,
heridas lleva de muerte,
y la cara ensangrentada,
cubierto de un paño negro
y descubierta la cara,
y en los extremos del paño
va una muerte figurada,
con letras que sólo dicen:
Tan injusta, cuan temprana,
y en medio dél un letrero
que decia estas palabras:
Ninguno quiera saber
aventura tan extraña,
si no fuera caballero
que pueda hacer venganza
de una muerte tan injusta,
cuan crüel y desastrada.
Las doncellas daban gritos,
los escuderos lloraban,
con las voces y alaridos

la floresta retumbaba:
alteróse un caballero
que junto al camino estaba,
recostado al pié de un roble,
poco habie que descansaba
del trabajoso camino,
y al punto en pié se levanta;
ricas armas tiene puestas,
la visera levantada,
y como vió el aventura
su caballo aderezaba;
en un instante le enfrena
y las cinchas le apretaba,
del arzon colgó el escudo,
tomó en su mano la lanza,
sin poner pié en el estribo
sobre la silla saltaba,
arrimóle las espuelas
y la rienda le aflojaba;
llegó, é hizo acatamiento,
mas ninguno no le habla,
ántes viéndole delante
mayores voces alzaban.
Desea saber Bernardo
aventura tan extraña,
que es este Bernardo el Carpio
sobrino del Rey de España,
que anda buscando á Orlando,
al conde y señor de Brava,

lee lo que dice el letrero,
y ofrécese á la venganza;
luégo le cuentan el caso
de todo lo que pasaba,
las damas piden favor
contra quien las agraviara,
que es el fuerte Lepolemo,
que un hermano les matara
por tomarles un castillo
y una de las tres hermanas,
y cuando le hubo muerto
desta manera les habla:
«Que si dentro de ocho dias
hallan quien haga batalla,
con él volverá el castillo
sin hablarles más palabra,
y que si en todo este tiempo
quien se lo pida no hallan,
que él escoja entre las tres
aquella que más le agrada,
para hacer della á su gusto
como si fuese su esclava.»
Al castillo vuelven todos
donde Lepolemo estaba,
Bernardo le desafía
y en el campo le esperaba.
Lepolemo oyó las voces
y asomóse á una ventana,
viendo un caballero solo

en un momento se armaba;
apriesa pide un caballo,
tomó de presto la lanza,
y apenas hubo salido
cuando los dos se encontraban,
y tan feroz fué el encuentro
que el bravo Español le daba,
que le pasó á la otra parte
más de un gran palmo de lanza:
con que libertó el castillo
y dió venganza á las damas.

ROMANCE CUARTO.

De cómo don Rodrigo de Vivar mató á dos moros que forzaban una dama mora, y la rescató.

Cuando el rojo y claro Apolo
el hemisferio alumbraba,
y cuando su hermana bella
en el otro se mostraba,
por una verde espesura
de arboleda bien poblada,
donde dulces ruiseñores
muy claramente cantaban,
y donde el céfiro manso

sabrosamente soplaba,
con esfuerzo y gallardía
un caballero pasaba
en un caballo furioso
bordado el jaez de plata,
con armas de fino acero
todo de blanco se armaba,
una lanza larga y gruesa,
y en ella veleta blanca;
ha salido de Castilla
y entra bravo en Lusitania,
sólo va á buscar un moro
quel fuerte Audalla se llama,
que la fama de sus hechos
por toda España volaba.
En medio de su camino
el caballo se paraba;
don Rodrïgo de Vivar
de las espuelas le daba,
mas el caballo por eso
adelante no pasaba.
Como esto vió don Rodrigo
en los estribos se alzaba,
por ver qué cosa sería,
y á todas partes miraba;
hincado há la lanza en tierra
y en ella el cuerpo afirmaba,
oyó una voz que decia
(aunque no vió quién la daba):

«¡Oh ingrata y crüel fortuna,
dí si estás de mí vengada,
pues me has quitado la vida
y con ella el bien del alma!»
Metióse por la espesura
por saber quién lamentaba,
cuando no léjos de sí
vió que un moro se quejaba
tendido en la fresca yerba,
que en sangre teñida estaba
de las heridas que tiene,
que todo el cuerpo le pasan.
Cuando lo vió don Rodrigo,
movido de grande lástima,
apeóse del caballo;
mas áun bien no lo pensaba,
vió estar cuatro caballeros,
y con ellos una dama
que dellos se defendia,
aunque ya cansada estaba,
y como vió á don Rodrigo,
á grandes voces le llama:
«Ayudéisme, caballero,
si cortesía en vos se halla,
yo soy Aja, sin ventura,
captiva del fuerte Audalla.»
Arremetió don Rodrigo
poniendo al ristre la lanza,
los cuatro vienen para él,

y cada cual le encontraba,
no le mueven de la silla,
y él al uno derrocaba;
vuelve furioso á los tres,
poniendo mano á su espada,
dió al uno tan recio golpe,
que al suelo le derribaba;
los dos se vuelven huyendo,
y el Cid dellos no se daba.
Á la dama se volvia
por saber lo que pasaba,
mas la dama, temerosa,
no le responde palabra,
ántes por el espesura
iba buscando á su Audalla;
no curó el Cid de seguilla,
mas en Castilla se entraba,
y así hizo buena obra
á quien la pensó hacer mala.

ROMANCE QUINTO.

Del llanto que hizo la linda Flordelís cuando supo la muerte de Brandimarte.

No se atreve el duque Astolfo
á dar la nueva angustiada
á la linda Flordelís
de la sangrienta batalla,
hasta que con Sansoneto
vaya juntamente á dalla,
porque de dolor tan fuerte
puedan ambos consolalla.
Ella que llegar los vido
con las vistas demudadas,

como está medrosa y triste
por un sueño que soñara,
dijo: «¿Brandimarte es muerto?»
y cayóse desmayada.
Tornó en sí sabiendo el caso,
y las hebras de oro arranca,
y sin compasion de sí
rostro y pecho en sangre baña,
y á su Brandimarte á voces
en vano mil veces llama:
una vez pide la muerte
ó que le den una espada,
otra, que al mar quiere irse
y á nado pasar el agua,
hasta llegar á la isla
do fué la triste batalla,
y de Agramante y Gradaso
hacer entera venganza,
de arrastrarlos con los dientes
como fiera tigre hircana.
«¡Ay Brandimarte, ay bien mio!
¿por qué (dice) me dejabas?
Tu querida Flordelís
contino te acompañaba;
si fuera, señor, contigo
de algo te aprovechara,
que cuando á Gradaso viera,
que sin verle tú llegaba,
sirviera de darte un grito

que siquiera te apartaras,
ó me metiera yo en medio
y el golpe le reparara,
fuera mi cabeza escudo
y la tuya se librara,
que mi muerte por tu vida
fuera bienaventurada,
pues que de morir así
mejor fuera en tal demanda;
ó ya quel injusto cielo
nada desto me otorgara,
diérate el postrer abrazo,
y con mi llanto bañara
tu rostro en sangre teñido
para que te lo limpiara,
y oyérasme al postrer punto
que se te arrancaba el alma,
decir: Vete en paz, bien mio,
que ya va tras tí tu amada.
¿Es aqueste el rico estado
que yo así te demandaba,
para que del reino mio
por señor te coronara?
¿Estas son las dulces bodas,
es este el bien que esperaba?
¡Ay hado, ay fortuna esquiva,
cuántos gozos desbaratas!
¿Mas por qué me tardo, triste?
¿Por qué no me saco el alma?

que pues Brandimarte es muerto,
¿de qué me queda esperanza?»
Estas y otras cosas dice,
y á maltratarse tornaba;
de las manos con los dientes
amargos bocados saca,
y su rostro con las uñas
crüelmente despedaza.
Esto hace cada dia
hasta que Roldan llegara,
que por ella viene él mismo
para que á Sicilia vaya
á ver el sepulcro triste
do su Brandimarte estaba,
y en llegando sobre él llora
que los cielos mueve á lástima;
y tal fué su sentimiento,
tal su dolor, tal su ánsia,
que la vida amarga y triste
consumida en llanto acaba.

ROMANCE SEXTO.

De las bravezas que hizo don Roldan, cuando supo que Angélica se enamoró de Medoro y gozó sus amores.

Suspenso y embebecido,
con celoso sobresalto,
el fiero conde de Brava
tristemente se ha hallado
en un prado y sitio umbroso
al grueso tronco de un árbol,
porque vido en la corteza
todo su mal estampado,
de cuya triste escultura

aquesto entendió el cuitado:
«Medoro, el más venturoso
que en los hombres se ha hallado,
de Angélica, dulce y bella,
donde el cielo se ha extremado,
rëina de la hermosura,
princesa del gran Catayo,
con mil amorosos ñudos
alegremente enlazados,
sin sobresalto y seguro
á mi placer he gozado;
yo sólo he cogido el fruto
que á tantos les fué negado,
y de mísero escudero
me dió el amor tal estado:
prados, plantas, yerbas, flores,
gozaos en mi alegre hado,
y tú que aquesto leyeres
alégrate en mi cuidado,
que aquí lo dejo en memoria
para todo enamorado.»
De sudor se cubre el conde,
los huesos le están temblando,
dudoso, confuso y triste,
vuelve la rienda al caballo:
«Otra (dice) será aquesta,
y no la que voy buscando,
y si es ella, yo soy cierto
su Medoro afortunado,

que aqueste nombre me ha puesto
como á dulce enamorado.»
Y así del bosque se aleja,
y acércase á lo poblado,
en una casa se alberga
de un guardador de ganado.
Sin cenar se acuesta el conde,
de grave dolor cercado,
poco reposo ha tenido,
porque el huésped le ha informado
que Angélica y su Medoro,
en la cama do está echado,
gozaron de sus amores
habiéndose allí casado.
Un brazalete le muestra
que por paga le han dejado:
conoce Orlando las señas,
y como hombre endemoniado,
salta huyendo del lecho,
en un momento fué armado;
maldiciendo sale el huésped,
y maldiciendo su hado,
á la espesura se torna,
derecho se viene al árbol,
y con una ánsia rabiosa
á Durindana ha sacado,
y adonde está la escriptura
encamina el fuerte brazo;
hiende, corta, raja y parte,

en mil piezas lo ha tornado,
los ojos pone en el cielo
y en Angélica el cuidado:
«¡Ay ingrata (el conde dice),
ay amor mal empleado!
¿Estas eran las promesas,
este el amor dulce y blando?
Acordáraste, crüel,
cuántas cosas me has mandado,
y á cuántos graves peligros
por tí me he determinado,
y cuántos extraños hechos
ha hecho este fuerte brazo.
¿Por qué, traidora, has querido
que muera desesperado?»
Y tan grave dolor siente,
en estas cosas pensando,
que sin sentimiento algúno
se arroja en el verde prado;
torna en sí despavorido,
de seso y razon privado,
de su caballo se ajena,
¡ved quién deja tal caballo!
aquí va dejando el yelmo,
allí el arnés va dejando,
tambien deja á Durindana,
lo que quiere Mandricardo,
que la escogiera Cervino
para que le cueste caro.

No pára el cuitado en esto,
que al punto se ha despojado
de vestido y de razon,
ques gran compasion mirallo;
y tan furioso se muestra,
que ¡ay de aquel que le ha encontrado!
Á cuantos topa dá muerte,
todo lo va destrozando,
niños, mancebos y viejos,
á ninguno ha perdonado,
no pára en la casa el dueño,
ni pastor en su ganado,
si no se topa con gente
las bestias hace pedazos,
cuando no pára en la tierra,
por la mar entra nadando;
al sol, al agua y al frio,
curtido y desfigurado,
sin comer, pobre y desnudo,
anda el triste conde Orlando,
hasta que su primo Astolfo
el seso le haya tornado:
mirad lo que hace amor,
líbreos Dios de tal cuidado.

ROMANCE SÉPTIMO.

De Céfalo y Pocris.

De la gran ciudad de Atenas
Céfalo salido habia
á cazar á las montañas,
como otras veces solia,
un dardo lleva en la mano
que Pocris dado le habia,
con aquel hermoso perro
que de Diana ser solia;
el dardo llevaba sólo,

que era de muy gran valía,
de qué madera es el asta
ninguno la conocia.
Su Pocris sale tras dél
con celos que dél tenía,
porque Céfalo le dicen
que habla con una ninfa,
y que despues de cansado
de seguir la montería,
se echaba por descansar
á la sombra que allí habia,
donde por Aura llamaba
con congoja y agonía.
Con rabiosos celos Pocris
á su Céfalo seguia,
sola va y tan encubierta,
que nunca dél fué sentida;
como Céfalo cansado
de la caza se sentia,
á una sombra se sentaba
junto á una fuente fria,
diciendo á voces: «¡Oh Aura!
¿qués de tí, dulce alegría?
¡Oh Aura bella y graciosa!
¿qués de tí, esperanza mia,
que no vienes á matar
el fuego que me encendia?
Ven, pues, Aura, no te tardes,
darás vado á mi fatiga

y á estos mis cansados miembros,
que en vivo fuego se ardian.»
Escuchando estaba Pocris
lo que Céfalo decia,
encubierta entre unas ramas
que nada se parecia,
y para mejor oirle
hácia Céfalo venía;
meneado se han las hojas,
Céfalo, que lo sentia,
entendió sería fiera
de las que en el monte habia,
arrojóle presto el dardo,
que grande virtud tenía
de no errar ningun tiro
de los que con él hacian,
y en tirándole, á la mano
que le tiró se volvia.
Mas como le hubo tirado
oyó una voz que decia:
«¡Ay de mí, desventurada,
que soy muerta en este dia!»
Céfalo, por ver lo que era,
á la voz luégo acudia,
conoció que era su Pocris,
á quien él tanto queria,
y vió que del blanco pecho
mucha sangre le corria;
soltó ambas riendas al llanto,

y estas palabras decia:
«¡Ay de mí, desventurado,
que sin tí no quiero vida!
¡ay Pocris, la más hermosa
de las que en el mundo habia!
¿cuál acerbo y duro estado
á tal parte te traia?
Háblame, dulce señora,
habla, dulce amiga mia.»
Con las ánsias de la muerte
su Pocris le respondia:
«¡Oh, mi Céfalo querido,
fin de toda mi alegría!
pues no se excusa que muera,
otra cosa no queria
sino que despues de muerta
no cases con esta ninfa
que tanto quieres y amas,
segun yo claro entendia.»
Céfalo, que oyó el engaño,
llorando así se decia:
«No tengas pena, señora,
porque engañada vivias,
questa Aura por quien llamaba,
no es mujer, tampoco es ninfa,
mas es un aire gracioso
con quien contento tenía.»
Y como esto oyera Pocris,
sus blancos brazos tendia,

fué por abrazar á Céfalo,
muerte atajóle la vida,
así que celos rabiosos
le hicieron perder la vida.

ROMANCE OCTAVO.

De don Diego de Acevedo.

Con extraño temporal,
por el mar embravecido,
va don Diego de Acevedo
á media noche perdido;
los vientos llevan la nave
con espantoso rüido,
ya la suben, ya la bajan,
ya lleva el timon rompido,
sin árbol y sin entena,
sin remedio conocido;
el cielo estaba ñublado

y el Norte estaba escondido,
las nubes derraman agua,
baja granizo crecido
con muy temerosos truenos,
brama el mar embravecido,
cuando la nave encalló,
que el bogar le fué impedido.
Los de dentro, temerosos
(porque tuvieron creido
que en alguna peña ó roca
la nave se habie hendido),
invocaban á los santos
con un clamor dolorido,
mas como veen el puerto
donde Dios los ha metido,
saltan en tierra contentos,
y, despues de amanecido,
reconocen ser de moros
la tierra donde han salido,
en las partes de Visena,
donde tuvieron creido
que haber arribado allí
les fuera muy mal partido.
Don Diego dijo: «Mis armas
y mi caballo lucido
saquen de la rota nave;»
y á un moro viejo que vido,
le dijo: «Amigo, si el Rey
agora hubiese sabido

que han venido aquí cristianos
con tormenta que han tenido,
¿querrá que entren en sus tierras,
ó serles ha defendido?»
Dijo el moro: «En otro tiempo
os fuera bien combatido,
mas agora el gran Morlante
tiene su bando extendido
que de todo el universo
venga quien fuere servido,
á unas justas que cada año
en aquesta corte ha habido;
porque habiendo estado preso
diez años muy abatido,
y porque fué en este tiempo
de la prision redemido,
se regocija cada año,
pero aqueste no ha querido,
por una calamidad
triste que le ha sucedido,
y es, que el Rey tiene una hija
á quien natura ha medido
en esfuerzo y gran valor,
que se le dió tan subido,
que triunfa su hermosura
más que en la que el mundo ha habido;
hallóla el Rey con un moro
no ménos que ella escogido,
de linaje y muy valiente,

y siempre les ha excedido
á todos los de la corte
y á cuantos de fuera ha habido,
en un aposento della
el Rey acaso los vido
solos, pero amor con ellos,
quél sólo los ha rendido;
hízolos prender, y luégo
sin descargo ni partido
les ha dado la sentencia,
y tiene ya proveido
que al caballero degüellen
en cadahalso subido,
y á la princesa tambien,
si no hay algun atrevido
que se combata con siete
moros que él haya escogido,
y ha de vencer á los siete,
y si él quedare vencido,
degollarán á los dos
sin remedio ni partido.»
Don Diego, maravillado
de lo que al moro le ha oido,
se armó de sus fuertes armas,
y despues de apercebido,
va con tan bravo semblante,
que de mil gentes seguido,
dicen que es el más gallardo
que á la corte habie venido.

Desta suerte va á palacio,
y habiendo al Rey conocido,
le hizo gran reverencia
y acatamiento debido,
y contando de qué suerte
á su corte habie venido,
le dijo: «Rey poderoso,
lo que ante tí me ha traido
es la sentencia crüel
que diste en lo sucedido,
y por ser tan cruda y fiera
traigo el corazon partido;
mira, Rey, que es gran crueldad
lo que tienes proveido,
mira que á cualquier humano
tiene natura rendido;
yo te suplico, señor,
que me sea concedido
campo con los siete moros,
pero habiéndolos vencido,
des por libre á la princesa
y al caballero afligido.»
Dijo el Rey: «Es imposible
hacer lo que me has pedido,
que será contra la ley
que en mi corte se ha tenido;
defiende la parte della
si estás de tí aborrecido,
y porque no me parezca

questás fuera de sentido,
te vuelve, amigo, y no quieras
pagar lo que no has debido.»
Don Diego se salió fuera,
y en su caballo subido,
á voces (que lo oyó el Rey)
estas palabras le dijo:
«Salgan siete, ó salgan ciento,
que yo estoy apercebido
para librar la princesa,
ó quedar aquí tendido;»
y en el palenque se entró
que estaba constituido.
Y cuando el Rey moro hubo
los guerreros elegido,
mandó poner la princesa
en un tablado subido,
donde viese al caballero
que defendie su partido.
Y estando en esto, don Diego
á los siete moros vido,
muy refulgentes las armas,
el que ménos muy lucido,
cada cual dellos valiente,
membrudo, grande y fornido.
Parten los siete volando,
mas don Diego, apercebido,
tambien volando arrancó,
pero dellos combatido,

en él quebraron sus lanzas,
sin ser dellos más movido
que un fuerte ó duro peñasco
ó mármol endurecido;
el que don Diego encontró
allí le dejó tendido,
con el hierro de la lanza
en la garganta escondido,
y de los seis que quedaron
aunque cercado se vido,
dió con su lanza sin hierro
de todos al más lucido
tal golpe, que con caballo
lo dejó allí amortecido.
Dijo el Rey: «Buen caballero,
basta, yo doy por vencido
el campo, y el triunfo dél,
pues le teneis conseguido.»

ROMANCE NOVENO.

De Bernardo del Carpio.

Con ánsia extrema y lloroso,
triste, ansioso y afligido,
se parte Bernardo el Carpio
de grave dolor vencido,
porque habiendo estado ausente
del Carpio, su patria, huido,
supo que estaba de moros
muy cercado y abatido,
y que su hermosa Estela,
á quien el alma ha rendido,

habiéndose de temor
en una torre subido,
le tiraron una flecha,
y, el tierno pecho partido,
rindió al mismo tiempo el alma
el cuerpo amado y querido.
Baja el lagrimoso jóven
de negras armas vestido,
ya baja el rostro en el suelo,
ya en el cielo lo ha subido,
del ronco y funeral pecho
saca un ¡ay! tan dolorido,
que si el infernal rigor
asistiera á su gemido,
templara sus graves penas,
de su pena condolido;
dice: «Hermosa Estela mia,
¿cómo el cielo ha permitido
que me haya la cruda muerte
de tu beldad dividido?
¡Oh cruda muerte envidiosa!
Duro hierro endurecido,
¿cómo en ver la luz del mundo
no volviste enternecido,
á sepultarte en el fiero
brazo de do habias salido?
Mas ¡ay, venturoso hierro!
cuán sin razon te he ofendido,
pues era imposible verla

sin que de su amor herido
muriera, por no quedar
en tal pecho enriquecido.»
Aun no habia la blanca aurora
su clara luz esparcido,
cuando á sombras del Rëal
por todo el campo extendido,
el caballo de Bernardo
alza el recatado oido,
y enriscando el corvo cuello,
con braveza sacudido,
descubre sobre un caballo
un caballero lucido;
los belicosos caballos,
cada cual embravecido,
ya se vienen encarando
con relinchoso rüido,
ya Bernardo se apercibe,
y el contrario apercebido,
se embisten; pero en llegando,
fué Bernardo conocido
de su caro amigo Ascanio,
el cual con gozo crecido
le dijo: «¡Oh caro Bernardo,
y cuánto, amigo, ha sentido
el Carpio tu grave ausencia,
casi roto y constreñido,
que se rinde ya al poder
que el gran Morlante ha traido!

mas yo voy á ver si hay
órden de ser socorrido.
Tú, Bernardo, ¿cómo vienes
solo y desapercibido,
para pasar por un paso
tan guardado y defendido?»
Dijo Bernardo: «¿Qué dices?
¿Cómo quies que haya venido,
si ya de mi Estela el cielo
anda pisado y medido?
¿Dónde he de ir sino á morir
con la que siempre he vivido?»
«¡Oh Bernardo, dijo Ascanio,
cuán siervo eres de Cupido!
tu Estela está libre y sana,
y aunque se tuvo entendido
que peligrara, ya el cielo
de libralla fué servido.»
«¡Oh cielo!» dijo Bernardo;
y estrechamente ceñido
del cuello del caro Ascanio
fué su gozo tan subido,
que sin más hablar se parte
al campo á paso tendido;
si dá un paso con los piés,
mil con el alma y sentido,
y cual va el hambriento lobo
al ganadillo rendido,
entra hiriendo y matando

por el Rëal adormido.
Retumba ya el alboroto,
sube al cielo el gran sonido,
tocan trompetas al arma,
suena el clamor y alarido;
ya vienen sobre Bernardo
todo el campo concurrido,
llueven sobre él más espesos
quel granizo más crecido.
Ya los cristianos de dentro,
que á Bernardo han conocido,
recobran esfuerzo y salen
con victorioso gemido,
hallan al fuerte Bernardo
en grande aprieto metido,
entre la brava morisma
acosado y perseguido,
cual anda entre ardientes perros
el gran jabalí herido;
cércanle de léjos todos,
sin ser ninguno atrevido
á llegar, por no quedar
de su esfuerzo arrepentido:
así sacan á Bernardo,
golpeado y oprimido,
cubierto todo de polvo,
de sangre y sudor teñido.
Llega luégo el gran Rey moro
en un caballo subido,

gallardo, bravo y valiente,
membrudo, grande y fornido;
derriba y mata cristianos
de gran coraje encendido,
brama, gime, sube al cielo
el espumoso bramido,
y el magnánimo Bernardo
gozoso cuando lo vido,
rompe por medio del campo,
y, sin serle defendido,
le deja del primer golpe
el hombro diestro herido,
dando allí el alma á Pluton
y el cuerpo al campo teñido.
Huyen cobardes los moros
en viendo su Rey tendido,
y así quedó con su Estela
con contento esclarecido.

ROMANCE DÉCIMO.

Cómo don Manuel venció al moro, alcaide de Ronda, y le cortó la cabeza.

El valiente don Manuel,
que de Leon se decia,
estando con gran contento
en la ciudad de Sevilla,
muy querido de las damas
y de la Reina su tia,
el moro alcaide de Ronda
un mensajero le envía,
y con él envía una carta

que á muerte le desafía;
lo que la carta contiene
desta manera decia:
«Valeroso caballero
en esfuerzo y valentía,
luz y espejo de las armas
de toda la Monarquía,
á quien el mundo respeta
por tu mucha cortesía,
bien sabrás, y te es notorio,
que se pospone la vida
por engrandecer la fama
y ganar honra crecida;
yo, envidioso de tu honra,
por acrecentar la mia,
de morir ó de vencerte
mucho contento ternía,
y hacer contigo campo
deseo toda mi vida,
mas nunca ha habido lugar
ni ocasion se me ofrecia,
y agora he determinado
hacer lo que pretendia;
y así va este mensajero
con aquesta carta mia,
por la cual te pido campo,
no porque mal te queria,
aunque de contraria ley
eres, sin seguir la mia,

y si alcanzase victoria
y te quitase la vida,
enviaria yo á Granada,
á una dama que servia,
tu cabeza presentada
con contento y alegría;
y si tú gustares dello,
llegáraste á Ronda un dia,
á donde yo soy alcaide,
la batalla se haria,
que allí se te guardará
la lealtad y cortesía
que á tal hombre como tú
tan justo se le debia;
y si no cobra licencia
de quien dármela podia,
porque yo te iré á buscar
á la ciudad de Sevilla,
y si batalla me niegas
yo diré tu cobardía:
de lo que determinares
respuesta breve me envía.»
Don Manuel tomó la carta,
y al moro así respondia:
«En merced te tengo, alcaide,
la fama que me publicas,
mas hay un inconviniente,
el cual por esta diria,
y es que con un moro solo

yo pelear no podia,
porque jurado lo tengo
en ley de caballería,
y este firme juramento
jamás le quebrantaria;
pero saca en tu compaña
un Alguacil que tenías,
que dicen ques fuerte moro
y de grande valentía,
y por tal es celebrado
acá en el Andalucía,
y allá con ambos á dos
yo solo campo haría.»
Mucho se espantó el alcaide
cuando la carta leia,
y el desafío aceptando
á llamarlo luégo envía.
Don Manuel se partió luégo
y por Tebas se venía,
do está el conde su cuñado
y su hermana residia,
y despues de haber cenado,
el caso contado habia
del desafío campal
que en Ronda hecho tenía
con los dos valientes moros,
segun que dicho se habia,
á lo cual respondió el conde,
desta manera decia:

«Muy bien parece, señor,
cordura con valentía:
pues el alcaide de Ronda
él solo á vos desafía,
no debe de ser el moro
de pequeña valentía,
matalle no fuera poco,
ántes honra se adqueria,
sin envialle respuesta
tan soberbia y tan altiva;
quiera Dios por su pasion
que esto no os cueste la vida.»
Don Manuel le respondió
con extraña gallardía:
«De matar un solo moro
poca honra me venía,
y si yo mato los dos
mayor gloria me sería,
y si quedare yo muerto
mi fama no se perdia;
mas por ningun interés
la batalla dejaria.»
Otro dia se fué á Ronda,
con los dos campo hacía;
salen furiosos los moros,
para don Manuel caminan,
el Español que los vido
en ellos la lanza enristra,
mas aunque quedó herido

el alcaide sin la vida,
el otro se va huyendo,
dentro en Ronda se metia:
la cabeza del alcaide
la metió dentro en Sevilla.

ROMANCE UNDÉCIMO.

De don Rodrigo de Narvaez y del moro Abindarraez.

Por una verde espesura
que junto á Cártama habia,
caminaba Abindarraez
por una fragosa vía,
en un caballo castaño
muy preciado que tenía;
dorado lleva el jaez,
de escarlata la mochila,
las estriberas de plata,

espuela de oro traia,
y el lazo del borceguí
un corazon parecia,
dos saetas le atraviesan
y dos manos le rompian;
lleva marlota azul clara
labrada de plata fina,
el capellar era verde
cubierto de pedrería,
y una toca aceitunada
que siete vueltas tenía,
con rapacejos de oro
que se los puso Jarifa,
y aunque el moro iba gallardo,
por de dentro armado iba
con casco de fino acero
y una cota jacerina,
adarga de ante embrazada,
la lanza larga y tendida,
el puñal con cabos de oro
y al lado una damasquina.
Iba el moro tan gallardo
por el bien que le venía,
y por pasar su camino
cantaba en algarabía;
mas su edad de envidïosa
deste placer le desvía,
porque el alcaide de Alora,
con nueve en su compañía,

concertaron que una noche
que clara luna hacía
fuesen á correr la tierra
y á ver lo que en ella habia,
y llegados á un camino
que en dos partes se partia,
los cinco iban por el uno,
Narvaez por el otro iba,
y ántes que se despidiesen
este concierto hacian:
que en viéndose en apretura
tocasen una bocina,
y áun no eran bien apartados
hélo el moro que venía;
todos cinco le acometen
con ánimo y osadía,
mas el moro enamorado
tiene tanta valentía,
que escaramuza con todos
y á tres en tierra tendia:
los dos, viéndose en aprieto,
han tocado la bocina.
Oido lo habie Narvaez,
y de presto allí venía;
manda que se aparten todos,
que él solo combatiria
júntanse los dos guerreros,
¡oh qué batalla se hacía!
que si Rodrigo es valiente,

el moro tal se sentia,
mas Rodrigo de Narvaez
al moro dió una herida;
dícele: «Ríndete, moro,
si quieres quedar con vida.»
Responde el moro á Narvaez,
aunque con voz dolorida:
«Mal podrá ser tu captivo
el que lo es de Jarifa.»

ROMANCE DUODÉCIMO.

Del moro alcaide de Ronda, y de don Manuel.

El moro alcaide de Ronda
se sale de su alcaidía
la mañana de San Juan
al punto que amanecia,
en un hermoso caballo
que el Rey dado se lo habia,
ricamente aderezado,
cubierta de oro la silla,
conforme con el vestido
que el moro lleva aquel dia,

que es de amor desesperado;
viste marlota amarilla,
un albornoz lleva azul
que en mil sospechas vivia;
no le estorba el ir galan
para lo que pretendia,
porque debajo llevaba
cota de malla muy fina,
y en el adarga embrazada
borlas de azul y amarillas,
con un mote puesto en ella
que desta suerte decia:
Al que ama sin esperanza,
dársele debe algun dia;
y en entrando por la plaza
vido la caballería
en muy hermosos caballos
enjaezados á porfía,
que por dar gusto á las damas
cada cual se apercebia
á dalles el alborada
(como es costumbre) del dia;
sus amigos se le ofrecen
de tenelle compañía,
él de todos se despide
con entera cortesía.
Antes de salir de Ronda
fué á la calle de su amiga,
vióla estar á una ventana

por ver la caballería,
y apercibiendo el caballo,
la color toda perdida,
la saluda y dice así:
«Alá te alargue la vida,
y á mí quiera dar victoria
solamente en este dia,
pues por volver en tu gracia
voy á aventurar la vida
con el mejor caballero
que habita en Andalucía;
desafiado le tengo,
y don Manuel se decia.»
La mora, muy desdeñosa,
respuesta no le volvia,
que de celos y sospechas
aborrecido le habia,
quítase de la ventana,
que encubrir no lo podia;
el moro, desesperado,
al campo tomó su vía,
tras mil sospechas muy tristes
estas palabras decia:
«Presto verá mi señora
venganza, si está ofendida
de mis pasados servicios,
y de fé tan firme mia,
que pues vivo así la ofendo,
no hay para qué desear vida;

y mal podré defendella
en el trance deste dia,
siendo tan bravo el contrario
y ayudándole mi amiga.»
Y diciendo estas palabras
al campo llegado habia,
donde vió al fuerte guerrero
que al desafío venía;
rompen los dos tan furiosos,
las lanzas hacen astillas,
y con un cabo de lanza
don Manuel le sacudia
al moro un pesado golpe
con que presto le rendia,
el cual le mató en el campo,
y muriendo así decia:
«Ya yo muero, don Manuel,
pero no de tus heridas,
que las que en el alma traigo
me dan muerte conocida;
y muy contento y pagado,
pues con mi muerte, alegría
tomará quien amo y quiero
más que á mi alma y mi vida.

ROMANCE DÉCIMOTERCERO.

De Angélica.

Por una triste espesura,
por un monte muy subido
ví venir un caballero
de polvo y sangre teñido,
dando muy crüeles voces
y con llanto dolorido,
con lágrimas riega el suelo
por lo que le ha sucedido,
que le quitaron á Angélica
en un campo muy florido
dos caballeros cristianos

que en rastro dél han venido,
y viéndose ya privado
del contento que ha tenido
sin su Angélica y su bien,
va loco por el camino;
desmayado iba el moro
con diez lanzadas herido,
pero no se espanta deso
ni se daba por vencido,
que en llegando á una verdura
del caballo ha descendido
para atarse las heridas,
que mucha sangre ha perdido,
y con el dolor que siente
en el suelo se ha tendido,
y con voces dolorosas
triste, ansioso y afligido,
maldecia su ventura
y el dia en que habie nacido,
pues no se podia vengar
deste mal que le ha venido;
y estando en esta congoja,
el gesto descolorido,
dando sospiros al aire
el alma se le ha salido.

ROMANCE DÉCIMOCUARTO.

Del moro Urgel, y de la hermosa Bradamante.

Ya se parte el moro Urgel
de la ciudad de Granada
en busca de Bradamante,
aquella dama preciada;
dice que quiere probar
con ella su espada y lanza,
y que si acaso la vence
por su grande esfuerzo y maña,
que la ha de llevar consigo
á su muy querida patria,

para casarse con ella,
aunque es de nacion cristiana.
Iba tan gallardo el moro,
que bien claro demostraba
ir por el amor guiado
y ser cual es su demanda;
y andando por su camino
junto á Montalban llegaba,
aquel castillo tan fuerte
donde Bradamante estaba,
y cuando cerca se vido
gran gozo y placer tomaba,
y por ver que era ya tarde
hácia un lugar caminaba
que estaba muy poco trecho
de donde habita su amada;
allí reposó la noche,
mas no era bien de mañana,
cuando el fuerte Urgel se sale
en una yegua alazana,
de todas armas armado,
con su rico escudo y lanza,
y en medio el escudo lleva
una dama figurada,
con una letra que dice:
Fortuna, no seas contraria.
Y así llegado al castillo,
muy recio á la puerta llama,
pero alzando la cabeza

vió que entre una almena estaba
un dispuesto caballero,
gallardo y de buena gracia,
aqueste era Ricardeto,
á quien Reinaldos dejaba
por guarda deste castillo,
con sus hermanos y hermana.
Ricardeto, que vió al moro,
le dice: «¿Qué es lo que mandas?»
Y con alta voz el moro
desta manera le habla:
«Señor, soy un caballero
de tierra y nacion cristiana,
y por sólo ganar honra
vengo á pedirte batalla,
por ser tan grande tu esfuerzo
y estimado en toda España.»
Ricardeto que lo oyó,
sin respondelle palabra,
manda ensillar su caballo
y que le traigan sus armas,
y vase derecho al moro,
que en el campo le esperaba.
El moro, cuando lo vido,
para él enristró su lanza,
lo mismo hizo Ricardeto,
y ambos á dos se encontraban;
en el escudo del moro
quebró el cristiano su lanza,

mas el moro lo encontró
en medio de la celada,
de suerte que Ricardeto
desatinado quedaba,
y así se quedó en el suelo
sin poder hablar palabra,
y con gran presteza el moro
del caballo se arrojaba;
quitado le habia el yelmo
pensando que era su amada,
y visto que era mancebo,
de los piés y manos lo ata;
y no lo hubo bien atado,
cuando ya en el campo estaba
Alardo, el segundo hermano,
armado de todas armas,
y arremetió para el moro
y el moro tomó otra lanza,
que como sagaz y astuto
la tenía aparejada,
y cabalgando en su yegua
ambos á dos se encontraban;
pero Alardo vino al suelo,
y así el moro presto lo ata,
lo mismo hizo á Ricardo,
que era el menor que quedaba.
Bradamante, que esto vido,
ciega de cólera y saña,
viendo presos sus hermanos,

en un momento se armaba,
por no estar aquí Reinaldos,
que entre la morisma andaba,
y así la fuerte doncella
donde está el moro guiaba,
y llegada junto á él
de esta suerte le hablaba:
«Suelta, moro, á mis hermanos,
ó apercíbete á batalla.»
El moro luégo responde:
«Déjate desas palabras.»
Revolviendo sus caballos
y blandeando sus lanzas,
se dan tan bravos encuentros,
que ambos las hicieron rajas.
Bradamante volvió presto
poniendo mano á su espada,
el moro muy orgulloso
su fuerte alfanje sacaba,
danse tan bravos golpes
que los yelmos se abollaban;
el moro con gran furor
un fuerte revés tiraba
á la hermosa Bradamante,
que escudo y armas le pasa;
mas descuidándose un poco,
Bradamante le acertaba
un tal golpe en la cabeza,
que la media le cortaba,

y así cayó el moro muerto
por precio de su demanda,
y la linda Bradamante
á sus hermanos desata;
con ellos se va al castillo,
dándole á Dios muchas gracias:
mirad qué hace el amor
á los que mejor le tratan.

ROMANCE

de los amores de Albanio y Felisarda.

Ya se parte Albanio el fuerte
y en amores desdichado,
en busca de Felisarda,
en quien tuvo aprisionado
de aficion su tierno pecho,
lo mejor de su niñez
y el tiempo verde y lozano,
cuando en casa de sus padres
se hablaban con recato
tan amorosas palabras

de estilo tan delicado,
que ninguno lo entendiera
sino de aviso sobrado;
va por topar á Tereo
de la cólera cegado,
hechos un ascua los ojos,
de enojo desfigurado,
á veces mirando al suelo,
otras al cielo estrellado,
á veces corre furioso,
y á veces está parado,
y otras está pensativo
y de sí desacordado,
ya habla consigo solo,
ya con su fortuna y hado,
ya prosigue su camino,
ya vuelve desesperado,
ya deja suelta la rienda
al espumoso caballo,
extremos hace en que muestra
señales de enamorado,
solo va por la espesura
á voces altas clamando:
«Ven, adúltero Tereo,
que aquí te estoy aguardando,
y verás en breve tiempo
tu poder, braveza y mando
destruido, cual merece
la traicion que has usado

en llevarte á Felisarda
estando yo descuidado.»
Y á cabo de una gran pieza
que dió fin á lo hablado,
vido por detrás de un roble
un grande bulto sentado;
llegóse un poco más cerca
por no hallarse engañado,
quel corazon le dió luego
gran temor y sobresalto,
y halló con certidumbre
lo que habia sospechado,
que era sin falta Tereo
con su Felisarda al lado;
y estando bien satisfecho,
aunque en cólera abrasado,
como prudente y discreto
un poco se ha retirado.
Felisarda, que conoce
á su aborrecido Albanio,
con gran razon, vergonzosa
de verle, se ha recelado;
dícele: «Dulce Tereo,
de mi corazon amparo,
con Albanio mi enemigo
cruda guerra se os ha armado,
y sienten mis ojos pena
en veros atribulado.»
Luégo respondió Tereo

con un ánimo esforzado:
«No sintais pena, bien mio,
aunque nos haya topado,
que quien os rindió la vida
sacará la vuestra á salvo;»
y diciendo estas palabras,
en breve se ha levantado.
Albanio contra Tereo
arranca desaforado,
y los dos valientes mozos
tan fuerte guerra han trabado,
que el uno y otro cayeron
en el suelo de su estado:
vídolos un caballero
que por allí pasó acaso,
el cual puso paz entre ellos,
que malamente han lidiado;
don Bradalin há por nombre,
hijo del Adelantado
del Reino de Macedonia,
de gran linaje y ditado.
Luégo que de la batalla
fué brevemente informado,
y ya que Albanio y Tereo
en su amistad ha tornado,
díjoles una razon
como sagaz y avisado:
«Si la dama quiere al uno
y en él pone su cuidado,

no hay para qué muestre el otro
el corazon alterado
por amores de la dama
de quien él es despreciado.»
Tomando su parecer,
y finalmente acordado,
dice que quiere á Tereo,
que della está apasionado,
y como razon discreta
á Bradalin le ha agradado.
Albanio por otra parte
se vuelve desesperado,
donde topó otra aventura,
y se vido fatigado
y á gran pique de perder
su honra, vida y estado;
un leon sale al encuentro,
valiente, feroz y bravo,
que solamente la vista
le puso temblor y espanto:
arremetió con gran furia
contra el valeroso Albanio,
y como esforzado y diestro
tan crüel golpe le ha dado,
que el fiero animal tendido
y casi muerto ha quedado,
por donde tuvo lugar
de poner su vida á salvo,
como aquel á quien tenía

la dura parca guardado
para gozar de aquel bien
que despues hubo gozado,
y don Bradalin prosigue
su camino comenzado,
y el venturoso Tereo
con Felisarda ha quedado;
mas la mudable fortuna
y su destino, ha ordenado
que despues de largo tiempo
que ya Tereo ha gozado
á la hermosa Felisarda,
se vea de ella privado,
como en sus dulces amores
os ha de ser recontado,
para que esteis sobre aviso
que aunque tengais alto estado,
no fieis en la fortuna,
porque á la fin dá su pago.

ROMANCE SEGUNDO

de los amores de Albanio y Felisarda.

Amores trataba Albanio,
aunque no los descubria,
siente el corazon llagado
de Felisarda su amiga,
que desde niño con ella
estrecha amistad tenía,
los más de sus tiernos años
y de aquella edad florida
pasados, sin gozar cosa
de su dulce compañía,
sólo la conversacion

y agradable y dulce vista;
ya que la ingrata fortuna,
traidora y desconocida,
les dió lugar y ocasion
cual pudo y les convenia;
ya que la naturaleza
con ellos obrado habia
en concedelles los años
que á los demás concedia,
la constelacion del cielo
á do quiera le movia
al infelice de Albanio,
que simplemente vivia,
haciendo que el aficion
que Felisarda tenía
en el inocente mozo,
que no ménos la queria
que quiso Piramo á Tisbe,
de eterna memoria y vida,
la vea en tan breve tiempo
tan crüelmente perdida,
cuya enemistad Albanio
muy gravemente sentia,
hablando consigo solo
estas palabras decia,
y los extremos que hace
que á gran compasion movia,
dice: «¡Oh dulce Felisarda!
¿qué os causó mi compañía?

¿qué daño sentiste della,
luz y espejo de mi vida?
Consuelo de mi tristeza,
socorro del alma mia,
principio de mi contento
y fin do va mi alegría,
remedio de mis enojos,
vida por quien yo vivia,
zanja donde me sustento
y do mi firmeza estriba,
corazon de mis entrañas,
dulce Felisarda amiga,
¿dónde está la fé y palabra
que yo firmada tenía,
de aquesa divina mano
que me afirmaba y decia:
Mi leal Albanio, espera
sólo en la esperanza mia,
¿vendrás á alcanzar el premio
que tu intencion pretendia?
¿Es esto sueño, bien mio,
es quimera ó fantasía,
ó es un corto y breve antojo
que el aire lo deshacia?
¿Para qué tanto fundar
donde cimiento no habia?»
Y diciendo estas palabras
y otras que contar podia,
de gran dolor y tristeza

que el nuevo amador sentia,
de léjos vió una pastora
que recogiendo venía
sus amorosas ovejas,
ya que Febo trasponia
por cima del rico albergue
do Felisarda tenía
su dulce reposo y siesta,
siempre que calor hacía.
Tuvo el temeroso Albanio
algun tanto cobardía,
por otra parte mostrando
grande esfuerzo y osadía,
determina de hablalla,
perdido el miedo que habia
cobrado con su presencia
por no saber quién sería,
vido ser su Felisarda,
segun el traje y devisa;
titubéale la lengua
de la sobrada alegría,
y por encubiertas señas,
como mejor él podia,
le dió á entender los conceptos
que en su corazon habia,
y alzando un poco los ojos
que tan honestos tenía,
vido por el aire un bulto
que velozmente venía,

y conoció ser un moro
que sabe nigromancía,
á quien recontado el caso,
sagazmente determina
que Felisarda le quiera,
sin saber cómo se hacía,
dejando á Albanio una carta
que desta suerte decia:

«Veráste, Albanio, próspero y querido
el breve tiempo de tus tiernos años;
despues, un poco ya en edad crecido,
vendrante males tantos y tamaños,
que seas de tu bien aborrecido,
y morirán al fin estos engaños:
ten esperanza, Albanio triste, aguarda,
y gozarás tu dulce Felisarda.»

Y de Albanio y Felisarda
la dulce carta leida,
deshecho el encantamento
que el moro hecho tenía,
de los dos enemistados
hace amistad muy crecida,
y vuelve en su gracia Albanio,
recobrando nueva vida.

ROMANCE

de un desafío campal que tuvo don Manuel con el moro Mudafar, y de lo que sucedió.

Despues que el rey don Fernando
hubo ganado á Granada,
y puesto en paz y concordia
nuestra esclarecida España,
fuése luégo á descansar
á Leon la muy nombrada,
llevando la ilustre Reina
doña Isabel en compaña,
y otros muchos caballeros,

señores grandes de salva,
viendo la corona y honra
que tuvo siempre ganada,
por manifestar su gozo
grandes fiestas ordenaban,
entre las cuales ordenan
un rico juego de cañas,
para imponer los caballos
que no han entrado en batalla;
en un alto mirador
el Rey y la Reina estaban,
que en ver á sus caballeros
grande contento tomaban,
y á las cinco de la tarde,
ya cuando el sol se encumbraba,
veen venir un caballero
encima una yegua baya,
á la morisma vestido
y rica adarga embrazada,
y á la su mano derecha
traia una gruesa lanza,
encuentros de plata fina
con la cuchilla esmaltada,
debajo de la cuchilla
va recamado de plata,
y dando nuevas de paz
por entre la gente entraba.
Acercóse al mirador
do el Rey y la Reina estaban,

desde encima de la yegua
cuerpo y cabeza humillaba,
y por ser más entendido
habló en lengua castellana:
«Dios te salve, Rey Fernando,
Rey que ganaste á Granada,
humilmente te suplico
me otorgues una demanda;
yo solo sin compañía
para tres pido batalla,
y yo les mantendré guerra
al uso de vuestra España.»
El Rey, cuando aquesto vido,
mucho se maravillaba
de ver que tan sólo un moro
quiera hacer tal hazaña;
el Rey le pide su nombre,
y el moro se le declara:
«Has de saber, Rey Fernando,
que Mudafar me llamaba,
hermano de padre y madre
del Rey chico de Granada.»
Unos á otros se miran,
ninguno se levantaba,
sino era un diestro jóven
que le apuntaba la barba,
que don Manuel se decia,
Ponce de Leon se llama;
hincó la rodilla en tierra,

y el Rey le dijo: «Levanta,
y pide lo que quisieres,
prosiguiendo tu demanda.»
«Rey Fernando, poderoso
de toda la noble España,
yo solo saldré con él,
sin otra alguna compaña.»
Y el Rey, cuando aquesto vido,
al punto se lo otorgaba,
pidiéndoles tiempo y plazo
para hacer la batalla,
y porque nadie se quede
que den prendas les demanda;
el moro dió un almaizal,
y don Manuel una daga:
desde allí luégo se fueron
cada cual á su posada.

ROMANCE

de cómo hicieron la batalla.

Siendo llegada la aurora,
el moro estaba en la plaza,
de dobles armas armado,
como aquel que guerra usaba;
un pellejo de serpiente
es el arnés que llevaba,

que es más fino que un diamante,
que no era bastante espada
á falsar aquel arnés,
aunque fuera más preciada,
y del arzon de la silla
colgada una cimitarra
que se usaba en aquel tiempo,
por ser arma muy preciada,
que con ella dando un golpe
cinco heridas juntas daba,
y en la su mano derecha
llevaba una gruesa lanza,
cada vez que la blandea
encuentro y punta juntaba,
los ojos encarnizados
á todas partes miraba;
cuando salió don Manuel
más humilde que una dama,
lleva yelmo en su cabeza
y una cota plateada,
y en llegando junto al moro
desta manera le habla:
«Grande fué tu atrevimiento
y tu locura sobrada,
pedir campo para tres,
que uno solo te bastaba.»
El moro, cuando lo vido,
le responde con gran saña:
«Pésame de tí, mancebo,

que defiendas tal demanda
de tu corta juventud,
pues el corazon te engaña,
y si te quieres volver
me has de dejar el espada,
en señal de vencimiento
y rendido en la batalla.»
«Hazte afuera, Mudafar,
que aquí dejarás el alma.»
Y á los primeros encuentros
entrambos quiebran las lanzas;
lo que luégo hizo el moro
fué sacar su cimitarra,
lo mismo hizo don Manuel,
que puso mano á su espada:
vase el uno para el otro,
muy recios golpes se daban,
dado le há el cristiano al moro
golpe que desatinaba,
con el cual cayó en el suelo
y don Manuel se apeaba,
y vase derecho al moro
poniendo mano á la daga;
el moro, cuando lo vido,
rendido le suplicaba
que no le mate ni hiera,
que de voluntad se daba,
y don Manuel se lo otorga,
y del suelo lo levanta.

ROMANCE

del llanto que hizo doña Alda por la muerte de su esposo.

Cuando la triste Doñalda
supo el caso desastrado
y el dolorido suceso
que por su esposo ha pasado,
rompiendo sus vestiduras
y sus cabellos mesando,
está la triste doncella
bravamente sollozando,
lágrimas vivas y ardientes
por su pecho derramando,
torciendo sus blancas manos,
su lindo rostro rasgando,
diciendo: «Querido mio,
¿dónde estás, mi esposo amado?
¿cómo vivirá sin tí
tu Doñalda con descanso?
¿dónde está tu valentía
y tu esfuerzo tan sobrado?
De todos los paladines
eras defensa y amparo,
y entre toda la morisma
grande honra habies ganado,

que jamás fuiste vencido
ni caiste del caballo,
y paréceme que agora
todo esto te ha faltado,
pues que así has sido muerto
en manos de tu contrario,
y la culpa dello ha sido
aquel perverso malvado
del Emperador tu tio,
de quien tú eras vasallo;
aqueste es el galardon
que te tiene aparejado,
despues de muchos servicios
y trabajos que has pasados
por sustentar su corona
y prosperar más su estado.
¡Oh falso, maldito viejo,
oh Emperador Carlomagno!
el alto Dios te destruya,
pues tanto mal has causado,
por tomar aquel consejo
que Galalon te habie dado.
Murió mi esposo querido
juntamente con mi hermano
el esforzado Oliveros,
valiente mozo y osado,
espejo de caballeros
y de virtudes dechado;
murieron todos los doce

adonde murió mi Orlando,
murieron como valientes
en el campo peleando,
perdiendo todos las vidas,
eterna fama ganando.»
Y diciendo estas razones,
amortecida ha quedado.

ROMANCE

de Orlando.

Apartado del camino,
por un valle muy cerrado,
ví venir un caballero
en un herido caballo,
de la sangre que dél corre
deja un lastimoso rastro;
una muerte por cimera
y un crucifijo en la mano,
á grandes voces diciendo
y al crucifijo mirando:
«Agora es tiempo, Señor mio,
que por tí sea remediado
el ejército Francés,
si no es del todo acabado,
mala la hubistes, franceses,

con el que dicen del Carpio,
pues que no hubo paladin
que le resistiese el campo.
¿Qué es de los heróicos hechos
de que el mundo está poblado?
¿Qué es de tu fuerza encantada?
¿Qué es de tu valor, Orlando?
Los filos de Durindana
no mellan al Castellano,
ni este fuerte y duro acero
pudo resistir su brazo.»
Y estando en esta congoja
alzó los ojos Orlando,
por una pequeña cuesta
huyendo vió á Carlomagno,
solo, triste y sin corona,
de sangre todo bañado;
de dolor de verlo así
muerto cayó del caballo.

ROMANCE

de una hazaña que hizo Garcilaso, caballero Castellano, con el moro Tarfe.

Cercada está santa Fé
por el uno y otro lado,
asentadas muchas tiendas
de oro, seda y brocado;
de muchos duques y condes
todo el campo está adornado
de los católicos Reyes
doña Isabel y Fernando,

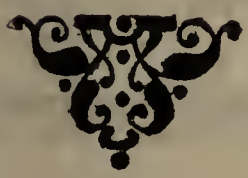
con muchas iluminarias
y regocijo sobrado;
cuando á las ocho del dia
un moro se ha demostrado,
una lanza con dos hierros
encima un caballo blanco,
las orejas trae hendidas,
el rostro hecho pedazos,
porque con sus anchos dientes
á morder estaba usado,
y el moro que encima viene
parece de grande estado;
un paño de oro le aprieta
en el hombro arremangado,
una marlota vestida
y un albornoz colorado,
y en el su brazo siniestro
un fuerte escudo embrazado.
Camina para el Rëal,
con semblante denodado;
ántes que al Rëal llegase,
desta manera ha hablado:
«¿Cuál será aquel caballero
en valor aventajado,
que por ensalzar su honra
se salga conmigo al campo?
Salga uno, y salgan dos,
salgan tres ó salgan cuatro,
ó salga Puertocarrero,

Comendador afamado,
ó salga ese buen Galindo,
señor de Palma nombrado,
y si no hay ninguno destos,
salga el propio Rey Fernando,
que yo le haré entender,
si quisiere aquí proballo,
lo que mi persona vale,
y que soy intitulado
el valiente moro Tarfe,
en la guerra señalado,
hermano del Rey chiquito
de Granada tan nombrado;
y por más deshonra vuestra,
traigo en la cola del caballo
con cinco letras escripta
en un pergamino atado
vuestra Fé y Ave María
que reza cualquier cristiano,
y si no me lo creeis,
mirad este cartel blanco;»
vuelve las riendas el moro
con un semblante gallardo.
Ya todos se maravillan,
cada cual está admirado,
muchos al Rey se le ofrecen
ser en defensa del caso;
luégo habló un caballero,
de Écija se ha nombrado,

Garcilaso há por nombre,
de linaje muy hidalgo,
de diez y seis años era,
que en diez y siete no ha entrado;
púsose delante el Rey
con rostro soberbio, airado,
hinca la rodilla en tierra
al uso de cortesano:
«A tu Real Alteza pido,
como á Rey tan sublimado,
que me dé luégo licencia,
sin que me sea negado,
que con el moro combata
que se mostró tan osado.»
El prudente Rey responde,
como sagaz y avisado:
«Garcilaso, sois muy mozo
y en las armas poco usado,
dejaldo á Puertocarrero,
belicoso Castellano,
y tambien está Galindo,
en la guerra ejercitado.»
El mozo, de enojo desto,
mucho se ha alterado,
por el Rëal adelante
grandes voces iba dando:
«Pajes, los que me servís,
traedme presto recaudo.»
Ya vienen todos los pajes,

en un punto le han armado,
y por do el Rey no lo via
sale al campo bien armado.
El moro, cuando lo vido,
se va para Garcilaso,
sólo por atropellarle,
pero no para encontrallo;
Garcilaso con destreza
va para el fuerte pagano,
y enristrándole la lanza
al suelo lo ha derribado;
luégo cortó su cabeza
y en la lanza la ha hincado,
y con grande ligereza
el pergamino ha quitado
de la parte de do estaba,
y en su pecho lo ha fijado;
desta manera decia,
al cielo siempre mirando:
«¡Oh letras de mi consuelo,
por quien yo fuí remediado!»
y delante el Rey se vuelve
del hecho disimulado,
los hinojos por el suelo,
desta manera ha hablado:
«Tu Alteza me perdone
que no hice tu mandado.»
Y el Rey, por honra le dar,
del suelo le ha levantado,

y dijo: «Esas sean tus armas,
Garcilaso el afamado,
pues es el hecho primero
en que te has señalado.»



ROMANCE

de Montesinos.

Por la parte donde vido
más sangrienta la batalla,
se metia Montesinos
lleno de una furia insana;
cuantos con la lanza encuentra
al suelo los derribaba,
la yegua tambien le ayuda,
que á muchos atropellaba,
lugar le hacen como á toro
por donde quiera que pasa;

en bravo fuego se enciende
y á todas partes miraba,
vió andar un moro esforzado
que mucho se señalaba,
caballero en una yegua
de muchas manchas manchada,
éste era aquel Albenzaide,
que entre todos tiene fama;
un alfanje trae el moro
teñido en sangre de Francia.
Montesinos que lo vido,
acrecentando su saña,
arremetió como un rayo
y en los pechos le encontraba,
y fué tan recio el encuentro,
que todo el cuerpo le pasa;
del golpe que dió en el suelo
quebró por medio la lanza,
no le queda á Montesinos
más de un pedazo de asta:
como se vió de esta suerte
volvió á mirar la batalla,
y vióla toda rompida,
su gente desbaratada,
y las flordelises de oro
los moros las arrastraban;
no ve golpes de Oliveros
ni oye al señor de Brava,
tampoco vió á Durandarte,

su primo, que tanto amaba,
de sangre y polvo cubierto
de la batalla se escapa.

OTRO ROMANCE

de Montesinos.

Por el rastro de la sangre
que Durandarte dejaba,
caminaba Montesinos
por una áspera montaña,
y á la hora que camina,
áun no era bien de mañana,
las campanas de París
tocan la seña del alba;
como viene de la guerra
trae las armas destrozadas,
sólo en la mano derecha
lleva un pedazo de lanza
de hácia la parte del cuento,
que el hierro allá se dejaba
en el cuerpo de Albenzaide,
un moro de mucha fama:
lleva la asta el Francés
porque le sirva de vara,
para hacer andar la yegua,
que la llevaba cansada,

y como viese la yerba
de tanta sangre manchada,
saltos le dá el corazon
y sospechas le dá el alma
si la ha derramado alguno
de los amigos de Francia;
confuso en esta sospecha
camina hácia una haya,
vido estar un caballero
que parece que le llama,
no le conoce el Francés
por mucho que lo miraba,
porque le dan en los ojos
las cintas de la celada.
Arrójase de la yegua
y desarmóle la cara,
conoció al primo que quiso
en la vida más que al alma,
fué á tenerle compañía
en las últimas palabras;
el herido habla al sano,
y el sano al herido abraza,
por no hablalle llorando
detiene un poco la habla,
cuanto más detiene el llanto
la congoja le apretaba.
Con las ánsias de la muerte
Durandarte le rogaba
que le encomiende á Belerma,

aquella que él tanto amaba,
y le lleve el corazon
sacado de sus entrañas,
que era la joya que en vida
le diera la más preciada.

OTRO ROMANCE

de Montesinos.

Echado está Montesinos
al pié de una verde haya,
llorando está á Durandarte,
su primo, que tanto amaba;
no le duelen las heridas
que sacó de la batalla,
ni le duele ver perdida
toda la honra de Francia,
ni se acuerda del Rey Cárlos,
que huye por la montaña,
ni tampoco se le acuerda
del fuerte señor de Brava,
de Oliveros ni de Astolfo,
ni de los que allá quedaban,
sólo llora por la muerte
del primo que muerto estaba;
con la gran pena que siente
de sospirar no cesaba:

las heridas corren sangre,
los ojos destilan agua,
metido está Montesinos
en una congoja extraña.
Sacó fuerzas de flaqueza
y echó mano de una daga,
mide una parte de tierra,
que con la punta señala,
á la medida del cuerpo
del primo que ya espiraba,
y habiéndola señalado
á puros golpes la cava,
los golpes que dá en el suelo
los dá primero en su alma;
como la tierra está dura
con lágrimas la ablandaba,
fuése á su querido primo
y abrióle un poco la llaga,
saca el corazon sangriento,
mas el suyo le dejaba.
Dióle al cuerpo sepultura
y al camino se tornaba,
por llevar el corazon
adonde Belerma estaba,
porque él ántes de su muerte
así se lo encomendara,
y desto estaba tan triste
que de sí no se acordaba;
si daba un paso la yegua

con sospiros la alcanzaba,
al tiempo que amanecia
á la ciudad allegaba.

ROMANCE

del llanto que hizo Belerma por la muerte de Durandarte.

Sobre el corazon difunto
Belerma estaba llorando
lágrimas de roja sangre,
que las de agua hicieron cabo;
de mesarse la melena,
el cabello encrucijado,
las manos hechas un ñudo,
el cuerpo todo temblando.
Cuando vido el corazon
Belerma le está mirando,
de nuevas gotas de sangre
estaba todo bañado;
como aquel que está delante
su propia muerte mirando,
con el rostro entristecido
la triste le está hablando:
«Corazon de mi señor,
Durandarte el más preciado,
¿quién te trujo ante mis ojos

tanta crüeldad usando?
Yo os lo agradezco, señor,
y recibo este recaudo,
que corazon que fué mio
justo es que venga á mi mano.»
Y diciendo estas palabras
la color se le ha quitado,
y así se quedó Belerma
vencida de un gran desmayo.

ROMANCE

de Rugero, y del Rey Sacripante.

De los muros de París
se sale el fuerte Rugero,
á acabar una batalla
con un fuerte caballero
llamado el Rey Sacripante,
Rey pagano, crudo y fiero;
vanse á las selvas de Ardenia
los dos famosos guerreros,
comienzan batalla cruda,
pone grande espanto en vellos;

al fin fué vencido el Rey
por aquel fuerte guerrero,
y viéndose así vencido
en sus dias los postreros,
con gran sed pidió bautismo
conociendo á Dios eterno.
En una fuente muy clara
le baptizaba Rugero,
y llorando amargamente
muerte de tal compañero:
«No lloreis (dijo el buen Rey),
que yo sabed que más quiero
la salud desta alma mia
que del corruptible cuerpo,
mas lo que os ruego, señor
(si lo merecen mis ruegos),
sepa Angélica mi muerte,
por quien ando vivo y muerto,
que la pasé para el alma
del aposento del cuerpo.»

ROMANCE

de Rodamonte.

Con soberbia muy crecida
que á todo el mundo espantaba,
se partia Rodamonte,
ese bravo Rey de Sarza,
en busca de Mandricardo,
el gran Rey de la Tartaria,
que á Doralice se lleva,
hija del Rey de Granada;
quitóla á cien caballeros
que la tienen en su guarda,

él solo con un baston
que de un roble desgajara,
y desto va tan sañudo
que el sudor le congojaba:
á pié va, que no á caballo,
por una selva muy agra,
y prosiguiendo el camino,
al pié de una alta montaña
con Doralice se topa,
la dama que él tanto amaba,
en brazos de Mandricardo,
que le limpiaba la cara.
Doralice, que lo vido,
la color se le mudaba:
«Teneos, Mandricardo amigo,
triste de mí desdichada,
veo venir á Rodamonte,
que yo le dí la palabra
que me casaria con él,
y por vos la quebrantara.»
Mandricardo que esto oyera,
el yelmo presto se enlaza,
para Rodamonte se iba,
quél esperando lo estaba;
Rodamonte que lo vido,
mucho se maravillaba
de ver tan buen caballero
sin caballo y sin espada:
entre los dos caballeros

brava lid se comenzaba,
el uno con un baston
y el otro con fuertes armas.
Acaso ha pasado un moro
que Ferraguto se llama:
«¿Qué es esto, fuertes guerreros,
por qué trabais la batalla?»
Luégo habló Doralice:
«Yo soy la que lo causaba.»
Sobre esto el moro repite,
y como sagaz les habla:
«¿Si la dama al uno quiere,
al otro qué se le daba?»
Ambos dicen: «Sea así,»
y quieren que así se haga,
poniéndolo por jüez
de lo que ella sentenciaba;
mas Doralice escogiera
á Mandricardo, que amaba.

ROMANCE

de Rodamonte, Rey de Sarza.

De sus dioses blasfemando
el moro Sarza salia,
malcontento y enojado
de aquella sentencia esquiva
que Doralice le ha dado
delante el Rey aquel dia;
va como toro furioso
cuando la vaca perdia,
que á todas partes bramando
lo lleva el mal que sentia,

por los lugares que pasa
con sospiros se encendia,
el aire, la tierra y suelo
el eco le respondia,
provocando á compasion
de la que el moro traia.
De Doralice se queja,
y estas palabras decia:
«Femenil ingenio flaco,
¿cómo vuelves cada dia
tu fé, tu palabra y ley
que adelante se ofrecia?
La causa del sentenciar
contra mí como enemiga,
no fué porque Mandricardo
entiendas que más valia,
sino sólo ser mujer
que á mudanza te convida.
¿Por qué la naturaleza,
si ella es justa, permitia
que de tí ese hombre naciese
para ser engrandecida?
Ni de tenerle por hijo
recibas tanta alegría,
pues que la fragante rosa
suele salir de la espina,
y en las yerbas no olorosas
el bello lilio se cria;
sois importunas, crüeles,

faltas de sabiduría,
inícuas, falsas, ingratas,
por quien el bien se desvía:
sois un género en el mundo
de pestilencia escondida.»
Y estas palabras diciendo
el moro sigue su vía,
y una voz de léjos oye,
desta manera decia:
«Rodamonte valeroso,
flor de la caballería,
no digas mal de mujeres,
pues en ellas no cabia.»
El moro, como lo oyera,
del dicho se arrepentia.

ROMANCE DE ARIOSTO,

de una discordia que hubo en el Real del Rey Agramante entre los más valerosos caballeros.

En el Rëal de Agramante
que sobre París tenía,
fuego ardiente de discordia
á más andar se encendia,
y en los más robustos pechos
que en toda la tierra habia
furia y saña están soplando
con la soberbia á porfía,
el rencor echa la leña

y la venganza lo atiza,
suben tan alto las llamas,
que por los ojos salian;
Reyes y Príncipes moros
atajarlo no podian,
porque el fiero Rodamonte
mortalmente desafía
al valiente Mandricardo
sobre su quistion antigua
de la linda Doralice,
que á los suyos quitó un dia.
Y Mandricardo á Rugero
campal batalla pedia,
sobre que el águila blanca
no ha de traer por divisa;
y Rugero á Rodamonte
con grande furor pedia
que le vuelva su caballo,
ó que á morir se aperciba:
tambien demanda batalla
á Mandricardo Marfisa,
porque se alabó por armas
de ganarla por amiga.
Los unos piden el campo,
los otros lo concedian,
sobre quién será el postrero
nueva discordia se cria,
nadie basta á concertallos,
mas un medio se escogia,

que entren todos cuatro en suertes
á ver quién y quién serian.
Luégo los nombres de todos
de dos en dos se escribian,
y de un cántaro sacados
salieron de aquesta guisa:
Mandricardo y Rodamonte
la primer suerte decia,
Mandricardo con Rugero
en la segunda leian,
Rugero con Rodamonte
la tercera prometia,
y la cuarta y la postrera
con Mandricardo Marfisa.
Ya les hacen la estacada
y de gente se cubria,
Ferraguto y Sacripante
con el Rey de Argel se iban,
y Gradaso y Falsiron
con el Rey de Tartaría;
métenlos en sendas tiendas
adonde armarse tenian.
Para los Reyes y grandes
cadahalso se hacía,
y las Reinas y las damas
á verlo tambien salian,
y la linda Doralice,
por quien la lid se hacía,
de verde con encarnado

hermosamente vestida.
Ya que estaban aguardando
que los guerreros saldrian,
en la tienda del Rey Tártaro
se oyera una vocería,
y és, que armándole Gradaso
la espada le conocia,
que es la rica Durindana,
que tanto alabar oia,
y por ganarla á Roldan
en Francia pasado habia;
que se la dé le demanda,
ó que le deje la vida.
Mandricardo, de ira lleno,
le responde que haria
sobre ello con él batalla
si Rodamonte queria,
y si no (dice el soberbio)
á entrambos lo manternia;
Rugero, que sabe el caso,
que no quiere respondia,
que si nueva lid pretende,
primero ha de ser la mia;
Gradaso la quiere luégo,
Rugero la defendia,
todos tres están revueltos,
crece la saña y la grita.
Llega Agramante á las voces
y en concordia los ponia,

y hasta la lid primera
que la espada no se pida.
Ya que aquesto era acabado
se oyera otra vocería,
que Sacripante las armas
á Rodamonte ponia,
y mirando atentamente
su caballo conocia,
Frontino, aquel que Rugero
á Rodamonte pedia,
y pide que se le vuelva
la batalla fenecida,
que él se le quiere prestar
por la amistad que tenian;
Rodamonte, oyendo aquesto,
contra el cielo se volvia,
y á Sacripante á batalla
y áun al mundo desafía:
llega Agramante y Gradaso,
Mandricardo y Ruger iban,
y sabido el caso todo
en confusion les ponia,
mas pretendiendo Agramante
componer estas porfías,
por la linda Doralice
delante todos envía,
y que á quien ella escogiere
de los dos que la querian,
ese se quede con ella

y que el otro más no pida:
el de Argel y de Tartaria
dicen que así lo querian,
que el uno está confiado
y que el otro más se fia:
escogiera á Mandricardo,
y Rodamonte se iba
con la furia que va el toro
que ha perdido la novilla.
Sacripante tras él parte,
que su caballo queria;
entre Rugero y Gradaso
echan suertes cuál haria
con Mandricardo batalla,
y á Rugero le caia,
con que la haga Rugero
por lo que á los dos cumplia,
y fué la más brava y fuerte
que jamás visto se habia,
donde mostrando Rugero
el gran valor que tenía,
Gradaso ganó la espada,
perdió el Tártaro la vida.

ROMANCE

del llanto que hizo Doralice por la muerte de Mandricardo.

Llanto hacía Doralice
sobre el cuerpo desangrado
de su muy querido esposo,
que estaba desfigurado;
vee sus lumbres quebradas,
su lindo color mudado,
limpiándole está la sangre
con un cendal delicado,
y con ardientes sospiros
desta manera ha hablado:
«Mandricardo, amigo mio,
¿cómo mueres mal logrado?
¿Qué te valieron las armas
que eran de Héctor el Troyano?
¿qué te valió el rico escudo
que estaba tan encantado?
¿qué te valió mi favor
ni el granadino caballo,
que bastante decias que era
para romper todo un bando?
¿qué es de aquel brazo feroz
que con la rama de un árbol

fué tal, que sacarme pudo
de entre cien hombres en salvo?
Quitásteme á Rodamonte
y con él heciste campo,
mataste al fuerte Cervino,
ganaste la espada á Orlando;
¿qué es de aquel juramento
en que me habias jurado
que habia de ser yo Reina
del Tártaro tu reinado?»
Así hablaba con él,
como si estuviera sano;
mas es dar voces al aire,
porque el mozo desdichado
el alma habie despedido,
dejando el cuerpo finado.

HISTORIA

DE UN HECHO QUE HIZO EL MORO ALBENZAYDOS CON UNOS CRISTIANOS, Y DE LA GUERRA QUE SOBRE ELLO SUCEDIÓ.

De puro amor abrasado
sale un moro de Granada,
galan, dispuesto, gracioso,
aunque á guisa de batalla;
en un caballo alazan
bañado con pintas blancas,
una cota jacerina
que como el sol relumbraba,
una lanza larga y gruesa
de parte á parte herrada,
un albornoz trae vestido

de tela de oro y de plata;
trae un corazon pintado
en el medio de su adarga,
una mano le rompia
y una saeta lo pasa,
con un letrero que dice:
Por tí mi vida y mi alma.
Un borceguí colorado
con la vuelta adamascada,
el tocado todo verde
hecho con dos mil lazadas,
que se las puso Tarifa
cuando le ofreció su alma.
Pregunta por el Maestre
que dicen de Calatrava,
y cuando vieron venir
al moro con tal pujanza,
pregúntanse unos á otros:
«¿Qué será ó qué demanda?
ó es Zegrí ó Abencerraje
que quiere pedir batalla,
ó es el moro Albenzaydos
que viene á tomar venganza
por la muerte de su tio,
que murió en Sierra Nevada.»
Mas cuando llegó al Rëal
la bandera luégo baja,
en señal que va de paz,
y que la paz ya demanda;

y como llegó al Maestre,
del caballo se arrojaba,
hinca la rodilla en tierra,
desta manera le habla:
«Gran capitan y Maestre,
oye, señor, mi embajada;
sabrás que puse mi amor
y mi alma está entregada
á la más hermosa mora
que nació dentro en Granada,
y siempre á mí me ha querido
como á su vida y su alma;
el Rey la quiere casar
con un moro de gran fama,
anoche se desposó
y se ha de velar mañana:
darásme seis caballeros
para llevar en mi guarda,
yo la sacaré esta noche
aunque está muy encerrada.
Maestre, si así lo haces,
te doy mi fé y mi palabra
que me casaré con ella
en viniendo del Alhambra,
y de tornarme cristiano
y mi Tarifa cristiana.»
El Maestre le responde
que dello mucho holgaba;
nombraron seis caballeros

que fuesen en retaguardia,
y cuando llegó la noche
al punto se aderezaban.
Salen bravos, belicosos,
á Granada caminaban,
habla el moro algarabía
á las guardas que guardaban;
piensan ser moros guerreros
que venien de la emboscada,
y cuando estuvieron dentro
fueron donde ella aguardaba,
encendida en vivo fuego
y casi desesperada,
y sin pedir más favor
se arrojó por la ventana;
caminan todos con ella,
cada cual se recelaba.
El fuerte moro lo siente,
que se halla sin compaña,
no aguarda á tomar caballo,
porque el tiempo le faltaba,
una lanza toma gruesa
y á la puerta caminaba;
los guardas luégo le dicen
lo que tanto deseaba;
dicen que el moro Albenzaydos,
con otros seis en compaña,
todos á guisa de guerra
para el Rëal caminaban,

donde estaban los cristianos
y una mora que llevaban.
Alaridos daba el moro
que estremece la campaña,
por las calles va gritando
hasta llegar á la casa
donde estaba el Rey Chiquito
con gente de guerra y guarda,
y arrancando sus cabellos
y mesándose la barba,
les cuenta lo que ha pasado
y su desdicha tamaña.

ROMANCE

como el Rey Chiquito juntó su Consejo sobre este caso.

Tan quejoso está y sañudo,
y tan feroz, recio y bravo
el invencible Rey Chico
de Granada y su reinado,
cual suele el jabalí herido
del cazador acosado,
con los agudos colmillos
y el pelo todo erizado;
extremos son los que hace

de hombre desesperado,
de su misma ley reniega,
ya vuelve desatinado,
ya cae de su estado en tierra,
de la cólera cortado,
ya del dolor se levanta
y entra en su Rëal palacio,
ya mesa barba y cabello,
ya vuelve y dice forzado,
del pasado pensamiento
y del hecho avillanado:
«Renegaré de Mahoma,
en quien vivo confiado,
y de sus fueros y leyes
y cuanto tiene vedado,
si deste atrevido moro
no viniere á ser vengado,
hasta quedar satisfecho
y tan contento y pagado,
que sobrepuje el castigo
á su gran culpa y pecado,
y lleve tan cruda pena
que al mundo deje espantado.»
Estas y otras cosas dice,
do claramente ha mostrado
la encendida y fiera saña,
cual leon encarnizado;
que si delante le viera
le hubiera despedazado,

trazas dá el entendimiento
y el corazon alterado,
y así determina y quiere,
estando ya sosegado,
llamar á sus consejeros
del mahomético bando,
y que todos determinen
lo que harán en tal caso:
y dada noticia entera,
entre todos conformando,
siguen la sentencia y dicho
del gran moro Trapisando,
que entre los demás tenía
autoridad, voto y mando;
díceles que le den dones
al Católico Fernando,
ó al invencible Maestre
general de todo el campo,
para que vuelvan la mora,
pues que siempre se ha usado.
Unos dicen: «Bien parece,»
otros dicen lo contrario;
unos siguen su sentencia,
otros la van desechando;
y lo que el Rey Chico dice
los demás lo han confirmado,
dándolo todo por bueno
lo que el moro ha sentenciado.

ROMANCE

como fué un mensajero de parte del Rey de Granada, prometiendo dones al Maestre.

Ya se parte un diestro moro
de la ciudad de Granada,
en el mismo punto y hora
que la sentencia fué dada,
dentro del Real Consejo,
sobre la traicion armada
del fuerte moro Albenzaydos
y de Tarifa su amada,
con una carta del Rey

en que en ella relataba
muy largamente el intento
de la tan triste embajada;
donde le dice al Maestre
tener el alma llagada
de saña, rancor y enojo,
por lo que su gente usaba,
despues que sus consejeros
dieron ya por sentenciada
la tan grande villanía
y tan cruda y mal pensada.
Lo que la carta contiene
es en breve relatada,
que al Maestre le suplica
con intencion no alterada
tenga por bien dar la mora
injustamente ganada,
y si quiere ser su amigo
que no le será negada
su amistad sincera y firme,
quedando siempre obligada;
prométele ricas joyas,
pero estímalas en nada,
que apenas fué del Maestre
la carta abierta y notada,
cuando en breve le responde
ser en balde su jornada,
porque la intencion que tiene
no estaba á ello inclinada.

El mensajero se vuelve,
la breve respuesta dada,
y, de confusion y pena
toda la color mudada,
al Rey le dá la respuesta,
la rodilla en tierra hincada;
la carta besa primero,
segun la crianza usada,
y leida determina
que otra vez fuese juntada
su Rëal Audiencia y Corte
sobre la malicia armada:
y del enojo que tiene
manda que se toque al arma,
y junten sus capitanes,
los de más esfuerzo y maña,
y cuando los tuvo juntos
les cuenta de la embajada
que al Maestre le ha enviado,
y de la respuesta dada,
que no quiere dar la mora
aunque le den á Granada;
y si os pareciere, amigos,
se haga cruda batalla:
todos dicen: «Sea así,
y que luégo así se haga.»
Otro mensajero envían
con otra nueva demanda,
con el mensaje que lleva

campal desafío trata,
y llegado el mensajero
desta manera les habla:
«Valeroso y gran Maestre,
honra y flor de toda España,
el Rey Chiquito me envía,
porque quiere hacer venganza
en que salgan ocho al campo
de la una y otra banda,
con que si vencen los moros
Tarifa sea entregada
en el palacio del Rey,
donde será libertada.»
El Maestre le responde
que dello mucho holgaba.
Quedando ya de su parte
esta batalla aplazada,
el mensajero se vuelve,
y al instante al Rey relata
lo que el Maestre responde,
y que la batalla se haga,
para un dia señalado,
cuatro á cuatro en la campaña,
y si salen victoriosos,
alcanzando gloria y palma,
te volverán á Tarifa,
de todos acompañada.

ROMANCE

del suceso de la batalla.

Despues que la clara aurora
su luz al mundo ha mostrado,
y el rojo y luciente Febo
su rostro sereno y claro,
y al húmido y el terreno
con su presencia alumbrando,
y cuando las dulces aves
hacen más dulce su canto,

en la ciudad de Granada
cuatro moros se han armado
con muy relucientes armas
y con feroces caballos;
lanzas gruesas y tendidas,
con los arneses tranzados,
alfanjes ricos ceñidos
con escudos acerados,
y con mucha gala puestos
tocados de oro bordados,
con cascos de fino acero
debajo bien apretados,
todos con espuelas de oro
y borceguís encarnados.
Moraicelo há por nombre
el uno muy señalado,
Mandroco llaman al otro,
que es el moro desdichado
que le robaron la mora
siendo con ella casado;
el tercero es Alaicin,
belicoso, recio, osado;
Alain se nombra el cuarto,
robusto, membrudo y bravo,
con diferentes divisas
que los hacen más lozanos,
y tan bravos y orgullosos
que á Granada causa espanto.
Vanse á despedir del Rey,

que los estaba aguardando,
triste, ansioso y afligido
por el suceso pasado;
todos cuatro se le ofrecen
morir ó vencer el campo,
y habiéndose despedido
á Mahoma van llamando,
y el favor de sus amigas
les pone esfuerzo doblado.
Al campo caminan luégo,
do los están esperando
los tres cristianos feroces
con ese moro Albenzaydos,
que lo llevan en compaña,
porque contino ha jurado
que peleará con Mandroco
hasta morir á sus manos;
don Gonzalo Figueroa
es uno de los cristianos,
Vasco Ponce se intitula
el otro, muy afamado,
y dón Enrique con ellos,
que querie ser ya llegado
en parte donde á los moros
los hubiese divisado.
Ya los cristianos avisan,
ya los están esperando,
ya se veen unos á otros,
ya se vienen encarando,

ya los caballos relinchan,
ya rompen por todo el campo,
ya se traba escaramuza,
ya llaman á Santïago,
ya las lanzas son astillas,
ya los arneses bollados,
no les queda cosa sana
hasta venir á los brazos,
y en la batalla sangrienta
un moro sale llagado
de una lanzada cruel,
el corazon traspasado;
cayó en el suelo, diciendo:
«¡Ay de mí, desventurado!»
Convocan al gran Mahoma,
que se pierde ya su bando,
y aunque tres solos quedaban,
eran valientes y osados,
no pierden punto de esfuerzo
para resistir á cuatro.
Los cristianos acometen
por el uno y otro lado,
mas ellos como valientes
se defienden apiñados;
por el valor de los moros
dudan mucho los cristianos,
porque Moraicelo el fuerte
un cristiano ha derribado;
pero los tres que quedaban,

con un esfuerzo sobrado,
les aprietan fuertemente
su compañero vengando,
porque Albenzaydos con ira
á Mandroco le ha cortado
el escudo, yelmo y carne,
y muerto le ha derribado,
y el uno de los dos moros
á don Vasco Ponce ha dado
un golpe tan duro y fiero,
que habiendo el yelmo abollado,
le derrocó sin sentido
á los piés de su caballo;
pero movidos á saña
por esto sus adversarios,
puestos sobre los estribos
á los dos moros han dado
cada cual tan mortal golpe,
que el uno muerto ha quedado,
y el otro escapó huyendo,
un brazo casi cortado;
voces y gemidos tristes
va por todo el campo dando,
maldiciendo va á Mahoma
y maldiciendo su hado,
que tan contrario le ha sido
y en favor de sus contrarios;
y entrando por la ciudad
va por el Rey preguntando,

y cuando estuvo con él
le dice lo que ha pasado,
y contando la batalla
muerto cayó de su estado.

ROMANCE

de Fátima y Jarifa.

Cuando el rubicundo Febo
sus rayos comunicaba
al suelo caliginoso,
que de su ausencia quedaba
temeroso, triste y feo
con todo cuanto criaba,
en el venturoso dia
celebrado en nuestra España,
y por todo el universo
de tal nombradía y fama,

del glorioso Juan Baptista,
á quien la Iglesia señala
por uno de los mayores
que en los nacidos se halla,
cuando la morisma toda
en fiestas se señalaba,
salen dos gallardos moros
por la vega de Granada,
con relinchosos caballos
haciendo grande algazara
y agradable escaramuza,
curioso jugar de lanza,
y otras muchas gentilezas,
cuyas hazañas mostraban
estar del amor heridos,
y sus almas captivadas.
Míranlos dos bellas moras
de las torres del Alhambra,
que en particular tenian
(aunque lo disimulaban)
rendidos sus corazones
á los que escaramuzaban;
llaman Jarifa á la una,
la otra Fátima se llama;
la una tiene hermosura,
la otra hermosura y gracia,
y entre la una y la otra
mortales celos se tratan
dese moro Abindarraez;

dias há que no se hablan.
Jarifa es grave y hermosa,
vive leda y confiada,
y aunque Fátima lo es
no tiene su confianza,
puesto que el gallardo moro
la dió á entender que la amaba,
y para certificarse
mil ocasiones buscaba;
finalmente vió á Jarifa
junto á sí en una ventana,
al tiempo que el bravo moro
adarga y lanza jugaba,
parecióle ésta ocasion
para lo que deseaba,
y con voz baja y quïeta,
aunque con alma alterada,
le dice: «Hermana Jarifa,
tiéneme muy admirada
un efecto que yo veo
en la color de tu cara;
ya estás blanca, ya amarilla,
y á ratos muy colorada,
unas veces por los ojos
parece que das el alma,
y adonde está Abindarraez
allí la pones fijada;
si le vencen los contrarios
te muestras muy desmayada,

y si sale vencedor
alegre y regocijada;
todas estas cosas son
propias de persona que ama.»
Atenta estaba Jarifa
á todo muy sosegada,
quiso callar y no pudo,
que amor la tenie forzada,
mas con su boca graciosa
desta manera la habla:
«Fátima, ¿burlas de mí,
ó estás conmigo enojada?
Si burlas son no las quiero,
que con celos son pesadas,
si veras, á tí más toca,
pues estás amartelada;
que ese moro Abindarraez
te tiene muy subjetada,
y sé que huelgas de sello,
no hagas de la excusada,
que es echar más leña al fuego
y tener pena doblada.»
Fátima respondió así:
«Vives, Jarifa, engañada
si piensas que por él peno,
que para hacer tal entrada
tarde llegó Abindarraez,
tomada está la posada.

ROMANCE

del sentimiento que hizo por Vindarraja el Rey moro de Granada.

Con los francos Bencerrajes
el Rey Chico de Granada,
estando en Generalife
una muy fresca mañana,
gozando del fresco viento
y viendo correr el agua,
mirando está sus frutales,
sus verdes hojas y plantas,
oyendo los ruiseñores,

su música concertada,
viendo á los moros y moras
tañer y bailar la zambra,
los moros enamorados
á sus moras dan guirnaldas.
Y cuando aquestos placeres
á todos más gusto daban,
por una verde espesura
de arboledas bien plantada
vido un moro de á caballo
haciendo gran algazara,
con vestido turquesado
y almalafa plateada,
el alfanje trae desnudo,
la barba toda mesada,
con el tocado deshecho
y sin lanza y sin adarga;
sospirando viene el moro,
que se le arrancaba el alma,
heridas trae de muerte
y la cara ensangrentada,
y llegado junto al Rey
del caballo se arrojaba,
hincado se ha de rodillas
sin poder hablar palabra,
sacó una carta del seno
con once sellos sellada,
y besándola tres veces
en su mano al Rey la daba;

el Rey la estaba leyendo,
y ántes que fuese acabada
llora, lamenta y sospira,
y al fin della se desmaya,
y vuelto del parasismo
desta manera hablaba:
«No lo hé por Antequera,
aunque haya sido ganada,
pésame que me han robado
divinas joyas del alma.
Vindarraja, amiga mia,
¡oh mi linda Vindarraja!
si estás muerta ó si estás viva,
ó si estás aprisionada,
y si estás entre cristianos
no te me vuelvas cristiana,
que este captivo que tienes
trocará por tí el Alhambra.»
Y estas palabras diciendo,
mandó el Rey tocar al arma.

ROMANCE

de Abindarraez.

Crióse el Abindarraez
en Cártama, esa alcaidía,
hasta que fué de quince años,
con la hermosa Jarifa;
padre llamaba al alcaide,
que él en guarda lo tenía,
y Jarifa como hermana
le regalaba y servia,
y solos por los jardines
se andaban de noche y dia,

cogiendo de entre las flores
la que mejor parecia.
Si Abindarraez cantaba,
Jarifa le respondia,
y si acaso estaba triste,
Jarifa se entristecia;
y estando una madrugada,
ya que la aurora salia,
sentados junto á una fuente
que el agua dulce corria,
Jarifa de Abindarraez
muchas veces se retira,
y aunque muestra rostro alegre
no burla como solia,
ántes de muy congojada
en mirándole sospira,
y el valiente Abindarraez
mucha tristeza sentia,
y con la voz amorosa
le pregunta qué tenia;
Jarifa, como discreta,
sospirando respondia:
«¡Ay, Abindarraez querido,
ay, alma del alma mia!
¡Cómo se nos va apartando
el contento y alegría!
que á mi padre oí anoche,
fingiendo estar yo dormida,
que hermandad ni parentesco

entre nosotros no habia,
y que de aquesta frontera
el Rey alcaide os hacía,
y que mi padre en Coin
quiere el Rey que asista y viva;
y pues oí el desengaño
en que engañada vivia,
siendo mi gloria tan breve,
¿cómo podré tener vida?»
Y estando los dos amantes
en su triste despedida,
llega á Abindarraez un paje
á pedille las albricias.

OTRO ROMANCE

de la batalla que Abindarraez tuvo con Rodrigo de Narvaez, yendo una noche á ver á Jarifa.

Al campo sale Narvaez,
vasallo del Rey de España
y alcaide de Antequera,
con ilustre cabalgada,
todos á punto de guerra,
de gran nombradía y fama,
salen por topar los moros,
haciendo alguna emboscada;
la media noche sería,

la tierra en silencio estaba,
Narvaez se sube al otero,
de allí la luna miraba,
tan clara estaba y serena
que de vella se admiraba;
la noche parece dia
segun el cielo mostraba,
el camino por do iban
en dos caminos se aparta,
por el uno el gran guerrero
con los cuatro solos marcha,
los cinco van por el otro,
mas con señal concertada
que en viéndose en apretura
una corneta se taña;
y por medio una arboleda
que el aire la meneaba,
una voz oyen de un moro
que echa sospiros del alma,
tan fervorosos y ardientes,
que el campo atemorizaba.
Encima de un gran caballo
trae embrazada la adarga,
dos limpios y agudos hierros
puestos en la gruesa lanza,
marlota de seda verde
á la morisca broslada,
una gran toca revuelta
con rapacejos de plata,

valiente alfanje ceñido
con tanta borla encarnada,
borceguí con lazo de oro
y rica espuela dorada;
bien muestra en su gala el moro
que amor lo señoreaba.
Esta es la cancion que dice,
aunque en arábigo canta:
«En Cártama fuí criado,
pero nacido en Granada,
y por la ventura mia
en Coin tengo mi alma.»
Los caballeros, de verle,
muy gran contento les daba,
no por la cancion süave,
aunque á enamorar bastaba,
mas por sólo el interese
de tan rica cabalgada:
todos cinco le acometen
para que no se les vaya,
ya lo contaban por preso,
mas ¡ay, y cómo se engañan!
porque el moro es tan valiente
cuanto amador se mostraba,
y viéndose de tal suerte
al punto el cantar dejaba;
llegó la adarga á los pechos,
empieza á jugar la lanza,
y presto les dá á entender

cuánto es el valor que alcanza,
porque en sólo aquel camino
le va la vida y el alma:
entra y sálese dentrellos
con sobrado esfuerzo y maña,
ellos procuran prenderle,
¡ay, cuán caro les costaba!
á los tres tendió en el suelo,
á los dos muy mal los trata.
El uno viéndose tales
la corneta que sonaba,
oido lo habie Rodrigo,
tomólo por nueva mala,
llegó con los cuatro suyos
do está la lid comenzada,
y viera la escaramuza
casi del todo acabada,
porque los cinco murieran
si él tan presto no llegara;
manda que se aparten todos,
que él solo quiere acaballa,
y aunque está cansado el moro
muy grande esfuerzo mostraba.
Luégo los dos se acometen,
¡oh qué hermosa batalla!
que si Rodrigo es valiente,
al moro ¿qué le faltaba?
mas Rodrigo acertó al moro
en el muslo una lanzada,

y por ser sobre cansado
el moro muy mal lo pasa;
llegan á asirse á los brazos,
el moro en tierra se halla:
«No me rendiré, le dice,
sino á la que rendí el alma.»
Narvaez, viéndole tan fuerte,
á levantar le ayudaba;
cabalgan y dan la vuelta,
por su preso le llevaba.
Rodrigo pregunta al moro
quién es ó lo que demanda.
«Dime primero tu nombre,
que yo haré lo que mandas.»
«Soy Rodrigo de Narvaez,
vasallo del Rey de España.»
El moro, con rostro alegre,
desta manera le habla:
«Tu gran valor, caballero,
me quita de tí la saña,
pues tu valiente persona
es de todos estimada,
y aquel que de tí es vencido
muy mayor victoria gana;
yo me llamo Abindarraez,
y mi padre así se llama,
soy de los Abencerrajes,
que eran la flor de Granada,
y por su ventura triste

fué la mia desdichada.»
Luégo le contó su historia
y los amores que trata,
diciéndole como iba
al llamado de su dama,
con que su penada vida
habie de ser remediada,
y que su corta ventura
de tal suerte lo estorbaba.
Don Rodrigo, como es noble,
tenido le há gran lástima,
y dícele: «Caballero,
si me das tu fé y palabra
de volverte á mi prision
fenecida esta jornada,
yo te porné en libertad,
y sigue en paz tu demanda.»
Viendo el moro tal grandeza,
manos y piés le besaba,
y por Alá le promete
de volver preso á su casa;
y tomada la licencia
solo el moro se tornaba,
do prosiguió sus amores
todo como él lo deseaba,
hasta volver en prision,
como prometió y juraba;
prometió de venir solo,
consigo trujo su dama.

Rodrigo lo estima en mucho,
al punto lo libertaba,
con que quedó entre los dos
grande amistad confirmada.

ROMANCE

de Medoro y Angélica.

Sobre la desierta arena
Medoro triste yacía,
su cuerpo en sangre bañado,
su cara toda teñida,
con tristes ánsias diciendo:
«Grande ha sido mi desdicha,
por ser leal á mi Rey,
pierdo, cuitado, la vida;
no me pesa tanto desto,
que muy bien está perdida,
como de ver que he quedado
muerto en esta arena fria:
aunque me coman las fieras
en esta sola campiña,
no habrá quien de mí se duela
ni me tenga compañía.
Sintiéronme los cristianos,
y lo paga el alma mia;

¡oh si quisiese ya Febo
alumbrarme estas heridas!»
Y hablando así tristemente,
con las ánsias que sentia,
vido á Angélica la bella,
que de su amor se rendia,
y como vió á su Medoro
tendido en la verde orilla,
movida de compasion
para él derecho se iba,
y del palafren se apea,
desta manera decia:
«No temas, buen caballero,
pues pareces de alta guisa,
que á los casos de fortuna
el valor los resistia.»
Por el campo anda buscando
si halla alguna medicina,
las yerbas que son mejores
entre las piedras molia,
ya se las pone al Infante
en las mayores heridas,
si el moro tiene dolor,
ella no tiene alegría;
mirando estaba á Medoro,
que más que á sí lo queria,
súbelo en su palafren,
y Angélica á pié camina,
sin sentir jamás cansancio

con su Medoro se iba,
triunfando con gran contento
de todo el Reino de Ungría.

ROMANCE

de Bradamante.

La hermosa Bradamante
muy descontenta vivia,
porque sus padres pretenden
casarla (que no queria)
con hijo de Emperador
que en Constantinopla habia,
Leon Augusto há por nombre,
de linaje y gran valía.
Siempre vive descontenta,
de contino pensativa,
porque ella á Rugero amaba,
y más que á sí lo queria;
imaginado há un remedio
avisado á maravilla,
de su aposento se sale
y para palacio iba,
á piés del Emperador
desta manera decia:
«Muy poderoso señor,

esta tu sierva suplica
un don le concedas luégo
que mucho le convenia,
y es que cualquier caballero
que por su mujer me pida,
me venza primero en campo
en batalla todo un dia.»
Holgóse el Emperador
de lo que ella le pedia,
luégo le señala campo
para hacer la conquista;
Leon, que estaba presente,
no sabe ya qué se diga,
de un cabo le cerca amor,
de otro honra le obliga:
él, que de amor mucho siente
y sus efectos sabía,
llegado se habie á Rugero,
humilmente le suplica
por él haga la batalla,
pues tanto le convenia:
«Acuérdate, buen Rugero,
que yo fuí parte algun dia
que recibieses contento
y no perdieses la vida.»
Muy presto se va á armar,
y de Leon la divisa,
porque así pensasen todos
que es Leon quien combatia.

Ya venía Bradamante
mostrando gran gallardía,
vánse el uno para el otro
con esfuerzo y osadía,
y lo que Rugero hace
y en lo que más entendia,
era en rebatir los golpes
que Bradamante le tira,
que aunque herirle quisiese
con su espada no podia,
y entre los dos la batalla
fué crüel y muy reñida.

ROMANCE

de Ero.

Desde la torre de Sixto
Ero mal penada estaba,
viendo la mar por el cielo,
y que su Leandro tardaba:
en la sala no cabia,
mil veces la paseaba,
y á cada vuelta ponia
los pechos en la ventana;
cada ola que venía
Leandro se le antojaba,

y así engañada decia:
«Sois vos la luz de mi alma.»
Una dueña está con ella,
á la cual así le habla:
«¡Ay, amiga! mi Leandro,
¿si estará dentro del agua?»
Ya se pasaba la noche
y casi venía el alba,
al pié de su alta torre
un bulto vido que estaba,
la resaca se lo lleva
y la ola lo tornaba,
vido la mar ser menguante
y que en seco lo dejaba,
sola va por la escalera,
sola desciende á la playa
(la que tiene amores
ningun peligro halla).
Ella sola le revuelve
y la cara le limpiaba,
que de polvo y de arena
la tenie desfigurada,
conoció la sin ventura
muerta la luz de su alma,
no le habla ni le llora,
porque cayó desmayada,
hasta la hora que vino
en busca della su aya;
echóle agua en el rostro,

vuelve en sí la desdichada,
deja la aya con el cuerpo,
dice que va por mortaja,
cierra la puerta tras sí,
sola va desconsolada,
y de lo alto de la torre
desta manera le habla:
«Ya sabes, amiga mia,
toda mi vida pasada,
sabes que si quise bien,
que no vivia engañada;
pues recibe aqueste cuerpo,
que lleva perdida el alma.»

ROMANCE

de Ruidiaz de Rojas.

Vente á mí el perro moro,
que no á los niños muchachos,
dícelo porque en Almansa
tres hijos le han encerrado;
anda muy furioso el moro
por el africano campo,
derrama sangre cristiana
como lobo encarnizado,
toda la gente le huía
con temor de velle airado.

Mirándolo está Ruidiaz
de Rojas, el afamado,
que es alcaide de Antequera,
y Almansa se le ha entregado;
apriesa pide las armas
y que le den un caballo,
y tocado á la morisca,
que siempre lo ha acostumbrado,
sin poner pié en el estribo
en el caballo ha saltado,
por el camino donde iba
todo lo deja temblando,
y el moro cuando lo vido
sólo en velle ha desmayado,
y el alcaide valeroso,
que aguarde le va rogando
y se combata con él,
quél sólo le pide campo;
mas el moro no pretende
hacer lo que ha demandado,
haciendo pié en el estribo
hizo un golpe señalado,
adarga y cuerpo le pasa,
arzon y cuello al caballo,
caballo y moro han caido,
por la tierra van rodando,
y el alcaide valeroso
en un punto fué apeado;
luégo cortó su cabeza

con un agudo terciado,
volviéndose para Almansa
seguro y muy sosegado,
sin haber moro ninguno
que se lo haya estorbado.

ROMANCE

de don Alonso de Guzman el Bueno.

Por los muros de Tarifa
ví á don Alonso asomado,
que miraba en las barreras
á don Pedro, el hijo, atado,
que lo tenien los moros
para querer degollarlo,
si no entregaba la villa
do lo tenian encerrado.
Háblales desta manera
como hombre apasionado:

«Si quereis joyas de oro,
yo os las daré de buen grado;
ó si hay algun caballero
que haga conmigo campo,
uno á uno, dos á dos,
tres á tres ó cuatro á cuatro,
entrareis luégo en Tarifa
en habiéndola ganado,
que el buen alcaide no suele,
la villa que el Rey le ha dado,
entregársela á los moros
sin quedar despedazado;
y aunque me mateis mi hijo,
no viviré deshonrado,
ántes con crecida honra
la defenderé doblado.
Si la gloria de mi hijo
fué mayor que mi pecado,
tomad con que lo mateis
mi puñal, ensangrentaldo
en esa sangre inocente,
sin cometer tal pecado;»
y estas palabras diciendo,
del muro se habie quitado.
Dan voces en el Rëal
viendo el niño degollado;
vuelve diciendo: «¿Qué es esto?
con el semblante alterado,
creí que entraban los moros,

sobre caso no pensado.»
Asomóse á la muralla,
vee su hijo degollado,
y vuelve alegre diciendo
y el corazon sosegado:
«Envidia te tengo, hijo,
de ver cuán presto has llegado
á merecer tanta honra
como tú hoy has ganado,
por tu patria y por tu Rey,
dejándome tan honrado;
todos te alabemos, hijo,
no mereces ser llorado,
pues que tan tierna niñez
tan bien la has empleado.»

ROMANCE

del villano del Danubio.

Por esas puertas romanas
entra un rústico villano,
zapato ni zaragüelle
en su vida no ha calzado,
unas abarcas calzaba
de un perro mal enlanado,
un sayo lleva berrendo
y un jubon desabrochado,
cinto de juncos marinos
lleva á su cuerpo apretado,

en el hombro su capote
y el dedo al cinto agarrado,
en su mano un acebuche
cachituerto y mal labrado,
la barba toda revuelta,
el cabello apelmazado,
no llevaba caperuza
porque nunca la ha usado,
al cincho puesto un esquero
como siempre ha acostumbrado,
la piedra, yesca, eslabon
llevaba dentro el villano,
sus ojos verdes pequeños,
el color todo tostado,
y como entrase por Roma
pregunta dó está el Senado;
viéndose delante dél,
de aquesta suerte ha hablado:
«A mí llaman Juan Melendro,
Melendro soy yo llamado,
nací ribera del rio
que el Danubio era llamado,
enviastes capitanes,
hánnos la tierra estragado,
no queremos ya mujeres,
ni queremos ser casados,
ni pagar tributo á Roma,
ni á Roma ser tributarios;
las rodillas por el suelo,

con un cuchillo en sus manos,
señores que sois presentes,
si alguno he injuriado,
mandad con este cuchillo
que yo sea degollado.»
Viendo tal los senadores,
por senador lo han alzado.

OTRO ROMANCE

de Scévola.

Sale Scévola de Roma
al campo del Rey Porsena,
ganoso de ver su patria
libre del yugo y cadena,
va á trocar su alegre vida
por la triste muerte ajena;
llega á ejecutar su furia,
su destino así lo ordena,
yerra el golpe el fiero mozo,
para más su suerte buena,

que por tan inorme culpa
él mismo se dá la pena.
Viendo al Rey Porsena vivo,
triste de tan mala estrena,
al brazo que erró el golpe,
con cara alegre y serena,
en una llama encendida
al sacrificio condena,
cuya espantosa hazaña
por toda la tierra suena.

GLOSA SOBRE EL ROMANCE QUE DICE:
Por el rastro de la sangre.

El cielo á voces rompiendo,
á sospiros abrasando
el aire, y agua vertiendo,
va Montesinos midiendo
la tierra, al primo buscando.
Corriendo con furia brava,
temiendo no se desangre,
con esta sospecha entraba
por el rastro de la sangre
que Durandarte dejaba.

En fatigosa agonía
se iba el triste deshaciendo,
y como al primo no veia,
la sangre en el suelo fria
el alma le va encendiendo.
Guiado de sola saña,
como por llanos caminos
caminaba Montesinos
por una áspera montaña.

No va de amor tan escaso
el Francés, ni de manera
que temiera, aunque iba laso,

el más peligroso paso,
aunque el de la muerte fuera.
Sólo la pereza vana
reprehende y llama insana
porque el aurora venía,
y á la hora que partia
áun no era bien de mañana.

De haber tan tarde salido
el guerrero se avergüenza,
y á tal término ha venido,
que es á un punto combatido
de amor, temor y vergüenza.
Pues que tan tarde salís,
se va diciendo, ¿qué os salva,
si á la hora que partis,
las campanas de París
tocan la seña del alba?

OTRA GLOSA SOBRE EL ROMANCE QUE DICE:
Con el rostro entristecido.

Tanto siente el fuerte Lara
de su Rey la muerte fiera,
que si remedio le fuera
por vengar la muerte cara,
su propia vida pusiera.
Mas cuando muerto lo vido

y el venablo atravesado,
á sus piés cayó tendido
con el rostro entristecido
y el semblante denodado.

Recordóle la esperanza
de ver al traidor deshecho,
y para tomar venganza
pide el escudo y la lanza,
aunque en lágrimas deshecho.
Y en el mismo punto y hora,
cual Roboaz lobo tirano
que por sus hijuelos llora,
se parte para Zamora
Ordoñez el Castellano.

Entre sí iba pensando
la muerte del Rey su amigo,
y á Zamora amenazando,
y en el alma imaginando
venganza del enemigo.
A dar al traidor su fruto
parte del Rey el vasallo,
áun no de llorar enjuto,
todo cubierto de luto
hasta los piés del caballo.

De tal suerte va y concierto,
que quien le vió tan esquivo,

jurara por caso cierto
que más va á enterrar el muerto
que no á venganza del vivo.
Y porque no es cosa nueva
andar así disfrazado
y el buen don Diego se atreva,
debajo del luto lleva
un arnés muy bien tranzado.

GLOSA SOBRE EL ROMANCE QUE DICE:
De las batallas cansado.

Como suele el que merece
alegrarse con la gloria
que por premio se le ofrece,
y el culpado se entristece
teniendo del mal memoria.
Desta suerte destrozado,
llevando en sí por testigo
la culpa del mal pasado,
de las batallas cansado
se sale el Rey don Rodrigo.

El mayor dolor que siente,
saliendo tan mal tratado,
es ver que no es inocente,
y que no es equivalente
el dolor con el pecado.

Desto va tan afligido,
que aunque encuentra no acomete,
porque va el triste herido,
la cabeza sin almete
y el arnés todo rompido.

Sobre el caballo cansado
va el pobre Rey tan mal puesto,
tan herido y maltratado,
que la silla y todo el resto
va deshecho y destrozado.
No se pica de galano,
cabalgante ni polido,
pues lleva el pobre cristiano
la una rienda en la mano
y el un estribo perdido.

Si con algo se recrea
su afligido corazon,
es con ver que la ocasion
en el grado que desea
se le ofrece la pasion.
Del dolor que ha pretendido
tiene suficiente prueba,
pues el triste Rey, herido,
por do el caballo lo lleva,
por allí va sin sentido.

No hacen evacuacion

las lágrimas de sus ojos
de tan terrible pasion,
que son muestra y no despojos
del dolor del corazon.
De llorar desvanecido
en paso tan trabajoso
el buen camino perdido,
por un arroyo zarzoso
el caballo lo ha metido.

El caballo, enarmonado,
á todas partes voltea,
y el pobre Rey, arañado,
fenecer así desea,
mas no lo quiere su estado.
El rostro muy mal herido
saca de tan cruda guerra,
y en brava saña encendido,
echó la corona en tierra,
y aquesto habie referido.

»Memoria del bien pasado,
del mal presente agonía,
fortuna adversa, mal dado,
conjurada compañía
contra un Rey desheredado.
Pues que á vuestras manos muero
y como crudo enemigo
me matais con dolor fiero,

desdichado caballero,
desdichado Rey Rodrigo.»

Muchas veces trasportado
va, y cuando revuelve en sí,
dice sólo: «¡Desdichado!
¡ay desdichado de mí!»
y quédase desmayado.
Otras veces, vuelto en saña,
puesto en la mano un cuchillo,
dice con tristeza extraña:
«*Ayer eras Rey de España,*
hoy no tienes un castillo.»

De morir determinado
muchas veces va á herirse,
pero su seso cobrado,
vuelve luégo á arrepentirse
por haber desesperado.
Dice: «Es fuerza padecer,
cuerpo flaco y amarillo,
pues que por te complacer,
por un pequeño placer
metes á España á cuchillo.»

GLOSA SOBRE EL ROMANCE QUE DICE:
Caballero, si á Francia ides.

Estando en prision captiva
la esposa de don Gaiferos,
buscando con quién escriba,
vió que entre los pasajeros
uno hácia París iba.
Y díjole en puridad:
«Así goceis libertad
y alcanceis ventura en lides,
caballero, si á Francia ides,
por Gaiferos preguntad.»

Él le respondió: «Señora,
para Francia voy derecho,
y para allá parto agora,
si en algo soy de provecho,
mandádmelo, que ya es hora.
Si demás de preguntar
quereis le diga otra cosa,
bien me lo podeis mandar.»
«*Decilde que la su esposa*
se le envía á encomendar.»

«Haré vuestro mandamiento
como la razon me obliga,
sin que nada os contradiga;

¿pero qué os dá más contento,
mi señora, que le diga?»
«Que estoy ya de le esperar
tan metida en el penar
cuanto él en su pasatiempo,
y decilde que ya es tiempo
de me venir á sacar.»

«Excesiva es la pasion,
señora, que estais sintiendo,
lo cual conozco y entiendo
en que os dice el corazon
todo lo que estais diciendo.
Y que esté muriendo viva
vuestra hermosa beldad,
¿de dó nació tal crueldad?»
«*De aquella prision esquiva*
do muero con soledad.

Y aunque es la prision tan dura,
es lo que más me atormenta
la ausencia y poca ventura,
y en esta cárcel escura
sola la fé me sustenta.
Decilde que á los ausentes
no les está bien mudar,
que lo murmuran las gentes,
y que ausentes por presentes
no se deben de olvidar.»

GLOSA SOBRE EL ROMANCE QUE DICE:
Caballeros Granadinos.

Entre los moros guerreros,
Granadinos naturales,
han dado malas señales
muchos de los caballeros
y varones principales.
Estos con sus desatinos
procuran tener en algo
la libertad de ser finos,
caballeros Granadinos,
aunque moros, hijosdalgo.

De envidia, rencor y saña
movidos sus corazones,
van con falsas opiniones
trabando cierta maraña
de maldades y traiciones.
Y viendo que por momentos
tienen muchos de su bando,
siguiendo sus pensamientos,
con envidiosos intentos
al Rey moro van hablando.

Los cuales, no tan queridos
de todas las damas moras
como los más escogidos,

de afrentados y corridos
crece su envidia por horas.
Y como se les ofrece
con esto mayor cuidado,
tanto más su ánimo crece,
viendo que los favorece
todo el Granadino estado.

Visto ya por los menores
que el fuego aprisa se enciende
y que la fama se extiende,
el voto de los mayores
cada cual sigue y defiende.
Y para gusto y placeres
de los soberbios tiranos,
conforman los pareceres,
hombres, niños y mujeres,
caballeros y villanos.

Y así por lo que les toca,
falsas partes y testigos,
siendo del Rey enemigos,
todos dicen á una boca
que la Reina tiene amigos.
Y oyendo el Rey los mensajes
con el rostro muy airado,
les pregunta: «¿Qué linajes?»
Dicen que los Bencerrajes,
linaje noble, afamado.

Y que ellos solos florecen,
gozando su coyuntura
las prendas de hermosura,
y con esto al Rey ofrecen
amistad firme y segura.
Y de aqueste modo y suerte,
con propósito dañado
y con un ánimo fuerte,
procuran dalle la muerte
para gozar su reinado.

HISTORIA

DE LAS GRANDES AVENTURAS DEL CABALLERO DEL FEBO, EN TRECE ROMANCES MUY GRACIOSOS.

El gran hijo de Trebacio,
que por sucesion venía
á ser alto Emperador
de Grecia, donde asistia,
llamado por nombre el Febo,
flor de la caballería,
ejemplo de la virtud,
dechado de lozanía,
el que nunca igual halló
en esfuerzo y valentía,
el que siempre sujetó
á toda la paganía,
el que con sólo su nombre
los agravios deshacia,
el que á todos excedió
en mesura y cortesía;
este Príncipe potente,
que á los gigantes vencia,
un niño le sujetó,
ciego y tierno en demasía,
y fué porque le tiró
una flecha que traia,

á la cual no hay resistencia,
porque invisible la envía,
y cuando verse pudiera
poco le aprovecharia,
pues se habie de defender
con quien tan poco podia,
que era su corazon tierno,
¡mirad cuál le pararía!
pues que de su natural
fuerza alguna no tenía,
y asina muy fácilmente
cualquiera vista le heria.
Tiróla muy fuertemente,
que forzado le rendia
á ser el mayor esclavo
que tiene en su compañía,
al cual le mandó que amase
á una Princesa que habia
en la noble Trapisonda,
adonde ella residia,
cuya señora ha de ser;
Claridiana se decia,
la cual entre las mujeres
como el sol resplandecia,
hacie á todos gran ventaja
en su gracia y bizarría,
en hermosura y valor,
y en virtud y gallardía,
y en ánimo varonil,

y esfuerzo sin cobardía,
porque sólo su amador
algun tanto la excedia,
y con tan poca ventaja,
que apenas se conocia.
Ella quiso y fué querida,
¡ved qué gloria les sería!
pues á Amadis en amar
él clara ventaja hacía,
y ella á la Reina Oriana,
que de allí pasar no habia;
pasando muchos trabajos
y tormentos cada dia.
Vino el caso á suceder
que necesidad tenía
de apartarse de su dama,
porque á llamarle venía
una doncella llorando,
que su corazon pedia;
allí viérades los llantos
que cada uno decia,
allí las quejas, los celos
que su amada le oponia,
y para que no se fuese
muchas lágrimas vertia,
mas como le era forzado,
complacerla no podia,
porque á ello le obligaba
la ley de caballería;

despidiéndose con abrazos
que se daban á porfía,
de sólo aquello gozó,
que más no le concedia;
no le querie ella dejar
por no perder su alegría,
parécele que la ausencia
olvidarla causaria,
dándole mil ocasiones
como contino hacía;
y este triste pensamiento
tanto á la dama ofendia,
que no lo quiere soltar,
porque mucho lo temia.
Como el Príncipe esto viese
gran pena y dolor sentia,
dale su fé y su palabra
que muy presto volveria
á tornarla á visitar,
pues más que ella lo queria,
y así le dió la licencia,
y el Príncipe se partia.

SEGUNDO ROMANCE

del Febo.

Parte el amoroso Febo
de aquella que le ha robado
su alma y su corazon,

con gran dolor y cuidado;
va melancólico y triste,
y de mil ánsias cercado,
desabrido y descontento,
y casi desesperado;
quéjase de su fortuna,
porque apartar le ha forzado
del contento que dá gusto
á su cuerpo apasionado,
y de aquella luz que alumbra
su corazon lastimado,
que va ofuscado en tinieblas
por ir de su luz privado;
no sólo llora el dolor
que le tenía atormentado,
mas tambien el que su amada
por su ausencia habrá tomado,
dale más pena esta pena
porque la sentie doblado.
Yendo con estas tristezas
de fé viva acompañado,
fuertes gigantes venció,
y la soberbia ha abajado
á perversos caballeros
que habien á otros agraviado;
de malos aborrecido
era, y de buenos amado,
de aquellos que poco pueden
su favor es demandado,

á los cuales dá su ayuda
con ánimo aparejado,
de todos era temido
y por fuerza respetado;
y cuando ya se volvia
por un gran campo ha pasado,
espacioso, ameno, alegre,
y de arboleda cercado,
tan espesa y tan crecida,
que pudie estar bien guardado
de no ser visto de nadie,
aunque más fuera buscado.
Enmedio estaba una fuente
de artificio tan preciado
y de tan galana hechura,
que admiracion le ha causado;
sonaba tan dulce ruido
del agua por aquel prado,
que le hizo descansar
y estar un rato allí echado,
y como el Príncipe viese
ser lugar acomodado
para poder dar alivio
á su cuerpo fatigado,
con gentil aire y presteza
del caballo se ha apeado,
y quitándole la silla
á un árbol le ha arrendado;
quitóse tambien el yelmo

y encima se ha recostado,
para poderse aliviar
del dolor bravo y pesado
que le causó la memoria
de aquella que tanto ha amado;
y estando en su dulce sueño
un gran ruïdo ha sonado
que su descanso le quita,
pues el sueño le ha quitado.
Levántase por veer
qué es lo que le ha despertado,
vee que son doce doncellas,
que con paso apresurado
hacen tan gracioso son
y un cantar tan extremado,
que con muy justa razon
pudiera ser comparado
á aquel de las tres sirenas,
por el mundo tan loado,
dispuestas, lindas, galanas,
con vestidos de brocado;
veinte enanos pasan luégo
de rostro muy afeado,
con sayos hasta los piés
de tafetan encarnado;
doce gigantes los siguen,
y cada cual iba armado
de ricas armas y fuertes,
con un ancho alfanje al lado:

tras aquesta compañía
pasó un carro tan preciado,
que pensó el Príncipe ser
por arte mágica obrado,
de záfiros y otras piedras
viene todo rodeado,
que le pareció valer
más que un reino muy preciado,
y dentro vió estar dos sillas
de oro fino labrado,
en la una vió que estaba
un caballero asentado,
galan, dispuesto, hermoso,
muy severo y agraciado,
y en la otra una doncella
de rostro tan alindado
y de tanta gallardía,
que le há todo alborotado,
porque le pareció ser
de hermosura dechado.
Va luégo otra tanta gente
como adelante ha pasado,
mas la vista de la dama
há su corazon llagado
con tan terrible herida,
que se sintió enajenado,
para poder más amar
á la que primero ha amado,
porque viendo esta doncella

se halló tan aprisionado,
que su alma y corazon
firmemente le ha entregado;
y no pudiendo sufrir
tal herida que le han dado,
su buen caballo desata
y su yelmo se ha enlazado,
sin poner pié en el estribo
con presteza ha cabalgado,
y con ligera carrera
el rico carro ha pasado,
por sólo tornar á ver
á quien tal le habia parado;
que como él la vió pasar
quedó más enamorado,
y así destos dos extremos
perseguido y acosado.

TERCERO ROMANCE

del Febo.

Con grande dolor y pena
está el Príncipe esforzado
deseoso de saber
quién así le ha maltratado,
y no pudiendo sufrir
el fuego que le ha abrasado,
ruega mucho á una doncella

que detrás se habie quedado,
le cuente aquella aventura
y el fin de aquel rico carro,
la cual por dalle contento
desta manera ha hablado:
«Sabed, señor caballero,
que en aquel sublime estado
tan rëal y poderoso
que del Catayo es llamado,
hay una costumbre antigua
que los Reyes han guardado,
y es, que tenga tanta accion
la hija en aquel reinado,
como el hijo, aunque sea
de mil gracias adornado,
y sólo pueda heredar
el que fuere señalado
por sus tan queridos padres,
sin salir de su mandado.
Vino acaso á suceder
que fué el padre aficionado
muy más de la hermosa hija
que del Príncipe estimado,
y, al contrario, de su madre
es el hijo más amado;
á ella llaman Lindabrides,
él Meridian es nombrado,
y así terrible discordia
entre ellos se ha levantado,

sobre cuál ha de gozar
del Reino tan encumbrado.
Determinan una cosa
para salir de cuidado,
y es, que vayan los dos juntos,
hasta un año ser pasado,
de aquesta suerte que veis,
y este Príncipe obligado
á defender que merece
más, en medio el campo armado,
que su hermana Lindabrides,
ser señor de aquel Estado,
y si fuere victorioso,
en el tiempo situado
que le darán luégo el Reino,
y será señor llamado;
mas que si fuere vencido,
que no espere ser premiado,
y suceda en su lugar
hasta cumplir lo restado
el valiente vencedor
que tanto esfuerzo ha alcanzado,
y si sale con victoria,
hasta el año señalado
que gozara de aquel Reino,
siendo con ella casado:
y esto es en suma, señor,
lo que me habeis preguntado.»
Que como el Febo lo oyese,

de sabello se ha holgado;
dale mil gracias y ofertas
por la cuenta que le ha dado,
al caballo dá de espuelas
hasta que hubo llegado
al carro triunfante y rico,
y en llegando se ha parado;
haciendo su acatamiento,
desta suerte ha razonado:
«Príncipe alto, excelente,
y con razon publicado
por el más diestro y valiente
que en el mundo se ha hallado,
yo he sabido esta aventura,
y estoy bien della informado,
y sé cómo defendeis
lo que os será demandado
de cualquiera caballero
que á razon fuere llegado,
y así véisme aquí que estoy
muy presto y aparejado
á defenderos, quel Reino
del Catayo tan sonado
la merece, y es razon
que á vuestra hermana sea dado.»
Como el Príncipe esto oyese,
la rica silla ha dejado,
y poniéndose sus armas
al gran campo sale armado,

las cuales eran de conchas
de un duro y fino pescado,
que ninguna arma contraria
las há algun tanto mellado,
y tan finas y vistosas
que estaba el Febo admirado;
encima un caballo sube
en correr muy extremado,
juntamente en hermosura,
que Cornerino es llamado,
apartándose á una parte
grandes encuentros se han dado,
y fué tan grande el del Febo,
que há por fuerza derribado
al Príncipe Meridian,
mal herido y quebrantado;
mas como el Febo lo viese,
del caballo se ha arrojado,
adonde con gran furor
fuerte contienda han trabado,
en que Meridian mostró
el valor de que es dotado,
resistiendo con destreza
un golpe y otro pesado
que le dá el potente Febo
con su recio y fuerte brazo;
mas al cabo de dos horas
lo tenie tan mal parado,
que ya iba de vencida

segun le traie acosado,
y así del valiente Febo
Meridian fué sujetado,
quedando con muy gran saña
y casi desesperado,
y por no ser conocido
quiso ir disimulado:
su caballo y armas fuertes
con el Príncipe ha trocado,
y despidiéndose dellos
con presteza ha caminado
al Reino de Macedonia,
adonde fué desposado
con la hermosa Floralinda,
que heredaba aquel Estado,
sucediendo en su lugar
el Príncipe enamorado
de la linda Lindabrides,
que le tiene aprisionado.

CUARTO ROMANCE

del Febo.

Con crecido regocijo
y alegría singular,
camina con Lindabrides
aquel Príncipe sin par,
á cumplir lo que faltaba

para el año se pasar,
y si sale con victoria
irse con ella á casar
á la tierra de su padre,
y de aquel Reino gozar.
Enfrente della sentado
va por bien la contemplar,
puestos los ojos en ella,
sin las pestañas mudar,
porque el fuego que le abrasa
no los consiente apartar
de aquella que le ha causado
la muerte y vida á la par,
muerte por lo que padece
hasta podella alcanzar,
y vida porque imagina
que presto se ha de llegar
lo por él tan deseado,
que es con ella descansar.
Agora piensa es querido,
y esto le hace alegrar,
agora que no es āmado,
para más le hacer penar
y poner más diligencia
en podella aprisionar;
y con palabras sabrosas,
procurando se extremar,
la declara allí su pena
por podella aficionar;

mas desde que ella le vido
con su hermano batallar,
y conoció que á su esfuerzo
ninguno pudie igualar,
y que en gracia y apostura
le quiso Dios levantar
sobre cuantos caballeros
quiso natura formar,
desde aquella hora y punto
la Princesa le fué á dar
su alma y su corazon,
sin poderse defensar;
y asina yendo en el carro
se lo procura mostrar
con sus amorosos ojos
y con un dulce hablar,
y tambien con estar triste
y algunos sospiros dar.
Y con las muestras de amor
el Febo empezó á olvidar
del todo á esotra Princesa,
y della no se acordar,
porque sólo era su fin
lo presente procurar,
y lo propio Lindabrides
le procura encadenar
en su amor de tal manera
que no se pueda apartar,
y en acabándose el año,

que sólo podie faltar
un mes, é irse á su tierra
y sus bodas celebrar;
vanse á Constantinopla
para el mes allí pasar,
defendiendo su demanda,
que falta para llegar
al término señalado,
y con victoria quedar.
En llegando que llegó,
mandó luégo publicar
la demanda que traia,
y que él la ha de defensar,
armado solo en el campo,
donde empieza de aguardar
á cualquiera caballero
que quiera con él lidiar.
El Emperador su padre
su demanda fué á aceptar,
y así, hizo un cadahalso
por podello bien mirar,
y otro para que su madre
pueda á su placer estar
con otras muchas Princesas
de valor y gran beldad,
y de tanta hermosura
que no hay más que desear;
entre todas se señala
la que quiso señalar

Dios, de tanta gentileza
para su poder mostrar,
la Princesa Claridiana,
que se habie venido á holgar
por saber si habia nuevas
de aquel que le fué á robar
su alma y su corazon,
y si no comunicar
con los que él tratar solia,
por poderse consolar,
imaginando que habla
con el que solia hablar;
el cual como entró en el campo
una carrera fué á dar
con tan gallarda postura,
que hizo maravillar
á todos los que le vieron,
no pudiendo divisar
las pisadas del caballo,
segun corre sin parar.
Quiérele ella conocer
en el gentil cabalgar,
mas verle con tales armas
no lo podia imaginar,
y así piensa quel deseo
la debia de engañar;
mas porque ve que parece
aquel que tanto fué á amar,
sus muy agraciados ojos

no puede dél apartar,
deseando mucho verle
de sus contrarios triunfar.
Estando así embelesada,
vido por la plaza entrar
muy apuestos caballeros
que no se podian contar,
que vienen por la Princesa,
ganosos de pelear;
quiere cada cual llevalla
y de tal prenda gozar,
vienen ricamente armados
por más su valor mostrar
cuánto el premio es estimado,
tanto esfuerzo basta á dar
á los valientes guerreros
para poder pelear.
Mas el animoso Febo
no puede temor cobrar;
vence á uno, á dos y á tres,
que era cosa de espantar
cuán fácilmente los rinde,
sin cosa alguna estimar
los desaforados golpes,
que hacian la tierra temblar,
aunque fuera más valiente,
á su desprecio y pesar;
de aquesta suerte y manera
cuarenta fué sujetar,

con tanta desenvoltura
que les hacie renegar,
maldiciendo á quien le trujo
para así lo deshonrar,
porque de su rica silla
no le podien menear;
y porque venie la noche
no pudo más batallar,
porque mandaron que cese
por entónces el justar,
y así fué con Lindabrides
á su carro á reposar.

QUINTO ROMANCE

del Febo.

Ya queria el dorado Febo
su gran carro aderezar,
y sus feroces caballos
con una vara domar,
para que temblando dél
obedezcan su mandar,
y le traigan por el cielo
sin un momento parar,
porque sus lucidos rayos
pueda por él derramar;
y viendo que ya era tiempo,
tanto les fuera á azotar,

que les hacie como á toros
terribles bramidos dar,
y correr tan velozmente
sin un punto sosegar,
que á cabo de poco rato
pudo bien desparramar
sus más rutilantes rayos
y á todos regocijar,
que la triste y larga noche
les hace tristes andar,
cuando el generoso Griego
se comienza á levantar
de su regalado lecho
y á grande priesa se armar,
y con su alta compañía
va á ponerse en el lugar
que los muy justos juëces
pusieron para justar;
y como luégo vinieron
sus padres á se sentar,
con valientes caballeros
grande justa fué á trabar,
donde tanto se mostró,
que presto fué á derribar
á todos los principales;
sólo uno fué á quedar,
que era Rosicler su hermano,
de esfuerzo particular,
con el cual, si no era él,

no se podia comparar
otro ningun caballero
ni tener con él igual,
el cual se armó de sus armas,
muy ricas y de estimar,
y subiendo en su caballo,
en el campo fué á parar
con tan gentil continente,
que era cosa de mirar.
Desafiando á su hermano
á un lado se fué á parar,
y tocando las trompetas
se vinieron á encontrar
en medio de la carrera,
que parecian volar;
encuéntranse con las lanzas,
sin cosa sana quedar,
suben tanto las astillas,
que piensan que van á dar
al supremo y alto cielo,
no pudiendo divisar,
segun iban de veloces,
adónde podien llegar;
de caballos y de escudos
se vinieron á encontrar,
y darse tan fuertes golpes,
que forzado les fué dar
en el duro y ancho suelo,
ambos juntos á la par,

con los yelmos derrocados
para más les admirar
á los que estaban presentes,
y con alegría dejar
á los que estaban con pena,
por verlos así afrentar
por un caballero extraño,
sin podello remediar.
Mas como lo conocieron,
con un gozo singular
y con alegría subida
corren todos á besar
las manos á su señor,
sin poder disimular
el contento que les viene
sobre tan duro pesar;
bajaron tambien sus padres,
por poder presto gozar
de la vista de su hijo,
al cual fueron á abrazar,
y con paternal amor
se comienzan á quejar
dél, porque tanto ha tardado
sin venir á reposar
con sus amigos y padres;
tambien le van á hablar
aquellas altas Princesas,
aunque sola fué á faltar
la Princesa Claridiana,

por no dar que sospechar,
mas el Príncipe discreto
se supo bien disculpar,
que dejó á todos contentos,
y así se fué á descansar,
despidiéndose de todos
y acabando allí de dar
fin aquella real empresa,
digna de no se olvidar
para siempre de ninguno,
procurándole imitar.

SEXTO ROMANCE

del Febo.

Ya sería media noche,
que ruïdo no sonaba,
cuando aquella Real Princesa
en dos extremos estaba,
de alegría y de tristeza,
mirando lo que pasaba;
por una parte está alegre
porque vió el que tanto amaba,
y por otra está muy triste
viendo cómo acompañaba
á la hermosa Lindabrides,
y en su defension andaba;
piensa que á la otra queria

y que á ella la olvidaba,
y aquesta amarga sospecha
tanto á la dama aquejaba,
que no podia sosegar,
y así dos mil vuelcos daba
encima su rico lecho,
cuya sábana apretaba;
con sus manos, piés y dientes
cosa sana no dejaba,
y con dolor muy crecido
rabia, gime y basqueaba
por no poder sospirar,
ques lo que más le aquejaba,
que parecie estar sin vida
y el alma se le arrancaba
de su tan gallardo cuerpo,
segun su color mostraba.
Mas cuando volvió en sí
tan agramente lloraba,
que movia á compasion
segun que se maltrataba,
y no pudiendo sufrir
el mal que le atormentaba,
alzando una triste voz
una doncella llamaba,
de la cual ningun secreto
encubria ni celaba;
dícela que prestamente
cumpla lo que le mandaba,

y es, que llame luégo aquel
por quien tanto mal pasaba,
y le diga que al proviso
venga donde ella quedaba,
la cual como es diligente
y agradarla procuraba,
despues de pequeño rato
á su aposento llegaba,
y dando muy recios golpes
por el Febo preguntaba,
el cual de su cama luégo
ligero se levantaba;
tomando su espada·rica
á la puerta se paraba,
y como supo quién era
y tambien quién la enviaba,
se viste y arma de presto,
su lindo escudo embrazaba,
y mandando abrir la puerta,
á gran prisa caminaba
á ver aquella que ántes
su corazon traspasaba,
el cual de la antigua herida
de nuevo se refrescaba
en aquella llaga antigua
que la ausencia le sanaba.
Y como llegó al lugar
do Claridiana aguardaba,
de empacho, vergüenza y miedo

todo su cuerpo temblaba,
viendo cómo habie faltado
la fé que siempre le daba,
y como la vió así
palabra no la hablaba;
viendo tanta hermosura
de nuevo se aficionaba.
Lo mismo aquella Princesa
toda en velle se turbaba,
con un entrañable amor
á su querido abrazaba,
y no pudiendo sufrir
el fuego en que se quemaba,
con lágrimas de placer
su linda boca besaba,
y teniéndole apretado
de su ausencia se quejaba,
preguntándole el por qué
tanto de ella se ausentaba,
y á esotra Princesa mora
tanto tiempo acompañaba:
y como aquesto decia,
mil lágrimas derramaba,
con las cuales de su amante
su rostro y pecho bañaba,
y con el dolor que siente
desmayada se quedaba,
parecie que el corazon
de su cuerpo le saltaba,

segun los golpes que él daba.
Mas cuando en sí ya tornaba,
el Príncipe muy turbado
sin dilacion le contaba
á la penosa Princesa
lo que tanto deseaba,
no le dice la verdad,
mas lo que poco importaba;
dícela, que la virtud
á defender le obligaba
la causa de Lindabrides,
y que no era porque amaba
á ella y su alto Reino,
porque nada lo estimaba:
y con pena desigual,
porque vea que le pesaba,
pide y ruega á la Princesa
por qué razon le forzaba
á que lleve á Lindabrides
á la tierra do habitaba,
que le dejase ir con ella,
y quél su palabra daba
de entregársela á sus padres
y volver do agora estaba;
que si de aquesta fé
ella no se confiaba,
que le diese una doncella,
y que prometie y juraba
que se volverie con ella

si el morir no lo estorbaba.
Y como ella aquesto oyese
con gran dolor lamentaba,
imagina que su amante
con palabras la engañaba,
y así no quiere otorgar
lo que el Febo deseaba,
quera darle la licencia
que tanto le demandaba;
pero viendo que su amante
el partir no se excusaba,
dice que se vaya luégo,
mas que su palabra daba
que si no cumple la suya
de tomar venganza brava:
y dándole una doncella,
que Periana se llamaba,
el Príncipe con abrazos
de su amante se apartaba,
la cual en grande tristeza
con pena y dolor quedaba,
porque se ha de ver ausente
del que más que á sí amaba.
Despídese de sus padres
y á su compaña tornaba,
la cual estaba penosa
viendo cómo se tardaba,
y con ella á grande priesa
al Catayo caminaba.

SÉPTIMO ROMANCE

del Febo.

De pensamientos cercado
el Griego jóven quedó,
como se vido apartado
de aquella vista que dió
á su corazon tal golpe,
que por medio lo partió;
mas la linda Lindabrides,
como su tibez mostró,
con palabras regaladas
tanto allí le enterneció,
que forzado á que la queria
al Febo ilustre forzó,
dándole favores mil,
con lo cual le enajenó
para poder más amar
á la que primero amó;
no iba ménos la Princesa,
que tan igual los hirió
el tirano y cruel Cupido,
que bien su poder mostró,
porque al uno nada falta
ni al otro punto sobró.
Iba cada cual gozoso
de que nada se holgó

la doncella Periana,
que rabia mortal tomó,
viendo cómo á su señora
este Príncipe engañó,
faltándole la palabra
y la fé que le ofreció
de que no la olvidaria,
y allí lo contrario vió;
desabrida y descontenta
todo el tiempo caminó.
Yendo cerca de su tierra
Lindabrides envió
una doncella á decir
todo cuanto aconteció
al Emperador su padre,
y en un lugar se quedó
á dos millas de Catayo,
y allí un rato descansó;
la doncella es diligente,
presto al Catayo llegó,
y á sus poderosos padres
lo que ha pasado contó.
El padre estaba gozoso
por ver lo que él deseó,
tan de veras, ya cumplido,
y aunque al principio pesó
á la Emperatriz su madre,
luégo mucho se alegró
como en lugar de su hijo

otro sin igual cobró,
y así en hacer regocijos
por todo el Reino mandó;
lo que á recebir tocaba
ella á su cargo tomó,
para mostrar el contento
que esta nueva le causó,
y con muy solemnes fiestas
á sus hijos recibió,
y cuando para casallos
la hora y tiempo llegó,
en un lecho estando echado,
Periana al Febo habló,
y con saña dura y brava
quel enojo la cegó,
le acuerda allí la palabra
que á su amada prometió
de no casarse con otra,
y tambien le remembró
que mirase ser cristiana,
y que él en su ley nació,
y estotra ser descreida,
porque nunca en Dios creyó;
dícele tambien que quiera
á aquella que más le amó,
y mira que Claridiana
nunca mujer le igualó,
que en valor y beldad rara
á estotra mucho excedió,

que ¿por qué tan á las claras
así la menospreció?
pues sabe que quien la agravia
nunca bien le sucedió,
porque en ánimo y esfuerzo
Dios sin igual la crió;
y así que le hace saber
que si alto nombre alcanzó
entre todos los mortales,
que ya todo lo perdió,
porque todas sus hazañas
la presente oscureció,
y que no esté muy gozoso
si á Claridiana burló,
pues no fué gloria burlar
á quien mal no mereció,
y que puede estar seguro
que si á su señora ofendió,
que ha de vengar la ofensa:
y con esto se apartó
del Príncipe, no queriendo
volver, aunque más llamó,
y asina de pensamientos
rodeado le dejó.
Comenzó á considerar
lo que allí le relató
la doncella Periana,
y á su escudero pidió
su caballo y armas fuertes,

y prestamente se armó;
con ligereza no vista
en el caballo subió,
y con ánsia y agonía
del Catayo se alejó.
Va siguiendo la doncella
que tanto le alborotó,
tristísimo y muy lloroso,
contemplando cómo erró
en faltar así á su amada
la palabra que la dió.

OCTAVO ROMANCE

del Febo.

Con pesadumbre rabiosa
la fiel Periana partia,
del caballero del Febo
mirando su alevosía,
pues le faltó la palabra
que en razon cumplir debia;
con la grande ira que lleva,
con voz alta en demasía
le llamaba de traidor,
perro y falso le decia.
Yendo con este dolor
hácia Trapisonda guia,
do la noble Claridiana

esperándola estaria;
con la gran priesa que lleva
muy presto llegado habia,
fuérase para palacio,
y cuando por él subia,
van muchos á la Princesa
á decir como venía
su doncella Perïana,
porque mucho la queria.
Sale toda alborotada
hasta saber lo que habia,
y como vió á su doncella
con ánsia y grande agonía,
la abraza y besa en el rostro,
y á su cámara la envía,
y como se vió con ella,
Claridiana la pedia
que le dé cuenta y razon
del recaudo que traia.
Perïana hablar palabra
de turbada no podia,
que dar tan amargas nuevas
á su señora temia,
porque su dolor y pena
más que la suya sentia,
y viéndola así turbada
la Princesa la reñia
porque no la decie presto
el Príncipe si venía,

ó si no qué se habie hecho,
pues vee cuánto la ofendia
en tardar tanto á contar
lo que saber pretendia;
la cual con voz lamentable
el suceso referia.
Y como lo hubo contado
se quedó casi sin vida,
viendo ser menospreciada
por el que su alma tenía;
arañábase la cara,
sus vestiduras rompia,
sus muy alindadas manos
con rabia y furor torcia,
y sus labios rubicundos
los maltrataba y mordia,
con sus cristalinos dientes,
tanto, que sangre corria
dellos en tanta abundancia,
que á gran compasion movia;
arrancaba sus cabellos,
sus tocados deshacia,
dábase de cabezadas,
crüelmente se heria,
con sospiros y sollozos
muchas lágrimas vertia,
y con voz triste y llorosa
que hasta los cielos subia,
decia: «Perro traidor,

¿cuándo yo te merecia
que me dieses tan mal pago,
pues más que á mí te queria,
olvidándome por otra
que ménos que yo valia,
mora y mala como tú,
que nunca en Dios conocia?
¡Cielo, duélete de mí,
y aqueste falsario envía
á las furias infernales
á pagar su alevosía!
y si no tráemele aquí,
porque yo le mostraria
de mi persona á la suya
la maldad que cometia,
haciéndole mil pedazos
por la maldad que hacía.»
En diciendo estas razones
de su estado se caia,
dando un mal golpe en el suelo,
pié ni mano no movia,
que parece estar difunta
porque nada no sentia;
la doncella lastimosa
tambien la hacie compañía,
amargamente llorando
porque tal nueva traia,
y viéndola desmayada
un poco de agua vertia

sobre su jarifo rostro;
y cuando ya en sí volvia,
con tan amargo sospiro
que parecie que queria
apartarse de su cuerpo
su alma, segun le envía;
y cuando ya sosegada
sus ricas armas pedia
y su ligero caballo,
de las cuales se vestia,
y subiendo encima dél
se parte sin compañía,
con coraje bravo y fuerte,
llena de melancolía,
á tomar cruda venganza
de quien tan mal la ofendia.
Endereza su camino
á Grecia, donde asistia
el Emperador su padre,
adonde saber podria
de su hijo el grande Febo,
si desposado se habria;
y en llegando vió que fiestas
el Emperador hacía,
porque habie muy pocos dias
que otro hijo le nacia,
y así se quedara en Grecia
aguardando si vendria
su amante cruel á las fiestas,

ó si no se informaria
de los que á ellas viniesen,
lo que saber pretendia.

NOVENO ROMANCE

del Febo.

Con furia muy desmedida
y braveza demasiada,
aquel generoso Griego
va buscando á Periana,
para ir junto con ella
á ver su primera amada;
iba triste y pensativo,
con desesperacion brava,
tan furioso y desabrido,
en forma que mucho holgara
encontrarse con alguno
en quien secutar su saña,
que por oidos y narices
humo negrísimo echaba,
y sus ojos parecian
ser de alguna fina grana,
llévalos del gran coraje
más encendidos que brasa.
Yendo con esta tristeza
á gran priesa caminaba,
tanto, que presto llegó

orillas del mar, do estaba
una nao de pescadores,
con la cual se solazaba.
Díceles con muchos ruegos
que á su tierra deseaba
quisiesen luégo llevarle,
que su ida sería pagada,
los cuales por complacerle
su pedimiento aceptaban;
ponen velas al navío,
y á remar prisa se daban,
tanto, que en muy poco tiempo
fué su tierra devisada,
y cuando al puerto llegaron,
su traida regraciada,
á la gran Constantinopla
su camino enderezaba,
en la cual están sus padres
y toda su alta prosarpia,
á la cual va muchas veces
su señora Claridiana,
y cuando por ella entró
un gran rüido sonaba,
y preguntando qué fuese,
un hombre le declaraba
que eran unas grandes fiestas
que su padre hacer mandaba,
porque le ha nacido un hijo
que Claramante se llama;

y como el Febo lo oyese,
en gran manera se holgaba,
y con mucha instancia y ruego
aquel hombre suplicaba
que unas ricas armas negras
luégo á su poder le traiga,
porque quiere disfrazado
entrar en la tal batalla;
el cual, cumpliendo su oferta,
se las trae y dellas se arma,
y, guardándole las suyas,
el Príncipe caminaba
adonde hacien las justas,
y como al campo llegara,
vido que en los miradores
estaba su linda amada
con sus muy queridos padres,
que gran gozo le causaba;
y porque su valentía
primero fuese mostrada,
contra un mantenedor
su caballo enderezaba,
y el otro por el contrario,
fuertes encuentros se daban,
aunque del golpe primero
el Febo lo derrocaba;
tambien derribó otros tres
que la justa defensaban,
y otros muchos caballeros

que aventureros andaban.
Conócele la Princesa
en el jugar de la lanza
y en sus fortísimos golpes,
quítase de la ventana,
y con armas diferentes
sale en medio el campo armada;
vase para el grande Febo,
y desta manera le habla:
«Señor, bien habeis mostrado
vuestro valor por la lanza,
ruego y pídoos por merced
que vaya nuestra batalla
á todo rigor y trance,
para saber si de espada
sabeis ofender tan bien;»
y él, oyendo su demanda,
le concede lo que pide,
y un trecho della se aparta,
é hiriendo los caballos
con una furia tamaña,
se vinieron á encontrar
con sus gruesísimas lanzas,
haciéndoles mil astillas,
casi no se divisaban,
de caballos y de yelmos
y de escudos se encontraban
con tan gran furor y fuerza,
que á todos mucho admiraba;

mas como son extremados,
como una fuerte muralla
se tuvieron en las sillas,
y con gran rigor y saña
se daban tan fuertes golpes,
que los yelmos abollaban,
y sus armas deshacian,
y sus escudos rajaban;
con sus extremadas fuerzas
mortalmente se llagaban,
tanto, que ya todo el campo
de su sangre rojeaba.
Pasadas eran dos horas,
no se conocie ventaja,
como si fuera al principio
la batalla comenzaban
con tan espantosos golpes,
que ya todos se admiraban
cómo no estaban deshechos
segun que se maltrataban.
Pasadas eran tres horas,
ningun cansancio mostraban,
y ninguna mejoría
entre ellos se devisaba;
mas al cabo de cuatro horas
que su lid fué comenzada,
empezaba á desmayar
la Princesa Claridiana,
tanto, que ya todos veian

que habie de ser sujetada;
y como ella esto viese,
desta suerte al Febo habla:
«Desleal, perro malvado,
traidor, de mala canalla,
sin fé, falso, alevoso,
sin virtud, sin Dios, sin alma,
malvado, ¿qué te movió
á dejar desamparada
á la que tanto te quiso
y con firmeza te amaba,
por otra mora enemiga
de ménos valor y fama,
pues sabías de tu ley
ser descreida y malvada?
mira que te pido y mando
que luégo de mí te vayas
do tu nombre oir no pueda,
si quieres que yo no vaya
á desesperarme luégo;
vete, crüel, sin palabra.»
Y como le hubo hablado,
un tal golpe le asentaba,
que le hizo dar de mano,
que casi quedó sin habla,
mas como volvió en sí
y conoció ser su amada
aquella á quien ha ofendido
con su cortadora espada,

con dolor grande y crecido
de rodillas se hincaba,
ruégale le dé la muerte
por la gran maldad que usaba,
y mostrando mucho enojo
del Príncipe se apartaba,
dejándole pensativo,
viendo como así sacara
la sangre de su señora,
y esto tanto le penaba,
que no podie sosegar
y así del campo se aparta;
va á la casa de aquel hombre
donde sus armas dejara,
armóse dellas muy presto,
y sin hablar más palabra
determina de cumplir
lo que su amada mandaba,
y así con dolor terrible
y la memoria cansada,
se despide de su huésped
á perder su vida y alma.

DÉCIMO ROMANCE

del Febo.

Hallábase el alto Apolo
muy molido y fatigado

de aquella larga carrera
que por el mundo habie dado,
sus caballos espumantes
estaban ya tan cansados,
que no pudieran más dar
hácia delante algun paso;
ya comenzaba á esconder
sus muy rutilantes rayos,
que doraban este suelo
de un color tan espejado,
que cada cual en miralle
quedaba regocijado;
el cielo del gran calor
del dia estaba ñublado,
daba muy terribles truenos
y relámpagos airados,
y junto desto caia
un granizo entrevelado
con una agua temerosa
que era gran dolor y espanto,
porque parecia ser
el diluvio ya llegado,
cuando aquel ilustre Febo
caminaba muy penado,
maldiciendo su ventura
que le ha puesto en tal estado,
permitiendo crüelmente
que muera desesperado,
quejándose de sí mesmo

porque todo lo ha causado,
pues que cometió aleve
con su descanso y regalo.
Acusaba á su fortuna
que le dió tan gran reinado,
tan rëal y poderoso
para ser más infamado,
pues la gran maldad que hizo
le tenie todo borrado,
dando la mayor caida
que nunca hombre habie dado;
pues que le convenia ir
á morir desesperado,
para agradar su señora
iba á cumplir su mandado.
Con grandes lloros y quejas
toda la noche ha pasado,
hasta que en amaneciendo
ribera el mar se ha hallado,
adonde vió que un navío
estaba á un mástil atado,
no vido ninguna gente
de quien pueda ser mandado,
y así con mucho contento
del caballo se ha arrojado,
y metiéndose con él
el navío ha desatado,
aunque no lo hubo bien hecho
cuando se quedó admirado,

porque con gran ligereza
el navío ha caminado,
sin que pueda ver de quién
pudiese ser gobernado;
pero bien entendió luégo
ser el navío encantado.
Daba tan veloz corrida
que parecie ir volando,
el cual de mantenimientos
halló estar aparejado,
y á cabo de pocos dias
una tierra ha devisado
de arboledas abundosa,
que la estaban lustre dando;
aunque vido estar sus casas
y castillos derribados,
desea ver alguno,
por poder ser informado
cuya fuese aquella tierra
y quién la hubiese asolado.
Yendo con esta congoja
un gran rüido ha sonado,
y volviendo la cabeza
vido que era un grande barco,
en el cual un caballero
iba apriesa navegando;
pídele por cortesía
que le sea declarado
que qué tierra fuese aquella,

y quién tan mal la ha parado;
el cual, como era cortés,
desta suerte ha razonado:
«Sabed, gentil caballero,
que este lugar es llamado
la Ínsula Solitaria,
porque ántes fué poblado,
y agora por gran desastre
de ninguno es habitado,
porque un animal feroz,
dicho endemoniado Fauno,
el más robusto y furioso
que en el mundo se ha hallado,
se ha criado dentro dél,
y él es quien lo ha arruinado,
echado por tierra todo
cuanto fuera fabricado,
matando sus moradores,
á ninguno perdonando,
sino fué á los que huyendo
á otras tierras se pasaron,
de suerte que de ninguno
este pueblo está ocupado,
sino es de aquel demonio
que tanto mal ha causado;»
y con esto se despide,
que de miedo está temblando.
Dale el Febo muchas gracias
por la cuenta que le ha dado,

y como se paró á pensar,
entre sí ha determinado
de acabar allí su vida,
que allí lo vie aparejado;
con su amado Cornerino
del rico barco ha saltado,
el cual con gran ligereza
de la tierra se ha apartado,
quedando el potente Febo
muy confuso y admirado
porque vió aquel barco ser
por parte mágica obrado,
que del sabio Lirgandeo
de contino era guiado,
porque como era su amigo
sus hechos tomaba á cargo.

UNDÉCIMO ROMANCE

del Febo.

Aquel magnánimo Febo
que morir determinaba
en aquella triste tierra
fragosa y deshabitada,
luégo que se vido en ella,
con gran dolor de su alma
quita la silla al caballo
y sus jaeces de plata,

y como si él lo sintiera
de aquesta manera le habla:
«¡Oh caballo venturoso,
cuando en compañía andabas
de aquel Príncipe potente
que del Catayo se llama,
y agora por gran desdicha
con esta triste compaña,
que tantas veces por tí
de sus contrarios triunfaba,
por ser el más extremado
que en todo el mundo se halla,
quédate á Dios, porque voy
á recebir muerte brava,
para dar contento á aquella
que en todo me rige y manda!»
y como le hubo hablado,
con gran priesa caminaba
á buscar aquel demonio
y mover con él batalla.
El caballo es muy fiel,
dél un punto no se aparta,
mas el Febo con las riendas
crudamente le azotaba,
aunque con algun dolor,
porque en extremo lo amaba,
y con el dolor que siente
por el campo se apartaba,
dejando el Príncipe solo,

que tiernamente lloraba
su mala fortuna y suerte,
pues tan cruel se le mostraba;
y así comenzó á subir
por una áspera montaña
de arboleda tan crecida,
que parecie que llegaba
con sus fines á las nubes,
segun estaba encumbrada.
Con grandísimo trabajo
ya tres horas se pasaban
quel Príncipe la subia
y nunca al fin la llegaba,
hasta que al cabo de cuatro
encima della se halla,
en la cual vido una peña
de jarales rodeada,
y más abajo un gran campo
donde aquel demonio estaba.
Allí comenzó á pensar
si peleará con su espada,
parecióle cosa injusta,
pues que la sangre sacara
con ella de su Princesa,
que á otro ninguno tocara,
especial á un animal
de tan mala y vil canalla;
porque á ninguno viniese
procuraba de quebralla,

y la punta con la cruz
muchas veces se juntaba,
mas no la pudo quebrar
segun era de extremada;
y como el Febo esto viese,
con su fuerza más que humana
la tomó con ambos brazos
y en la peña la hincaba,
dando tan terrible golpe
que hasta la cruz la pasaba,
y con un clavo que halló
unas letras señalaba,
que cómo se iba á morir
decian y declaraban,
tambien la causa y por qué
en el escrito dejaba.
E yéndose á un grande roble
un fuerte tronco desgaja,
y con él se va á buscar
aquella fiera animalia,
y á cabo de poco rato
la vido que estaba echada
durmiendo en el duro suelo,
de catadura tan brava,
que pensó que en el infierno
no viera vision más mala;
y encomendándose á Dios
muy junto á él se acercaba,
el cual, como oyó rüido,

presuroso se levanta,
y como vido al Febo,
con una furia endiablada
arremete para él,
mas el Príncipe le aguarda
con su ñudoso baston,
y en él un golpe descarga,
tal, que su dura cabeza
agramente le maltrata,
porque por boca y narices
mucha sangre derramaba,
y con el dolor que siente
terribles bramidos daba.
Vuelve con ansiosa furia,
y al Príncipe le acertaba
con su mano un tan gran golpe,
que muy mal lo maltrataba,
porque sus agudas uñas
en su cuerpo le apretaba;
vuelve el Príncipe furioso
acrecentando su saña,
y encima de la cabeza
tan gran golpe le asentaba,
que los cascos y cabeza
todos los desmenuzara,
y los sesos esparcidos
por los hombros le saltaban,
y asina dejó allí muerta
aquella bestia endiablada.

Y dando gracias á Dios
en el suelo se sentaba,
para poder descansar
del dolor que le aquejaba;
y se quedó allí, haciendo
vida muy desesperada,
comiendo de algunas frutas
y yerbas que allí hallaba,
denegrido ya del sol,
que gran compasion causaba
á cualquiera que lo viera,
segun que mudado estaba,
y tan flaco y amarillo
que su muerte se acercaba,
y con el cabello largo
que á salvaje semejaba,
quéjase de su querida,
que tan gran crueldad usara,
y tambien de sí, que fué
de su mal la mayor causa.

DUODÉCIMO ROMANCE

del Febo.

Aquel alto Emperador
que tenía á su mandar
la mayor parte del mundo,
poderoso por la mar,

aquella ilustre raíz
de dó pudo diminar
la Princesa Lindabrides
en hermosura sin par,
y padre tambien que fué
del Príncipe Meridian,
de la burla que hizo el Febo
tanto esfuerzo fué á tomar,
que con cólera encendida
envió á desafiar
al Emperador su padre,
enviándole á avisar
que se aperciba de gente,
y que procure juntar
á todos sus valedores,
porque él quiere allí pasar
para dalle cruda guerra
y della no se apartar,
hasta que abrase su tierra
y toda la cristiandad,
porque con tan gran aleve
el Febo le fué á burlar,
menospreciando su hija,
que con él quiere casar.
El Emperador Trebacio
mandó luégo pregonar
la guerra por todo el Reino,
y tambien envió á llamar
á sus parientes y amigos,

que le vengan á ayudar.
La Princesa Claridiana,
como supo la verdad,
que su Febo tan querido
su fé no fuera á faltar,
pues tan gran copia de gente
contra él manda juntar
su padre de Lindabrides
para su maldad vengar,
por una parte está alegre,
viendo cómo fué á engañar
aquella mora enemiga
que la hacie penosa andar,
y por otra está muy triste,
porque así fué á desterrar
á su muy querido amante,
sin alguna culpa hallar;
y con la pena que siente
se comienza aprisa armar,
y subiendo en su caballo
va á su Príncipe buscar
con su doncella Periana,
que la fuera á acompañar.
Iba dando mil sospiros,
que era para apïadar
á cualquiera que la viera,
segun hacie de llorar,
y al cabo de cuatro dias
al puerto fuera á llegar,

donde vió que un grande barco
acababa de parar;
vió que dél un caballero
en tierra quiere saltar,
que era aquel que al grande Febo
quiso tanto gusto dar,
de decir qué tierra fuese
en la quél fuera á habitar,
al cual con muy grandes ruegos
le empieza de suplicar
le diga si acaso ha visto
algun caballero andar
por la mar, con unas armas
de un pescado de estimar,
á la cual el caballero
le responde sin tardar
que él vió á ese que pregunta
en una ínsula entrar,
llamada deshabitada,
porque no se puede hallar
hombre ni edificio en pié,
que todo lo fué á asolar
un endemoniado Fauno
de braveza singular,
y que dentro fué á vivir
y su vida allí acabar.
Como Claridiana oyese
nuevas de tanto pesar,
le pide que le dé el barco

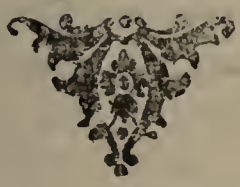
para podelle buscar,
porque el alma de su amigo
se pudiese remediar;
el otro, que es comedido,
el barco le fué á dejar,
y despidiéndose della
con presteza desigual,
el gran barco fué movido
por el recio gobernar
de los diestros marineros,
sin un momento parar,
tanto, que á los quince dias
pudo muy bien divisar
la isla deshabitada,
y en ella tierra tomar;
y como en tierra saltó
sin el yelmo se quitar,
al caballo Cornerino
viera por allí andar,
y la silla polvorosa
en el suelo vido estar;
y viendo estotro caballo
empezó de relinchar,
porque más habie de un año
que otro no pudo topar.

DÉCIMOTERCIO ROMANCE

del Febo.

Ya sospira la Princesa,
ya empieza de sollozar,
entendiendo que está muerto
el Febo que va á buscar;
prosiguiendo su camino
un bulto vió levantar,
parecióle que era fiera
ó algun feroz animal,
y aunque llega junto al Febo,
nunca le quiere hablar
ni decirle cosa alguna
hasta saber la verdad,
si es su Príncipe querido
con quien se piensa casar.
Háblale con gran tristeza,
empezando á preguntar
si ha visto algun caballero
en aquella Ínsula estar,
y como ella conoció,
sin un momento parar
la abrazaba fuertemente,
con un recio lamentar;
ella le conoce luégo,
y empieza de gritos dar,

él sospira y ella gime,
que era cosa de notar,
que casi por media hora
no se pudieron hablar,
y en habiendo descansado
de tan terrible penar,
se cuentan lo que ha pasado
por la tierra y por la mar.
Caminan para su tierra
á las bodas celebrar,
donde con gran regocijo
y alegría singular,
se celebró el desposorio
con grande solemnidad.
Todos dan gracias á Dios,
que les ha dejado llegar
á tener tanto contento
sobre tan duro penar.



SÍGUENSE ROMANCES

PASTORILES,

CON DIVERSIDAD DE GLOSAS Y CANCIONES.

Oid, ninfas y pastores,
los que estais de amor tocados,
el soberano suceso,
el alegre y dulce estado
donde levantó el amor
á su querido Montano,
como yo le oí cantar
sobre la yerba asentado
de la más fresca ribera
que baña el dorado Tajo,
por do corre más ameno,
limpio, puro y sosegado.
Allí con voz pïadosa,
al son del rabel templado,
estaba cantando al cielo
la dicha de que ha gozado,
lo que se sigue decia,
sin pensar ser escuchado:
«Cielo, Luna, Sol, Estrellas,
que dais luz á lo criado,
admirables elementos,

rios, y fuentes, y lagos,
oscuros montes sombríos,
deleitosos verdes prados,
playas, montes y riberas,
altos desiertos y llanos,
sed testigos de mi gozo,
de que quiero cuenta daros,
que no ha de ser á un pastor
tanto bien comunicado,
que no es posible caber
en entendimiento humano,
ni coger en mortal pecho
misterio de amor tan alto;
bien conoceis á Belisa,
que es un perfecto dechado
de lo más puro del mundo,
y lo más aventajado,
pues de toda su grandeza
para sí se ha despojado:
quitó á Vénus su hermosura,
al hijo flechas y arco,
el dulce hablar á Mercurio,
á Júpiter cetro y mando,
la castidad á Dïana,
y la luz al sol dorado,
el valor al fiero Marte,
con que tantos ha domado,
que á los Príncipes terrenos
rinde y fuerza á su mandado;

no hay quien una vez la mire
que no viva lastimado,
pero ser querido della
no lo intenta pecho humano,
ni que su merecimiento
levante á tan alto estado;
siempre tuvo el corazon
libre, exento y descuidado,
gozando su libertad,
de muchas almas triunfando,
entre ellas se está la mia
más que todas abrasando,
despues que vieron mis ojos
su rostro divino y raro,
aunque no lo ví del todo,
que lo impidieron sus rayos,
que si lo viera, quedara
en ceniza trasformado;
no fué menester aquí
flechar Cupido su arco,
que de aquellos soles bellos
salió un pasador templado
en su ardiente y vivo fuego
y en su belleza afinado,
que rompiendo las entrañas
la fuerza al alma han quitado,
y dado la posesion
á la Reina, que se ha entrado
de su soberano nombre

las banderas levantando,
y al aire de mis sospiros
dulcemente revolando.»

OTRO ROMANCE.

Congojas, lágrimas tristes,
sospiros de gran cuidado,
palabras corriendo sangre
con dolor acelerado,
no me salgais por la boca,
por ser ya camino usado,
romped la parte mejor
de mi siniestro costado;
decid las graves querellas
de un amador desdichado,
que un tiempo fué tan querido
cuanto agora es olvidado,
y con penas y dolores
del crudo amor castigado,
siendo el más firme amador
que amor tiene á su mandado.
De la cumbre de su rueda
fortuna me ha derribado
en el centro más profundo
del abismo del cuidado,
de tormentos combatido
y de la vida cansado,

sin esperanza ninguna
de poder ser remediado,
y en esta prision tan dura
de mil penas rodeado,
la tristeza me acompaña,
y así vivo lastimado;
la muerte me será vida,
mas el morir me es negado,
porque más muera viviendo
de tanto mal molestado,
y así maldigo mi suerte
y vivo desesperado.

OTRO ROMANCE PASTORIL.

Orillas del sacro Henares
apacienta su ganado
Persio, pastor sin ventura,
y del amor lastimado;
á sombra de un verde sáuce
está el triste recostado,
metido en gran pensamiento,
solo, pero acompañado
de congojas y sospiros
de que está siempre cercado.
Junto cabe sí tenía
un corvo y duro cayado,
el rabel templando estaba

con sentido destemplado,
y al triste son que tañia
su ronca voz ha soltado;
quéjase de su pastora
porque lo tiene olvidado,
y con un ¡ ay ! de su pecho
desta suerte ha comenzado:

«Lágrimas que mis ojos vais bañando,
sospiros que mi pecho vais rompiendo,
descanso que del alma vais saliendo,
los casos del amor solemnizando.
Congojas que me estais siempre apretando,
dolores que me haceis vivir muriendo,
sentid el menor mal que voy sintiendo,
quizá vuestro furor se irá aplacando.
Y tú, pastora mia, que perdido
aqueste tuyo tienes sin dolerte,
tu condicion ablanda, que es terrible,
Que no es honra afligir á un afligido,
pues no sabes crüel en qué has de verte,
que adonde reina amor todo es posible.»

Y acabando de cantar
cayó en tierra desmayado;
mas despues que despertó
del accidente pasado,
los ojos vueltos al cielo,
desta manera ha hablado:

«¡Ay Dios, ay cruel pastora,
y qué mal pago me has dado!
Bien me acuerdo que decias,
en este florido prado,
que primero faltaria
este pasto acostumbrado,
y se secaria el rio
yendo á beber tu ganado,
y lobos te comerian
tu corderillo el manchado,
primero que tú faltases
la palabra que me has dado;»
y acabando de hablar,
como hombre desesperado,
volvió á tomar el rabel,
con que otra vez ha cantado:

«De amor y de su pena descuidado,
libre de su dolencia y de su fuego,
y sin imaginar en su cuidado,
me hirió con su saeta el niño ciego.
Llevando mis ovejas por un prado,
tejiendo una guirnarda con sosiego,
te vide por mi mal, zagala mia,
pues me robaste el bien que poseia.»

OTRO ROMANCE.

Con voz triste y congojosa
un amante se quejaba
con tan inmensa tristeza,
que el alma se le arrancaba;
púsome en grande temor
las tristes voces que daba,
maldiciendo la fortuna
que tanto le contrastaba,
y llegado junto á él,
creyendo que me llamaba,
vile estar ya casi muerto,
que gran compasion me daba;
lágrimas vueltas en sangre
de sus ojos destilaba,
diciendo desta manera
con voz flaca y quebrantada:
«Pues que te place, señora,
de ver mi vida acabada,
yo procuraré mi muerte
porque quedes más pagada;»
y mirando hácia el cielo,
con el amor razonaba:
«No des tan mal galardon
á quien tan bien se empleaba;
mas lo que os pido, pastores,

siendo mi vida acabada,
me saqueis el corazon
con esta pequeña daga,
y lo deis á mi señora
porque quede descansada,
que él saldrá de tanta pena
y ella quedará vengada.»

OTRO ROMANCE.

Al pié de un hermoso sáuce
está un pastor desmayado;
con las ánsias de la muerte
mil vuelcos dá el desdichado,
con el cabello revuelto
y el rostro desfigurado,
y con ánsia triste y fiera
de dolor amedrantado,
y viéndose así morir,
dice en lágrimas bañado:
«A Dios, mis mansos corderos,
á Dios queda, mi ganado,
á Dios, hato pastoril,
honda, zurron y cayado,
quedaos á Dios, mis mastines,
con quien viví descuidado;
y si acaso algun pastor
pasare por este prado,

y viere mi triste cuerpo
del alma desamparado,
y le diere sepultura
de mi muerte lastimado,
en pago del beneficio
le den mi rabel preciado,
y el manso de mis corderos
y mi cinto tachonado,
con tal que en aqueste sáuce
deje escripto este epitafio:
«Aquí descansa un pastor
de su pastora olvidado,
cuyo nombre fué Nanteo,
de renombre, Desamado;
quien lo mató fué su dama,
á quien amor dará el pago.»
Y pasando dos pastores
por aquel ameno prado,
viéndole muerto, le abrieron
su zurron ribeteado,
y hállanle, entre otras cosas,
un papel ensangrentado,
con estos versos escriptos
que solia el desdichado,
al son del rabel sonoro,
cantar guardando el ganado:

«¡Ay ausencia cruel, ay trago fuerte!
¡ay inmenso dolor, ay pena larga!

¡ay cuerpo sin ventura, ay dura carga!
¡ay lástima no vista, yo he de verte!
¡Ay signio trabajoso, ay triste suerte!
¡ay sola soledad, ay vida amarga!
¡ay esperanza larga, pues se alarga
el tiempo de esperar la dulce muerte!
Muy dulce me sería, pues con ella
mis males habrán fin, mas mi ventura
no quiere que tan presto pueda vella.
Mas ántes por dañarme más, procura
que esté siempre muriendo, con querella
de amor, fortuna, ausencia y desventura.»

OTRO ROMANCE PASTORIL.

Por la ribera del Júcar
va un pastor tras su ganado,
solo, pobre y sin abrigo,
en las montañas criado
al sol, al agua y al frio,
por montes, selvas, collados;
con lágrimas de sus ojos
el gaban lleva bañado,
y entre sí iba diciendo:
«Crudo amor, ya estás vengado;
niño me viste y pequeño,
de trabajos fatigado,

hecísteme que yo amase
más que cuantos han amado,
á la más bella pastora
que jamás guardó ganado,
fuí querido en breve tiempo
y en un momento olvidado,
con quejas moví los montes,
con quejas moví el poblado,
cantando nuevas canciones,
del ciego amor abrasado,
y si alguno te sirviera
no espere serle pagado.»
Y por poder descansar
de su trabajo pesado,
á un alto sáuce se arrima
con su rabel estimado,
por gozar del fresco viento,
y estos versos ha cantado:

«Junto á una clara fuente
estaba un pastorcillo lastimado,
llorando amargamente
de amoroso cuidado,
sobre la verde yedra recostado.
Estaba de tal suerte
metido en gran congoja y pensamiento,
y con ánsias de muerte
publica su tormento
al pié de un alto roble, al fresco viento.

Dice de amor herido,
de tristeza y dolor acompañado:
¿Por qué quieres, Cupido,
que viva tan penado,
un partorcillo pobre enamorado?
¿Por qué con tanta pena
quieres que sienta el mal que agora siento?
Y ausente en tierra ajena,
cada hora y momento
llora su doloroso apartamiento.»

OTRO ROMANCE.

Al pié de una rica fuente,
en lo hondo de un collado,
lugar fresco y apacible
para todo enamorado,
estaba un triste pastor
sobre unas flores sentado,
con la flecha de Cupido
el corazon traspasado.
Ningun acuerdo tenía
de sí ni de su ganado;
con un polido rabel,
de su mano bien templado,
süavemente tañia
en su pastora elevado.
Esparció la voz al viento,

y por todo el verde prado
dejaron todas las aves
el cantar acostumbrado,
y el ganado que pacía
quedó suspenso y parado,
y las aguas cristalinas
el corriente han reposado.
Los ojos puso en el cielo,
todo en lágrimas bañado,
y para mostrar su pena
desta manera ha hablado:

«De celos y de ausencia combatido
me tiene el fiero amor en tal estado,
que me fuera mejor no haber nacido,
pues tengo de morir desesperado.
De la más alta cumbre soy caido
en el profundo abismo del cuidado,
mi mal es sin remedio, pues no hay cura
que valga donde falta la ventura.
No se parte del arco la saeta
vibrada de la mano poderosa,
ni en la region del aire la cometa
encendida no va tan presurosa,
Cuanto desta alma del amor sujeta
parte breve la suerte venturosa,
y el morir que ha de atajar el mal que paso
me huye cuanto más alargo el paso.»

Y no pudo poner fin
á este canto comenzado,
porque el dolor no le deja
que adelante haya pasado,
que en medio de la garganta
la ronca voz ha cortado;
pero desde á poco tiempo
del parasismo pasado,
despertó del triste sueño,
y del zurron ha sacado
una carta que le habia
otro pastor enviado,
diciendo que su pastora
con otro se habie casado,
que era su competidor,
y en ausencia le ha olvidado.
Despues de haberla leido,
quedó suspenso y turbado,
y luégo dijo: «¡Oh pastora,
y cuán mal pago me has dado,
despues de haberte tenido
tanto amor mal empleado!
amor me vengue de tí
y del mal que me has causado;»
y diciendo estas razones,
segunda vez ha tomado
su muy preciado rabel,
y estos versos ha cantado:

«Pues me negaste, pastora,
y te has casado,
plegue á Dios que no goces
el desposado.
Plegue á Dios que ni él de tí
ni tú dél goceis un hora,
pues tan ingrata pastora
quesiste ser para mí;
y que sin él y sin tí,
me halle cuando vuelva al prado.
Amor te cierre la puerta
del descanso y del placer,
para que ventura cierta
ninguna puedas tener;
pues tan sencillo querer,
en tí fué mal empleado.
Con él te dé Dios tal vida
como tú á mí me la das,
y el regalo con que estás
presto de tí se despida,
y de mal dolor herida
con que yo quede vengado.»

Luégo revolvió los ojos
á mirar por el ganado,
y vió que el sol trasponia
por lo alto de un collado,
y las ovejas recoge,
que solas se habian andado;

y á la majada se vuelve,
de tristeza acompañado,
de fortuna perseguido
y del amor olvidado.

OTRO ROMANCE.

En un valle verde, umbroso,
de arboledas adornado,
á la sombra de un aliso
sobre todos levantado,
süavemente cantaba
un pastor enamorado;
ceñida tenía la frente
por el uno y otro lado,
de una guirnalda de flores
hecha de su propia mano,
de los árboles pequeños
estaba bien rodeado,
las aves le respondian
con su canto acostumbrado,
no se quejaba de amor
que le dió tan buen ganado,
que sin esperanza vive
contento y regocijado,
y con palabras lo muestra
que él mismo habie ordenado,
diciendo que no es posible

mudar otro nuevo estado,
y desta suerte publica
su firmeza al verde prado:
«En tanto que entre estas flores
se apacentare el ganado,
y en cuanto los claros rios
con el paso apresurado
vayan á dar el tributo
que al mar suele ser pagado
y mientras los amadores
siguen ó dejan su estado,
sea con eterna vida
aquel nombre celebrado
de la hermosa pastora
que me tiene aprisionado,
cuyos ojos me rindieron,
cuyas manos me han atado,
y en cuyos lazos de oro
gusto de estar enlazado,
por quien esta triste vida
tengo por dichoso estado;
que no espera ya fortuna
con el tiempo acelerado
á borrar del alma mia
aquel hermoso traslado.»
Y como hubo aquesto dicho
fué á recoger su ganado,
y un pastor halló tendido
como de vida privado

á la sombra de una peña,
y un mastin lanudo al lado,
y en las señales conoce
que era aquél su aficionado;
llégase por despertalle
de aquel sueño tan pesado,
y con importunos ruegos
la razon le ha preguntado
que le tiene en tal extremo,
tan rendido á su cuidado.
El pastor, que así lo vido,
todo en lágrimas bañado,
comenzó desta manera
á declaralle su estado:

«Oye, pastor, el triste canto mio,
pues me importunas y fatigas tanto
á que haga tamaño desvarío.
Si á la lengua le dá licencia el llanto,
cantaré la ocasion de mi tormento,
que como no me he muerto ya me espanto.
Saliendo estotro dia muy contento,
cantando solo, al son de mi albedrío,
siguiendo mi ganado á paso lento,
Dentro del agua ví del claro rio
una pastora que encendió este fuego,
y este mal excesivo en que porfío.
Paréme para vella con sosiego,
y amor tan soberana hermosura

en mi corazon puso al vivo luégo.
Mas como indigno soy de tal ventura,
al alma la pasé por dalle asiento,
y morada más firme y más segura.
Gocé de vella á mi contentamiento,
y vide dos estrellas en sus ojos,
y sueltas hebras de oro al fresco viento.
Díla en cambio de ver estos despojos
y otros que por el agua me mostraba,
mi gusto y libertad por sus enojos.
Lavando un blanco velo allí do estaba,
suavemente una cancion cantando,
pensando que ninguno la escuchaba.
Yo, con más atencion considerando,
vide ser su donaire de manera,
que ayudaban las aguas murmurando,
que un corazon de piedra enterneciera.»

OTRO ROMANCE

quejándose del amor.

De amores está Fileno
malherido y maltratado,
de su ventura quejoso
y de la vida cansado,
dudoso de su remedio,
de la ausencia amedrantado,
triste, flaco y amarillo,

destraido y desvelado;
echado estaba de pechos
sobre un torcido cayado,
viendo cómo van sus hechos
de mal en peor estado,
y que ya sus esperanzas
el viento las ha llevado,
y que su amada Filena
la palabra le ha faltado
de venir por su cabaña,
como estaba concertado.
Tras mil determinaciones,
en fin, se ha determinado
que más tiempo no se pierda
del perdido y malgastado,
y de irse del aldea
do fué nacido y criado,
donde no pueda Filena
saber nuevas de su estado,
y poniéndolo en efecto,
así le dice al ganado:
«Quedareis, ganado mio,
solo aquí, desamparado,
buscareis otro pastor
más libre y ménos penado,
que yo voy adonde ordenan
desamores y mi estado,
y no os haga soledad
un zagal tan desdichado,

que más os vale andar solo
que tan mal acompañado;
y vos, mi dulce rabel,
medio roto y mal templado,
que fuistes todo mi alivio
en el buen tiempo pasado,
aquí quiero que quedeis
en esta haya colgado,
porque si, á dicha, Filena
pasare por este prado,
de vos tenga pïedad,
ya que de mí le ha faltado;
y vos, polido gaban,
de mil pastores mirado,
sólo vos ireis conmigo
con mi retuerto cayado,
pues en los trabajos mios
siempre me habeis sustentado,
no será razon que os deje,
pues nunca me habeis dejado,
quiero que muramos juntos,
pues juntos hemos andado,
que segun el grave peso
de que amor me trae cargado,
algun dia quedaremos
yo sin alma y vos quebrado.»

OTRO ROMANCE PASTORIL.

Por una áspera montaña
un triste pastor venía,
un zurron traie cargado,
cayada negra traia,
el pellico trae rasgado,
que de nada le servia,
el cabello crespo y cano
no se peina ni pulia,
los piés traia descalzos,
mucha sangre le corria;
en su siniestro costado
trae una mortal herida,
por no mostrar su dolor
con su mano la cubria,
con sospiros en el cielo
desta manera decia:
«¿Cómo tendré yo consuelo,
ni descanso ni alegría?
¿dónde estás que no te veo,
oh alma del alma mia!»
Sentóse por dar alivio
á su penosa fatiga,
tomando su dulce flauta
estos versos referia:

«Los que estais del bien perdidos
y la fuerza de amor habeis probado,
y los que estais heridos
de amoroso cuidado,
venid á sospirar al verde prado.
Sentid el mal que siento,
pues me trata el amor con disfavores,
llorad mi gran tormento,
mis penas y dolores,
conmigo, zagalejos y pastores.
Venid con triste llanto
á darme sepultura entre estas flores,
y ayuden con su canto
los dulces ruiseñores,
pues muero, sin morir, del mal de amores.»

OTRO ROMANCE PASTORIL.

Llorando está una pastora,
dolor y angustia sentia
viendo su pastor tendido,
casi quitada la vida;
en sus brazos recostado
el cuerpo amado tenía,
y con sus hermosas manos
el zurron luégo le quita,
y las heridas mirando
se quedó amortecida

al pié de una clara fuente
que dulcemente corria.
No sabe entender qué haga
ni ménos sabe qué diga,
y mirando hácia el cielo,
desta manera decia:
«¡Ay fortuna! desdichada
ha sido mi compañía;»
y cuando volvió los ojos
le vió fenecer la vida.
Arrancaba sus cabellos,
rompe el gaban que traia,
ni se cura del ganado,
ni se acuerda de sí misma;
vió venir á dos pastores
con una dulce armonía,
cantando süavemente
en la ribera florida,
esta es la cancion que dicen
por no mostrar su alegría:

«Yo, estando acaso un dia
al pié de un alto roble recostado,
solo y sin compañía,
ví que por medio el prado
pasaba Amor, su arco desarmado.
El aljaba al desgaire
de una cierta desórden bien compuesto,
las alas coge al aire,

el arco descompuesto,
sus ojos bajos, blandos y modestos.
Metido en pensamiento,
con su dorada flecha traspasado,
herido y muy contento
de verse en tal estado,
dejábame á mí atrás muy descuidado.
Y como iba pasando
con paso mesurado, volvió presto,
mas no me caté, cuando
le ví volver el gesto;
¡cuán poco espacio pude gozar esto!
Que luégo en un instante
volvió de presto á mí el niño ciego,
y viéndome delante,
que sintiese su fuego,
fortuna de envidiosa dijo luégo:
«Amor, que á los mortales
robais la libertad con todo el resto,
y vais á tiempos tales
tan descuidado desto,
teneos, Amor; ¿por qué pasais tan presto?»

Y como hubieron llegado,
dijeron con cortesía:
«Pastora hermosa y bella,
grande es tu gallardía;
dínos, ¿qué pastor es ese
que á la muerte parecia?»

Respóndeles: «Un zagal
que ha perdido aquí la vida,
la causa yo no la sé,
la habla tenie perdida;»
los tres le dan sepultura
en la cañada florida.
Estos dos eran pastores,
á quien Cupido tenía
con su venda hecho un lazo,
que casi no determina
á cuál hiere más amor,
ó tiene más cortesía;
los dos quieren la pastora,
y ella no se determina
en cuál pusiese sus ojos,
ó á cuál se quede rendida.
Traban de presto una lucha,
y ella en medio se ponia;
vieron venir un pastor
no ménos en lozanía,
y como supiese el caso,
con los dos se pone en lidia,
llevándose la pastora,
diciendo: «Tú serás mia.»

SÍGUENSE

GLOSAS Y CANCIONES

DE DIFERENTES AUTORES,

DE DONDE SACARÁ EL LECTOR MUCHO AVISO.

Contentamiento, ¿dó estás,
que no te tiene ninguno?
si piensa tenerte alguno,
no sabe por dónde vas.

GLOSA.

Contento, si tú te dieses
como yo te pidiria,
siempre te importunaria

que nunca me despidieses
de tu dulce compañía.
Pero pues ménos te das
á quien más te há menester,
no quiero pedirte más
de que me des á entender
contentamiento, dó estás.

¿Estás en casa de ricos?
no, que nunca están contentos;
¿duras mucho en aposentos
de grandes? no, que son chicos
sus breves contentamientos.
¿Tiénete algun importuno
que te alcance á su deseo?
bien puede tenerte alguno;
pero al fin, ¿sabes qué veo?
que no te tiene ninguno.

¿Tiénente los Reyes? no;
¿tiénente los Papas? ménos;
luego falta hay de hombres buenos,
porque nunca dejo yo
de llorar duelos ajenos.
Y pues todo el mundo es uno
y contento en él no has dado,
contentamiento ninguno,
no lo tiene bien pensado
si piensa tenerte alguno.

Contentamiento, ¿dó has ido?
donde me tendrá doblado
quien se hubiere contentado
de no haberme conocido
sino como de prestado.
En el cielo no te irás
como de la tierra ingrata,
que en volviendo el rostro atrás,
cuando el hombre no se cata
no sabe por dónde vas.

OTRA.

Si el sospiro dá pasion
del corazon á la boca,
¿qué hará si torna y toca
de la boca al corazon?

GLOSA.

Cuando un alma está metida
en profundo pensamiento
y á la ley de amor rendida,
sospira cada momento
con ánsia y pena crecida.
Pues si sola esta ocasion
priva al alma de alegría,
¿qué hará un triste corazon

que sospira noche y dia,
si el sospiro dá pasion?

El sospirar es causado
de pura imaginacion,
si el corazon lastimado
de la amorosa pasion
está herido y tocado;
y así vive padeciendo
cuando tal pasion le toca,
y el sospiro deja ardiendo
las entrañas en saliendo
del corazon á la boca.

Cuando el sospiro ha salido
por la boca del que ama,
deja tal fuego encendido,
que se abrasa en viva llama
el alma, cuerpo y sentido.
Pues si sólo sospirar
del corazon á la boca
al alma suele abrasar,
si al corazon quiere entrar,
¿qué hará si torna y toca?

Sospiro es humo sobrado
del fuego que amor enciende
cuando se ha señoreado
del corazon á quien prende,

y pone en nuevo cuidado.
La diferencia no es poca,
porque si dá gran pasion
del corazon á la boca,
más será si torna y toca
de la boca al corazon.

OTRA.

Que esté mi gloria en no decir mi pena.

GLOSA.

Ya que el tirano amor quiso enlazarme
en lazos de oro de tan alta cuenta,
que estrecho su poder es para darme
remedio al fiero mal que me atormenta.
No me diera licencia de quejarme,
sino que para hacer mayor afrenta
ordene por muy bueno como ordena
que esté mi gloria en no decir mi pena.

De haber mis esperanzas acabado
en el más triste fin que nunca ha habido,
habiendo por la alteza del cuidado
tener un fin dichoso merecido.
De haber de tal venido á tal estado
no estoy de amor quejoso ni corrido,

tanto como de ver que el cielo ordena
que esté mi gloria en no decir mi pena.

Llégame al alma que tras tantos daños
como han por sólo amor á mí pasado,
cortó en agraz amor mis tiernos años
ántes que á fruto lleguen sazonado.
Y que cuando de males tan extraños
libre pensaba verme en dulce estado,
amor me traya tan á la melena
que esté mi gloria en no decir mi pena.

No sé por qué el amor amor se llama,
y si es amor, por qué es tan desabrido,
que habiendo las entrañas en la llama
del amoroso fuego consumido,
Quiera, por sólo engrandecer su fama,
habiendo yo más lágrimas vertido
que tiene granos todo el mar de arena,
que esté mi gloria en no decir mi pena.

De tí quejarme quiero, mi señora,
que no quiero de un ciego dios dar quejas,
cosa que tu beldad tanto desdora;
en tal angustia á mi corazon dejas,
Que á su funesto llanto, cuando llora,
como el áspide atapes las orejas,
y que de desamor estés tan llena,
que esté mi gloria en no decir mi pena.

A DOÑA ANA

DE PUERTOCARRERO,

CONDESA DE PALMA,

DON LOPE DE SALINAS.

SONETO.

Bellísima doña Ana, á cuyo puerto
vienen las almas por diversa vía,
y cuanto bien el largo cielo envía
al vario trato deste mar incierto.
Milagro raro, en quien ha descubierto
el cielo al mundo lo que más podia,
belleza y nido donde amor se cria,
y vee la tierra, en tierra el cielo abierto.
Sois gloria á Palma, nuevo sol al mundo,
que ya miro la palma y los despojos
del uno y otro en vuestra hermosa palma.
Y que primero en tiempo, en luz segundo,
tuvo su lumbre el sol en vuestros ojos,
amor su flecha, y el que os mira el alma.

OTRO DEL MISMO.

Soberana beldad, puerto y carrera
por quien del mundo al cielo se camina,
espíritu divino, á quien se inclina
cuanto se alumbra de la cuarta esfera.

El sol no ha visto, ni mirar espera,
cárcel humana y alma más divina,
por quien no sólo nuestra edad confina,
mas pasa al oro de la edad primera.
Vuestro valor, bellísima doña Ana,
de la region ardiente á la más fria,
os hace eterna y vuestro nombre solo.
Mas pues el cielo os hizo otra Diana,
si os ha de dar igual y compañía,
no falta ménos que un segundo Apolo.

A DOS DAMAS

QUE ESTABAN Á LA LUNA EN UNA VENTANA.

DEL MISMO DON LOPE.

En medio estaba el estrellado cielo
la blanca diosa de la negra gente,
cuando paró con rostro diferente
en oro el puro argento, en fuego el yelo.
En mayor lumbre que al usado vuelo
las puertas abre el sol al rojo Oriente,
dos soles ví, que con dorada frente
tornaban dia y daban gloria al suelo.
Cual ciega mariposa, yo imitando
aquel que por caer á las saladas
aguas dió nombre, quise alzarme tanto,
Que mirando mi bien y no mirando
mi mal, mi bien, las alas abrasadas,
cayó conmigo en mar de eterno llanto.

DE CUEVAS.

SONETO.

Como se viese amor desnudo y tierno,
temblando el triste va buscando un dia
donde escaparse de la nieve fria,
y el yelo mitigar del recio invierno.
Pues viendo acaso el resplandor eterno
que de Tirena y de su faz salia,
lumbre debe de haber aquí, decia,
y entrando, busca su dolor gobierno,
Topó en el seno, el seno dióle enojos,
questaba frio más que nieve el seno,
el corazon, que es piedra, mal le trata.
Huyó del corazon, fuése á los ojos,
y como vió el lugar tan dulce y bueno,
allí quiso vivir y de allí mata.

OTRO DEL MISMO.

Mata el amor, porque la muerte airada
por otra suya le trocó una vira,
no más de por herir de amor con ira
á quien de dar la muerte está excusada.
Hiere Tirena, porque allá llegada,
con sólo que á la muerte vuelve y mira,
ni el arco encara ni la flecha tira,
ántes le arroja y de escapar le agrada.

Pues si se queda con la vira ó flecha
que era del dios de amor, Tirena ingrata,
y con la de la muerte amor condena,
Llamar tanto á la muerte ¿qué aprovecha?
que no hay quien mate ya si amor no mata,
ni hay quien mate de amor sino Tirena.

OTRO DEL MISMO.

Amor se mueve en cualquier parte ó caso
de mi Tirena, y tiempla allí su vira;
si habla ó rie, allí el amor respira,
amor la lleva el pié si mueve el paso.
Si los serenos ojos alza acaso,
de allí mil flechas el amor me tira,
amor los baja, si hácia abajo mira,
hasta si bebe, amor le lleva el vaso.
Todo es amor Tirena y gloria inmensa,
sólo en el corazon ¡ay triste duelo!
jamás se vió el amor ni entrar se atreve.
¿Sabes por qué, Tirena? Porque piensa
perder su fuerza y convertirse en yelo,
que está desnudo amor y él es de nieve.

OTRO DEL MISMO.

Vido á Tirena descubierto el pecho
Fileno, el suyo convertido en lloro,
fija mirando las dos pomas de oro

que le han puesto la vida en tanto estrecho.
¡Ay! (dijo) no es posible que sea hecho
de piedra dura tan gentil tesoro;
no es este, no, aquel de tigre ó toro
que la vida y entrañas me ha deshecho.
Mas viendo que ella un punto no desiste,
su mal oyendo y su tormento puro,
ni áun vuelve el rostro al alabar primero,
Dice llorando, arrepentido y triste:
«más duro eres que piedra, pecho duro,
y no digo que piedra, más que acero.»

A UNA DAMA QUE SE LLAMABA PEÑA.

SONETO.

De una altísima peña está pendiendo
el infeliz Prometeo encadenado,
y un fiero buitre en el siniestro lado,
que le está las entrañas deshaciendo.
Llora su mal, y más se está doliendo
de verse estar con vida en tal estado,
que ni faltan entrañas ni ha faltado
la hambre al buitre que las va comiendo.
En vos, oh dura Peña, desta suerte
amor me prende, y aunque dél me aparto,
se ceba en mis entrañas noche y dia.
Lloro mi mal y el no venir la muerte,
ni estar ya sin entrañas ni amor harto,
y por Prometeo al fin me trocaria.

DE FIGUEROA.

SONETO.

Alma real, milagro de natura,
honor y gloria de la edad presente,
nido de amor, en cuya vista siente
el fuego que á sus súbditos procura.
Si sólo en retratar vuestra figura
se deslumbra el pintor más excelente,
es porque amor de celos no consiente
que os enajene aún sola la pintura.
Ni es bien que imágen tan divina sea
sino de amor, ni que se pinte, escriba
en tabla ó lienzo, en quien el tiempo puede.
En las almas se escriba, allí se lea,
y allí despues de muchos siglos quede
cual es agora tan perfecta y viva.

OTRO DEL MISMO.

Estos, y bien serán pasos contados
cuanto jamás los dió pié doloroso,
que agora dejaré triste, penoso,
con mis amargas lágrimas regados,
Por los más dulces me serán contados
de cuantos en el duro y trabajoso
viaje dado habré breve reposo,
en vano procurando á mis cuidados.

No porque amor ni mi fortuna fiera
alcen de mí su mano airada y fuerte,
ni amanse un poco su crueldad pasada,
Sino porque á morir parto, y la muerte
tan cerca va, que á la primer jornada
la alcanzaré, ya que al partir no muera.

OTRO DEL MISMO.

Paso en fiero dolor llorando el dia,
y cuanto él crece más crece mi llanto,
el dolor no, porque ha llegado á cuanto
cruel fortuna ó hado injusto envía.
Viene la noche, y pienso, ó que encubria
el dia mi mal, ó que jamás fué tanto;
doblo el llorar y caigo en tierra en tanto,
sin el vigor que en pié me sostenia.
Luégo á mis ojos lagrimosos cubre
amargo sueño, y como el llanto cesa,
acrecienta el dolor sueño tan triste.
Rómpolo, y torna; en esto el sol descubre
su rostro, y baño el mio con la espesa
lluvia que tú, cruel Fili, me diste.

OTRO DEL MISMO.

¡Ay de cuán ricas esperanzas vengo
al deseo más pobre y encogido
que jamás encerró pecho herido
de llaga tan mortal como yo tengo!

Ya de mi fé, ya de mi amor tan luengo,
que Fili sabe bien cuán firme ha sido,
ya del grave dolor en que he vivido,
y en quien mi vida á mi pesar sostengo,
Otro más dulce galardon no espero
sino que Fili un poco alce los ojos,
á ver lo que mi rostro le figura.
Que si los alza, y el color primero
no muda, y áun quizá baña sus ojos,
bien será más que piedra helada y dura.

DE VERGARA.

SONETO.

La clara luz del sol resplandeciente
que á la dichosa alegre ánima mia
sereno le mostraba y claro el dia
con el dorado rayo, vivo, ardiente,
Ha mostrado á mis ojos un poniente
de triste noche, tenebrosa y fria,
con tanta escuridad en mi alegría,
cuanta tiene el que está de gloria ausente.
En tal tiniebla, en tanta desventura,
vos, ciegos ojos, sin vuestra luz cara,
sufrid las penas y ásperos enojos.
Contemplad, alma, aquella hermosura,
que despues con aurora, dulce y clara,
vereis el sol y lumbre de mis ojos.

OTRO DEL MISMO.

¡Oh pura honestidad, pura belleza!
¡oh suma discrecion, oh gracia extraña!
¡oh fuego de alquitran, que al alma daña!
¡oh muestra de lo que es naturaleza!
¡Oh brocado plantado en tu cabeza!
¡oh soles cuyo rayo es la pestaña!
¡oh rosas que en la sangre y leche os baña!
¡oh perlas que en coral tienen firmeza!
¡Oh marfil perfectísimo del cuello!
¡oh rayas que de azul labrais el pecho!
¡oh pecho más que roca duro y fuerte!
En vos natura echó el remate y sello,
con vos queda el amor bien satisfecho,
de vos, porque matais, se queja muerte.

OTRO DEL MISMO.

Mirad, señora mia, en el estado
que amor me tiene y su engañoso enredo,
y vereis cuál señala con el dedo
vuestro dichoso y mi infelice hado.
Amada siempre vos, yo desamado,
vos poderosa, yo que nada puedo,
vos atrevida, lleno yo de miedo,
riyendo vos de lo que yo he llorado.

Mas ya que crueldad y amor han sido
en vos y en mí, señora, de tal modo,
que para el desden vuestro no hay escudo;
Pues muero, al ménos quedará sabido
por ejemplo en el mundo mi mal todo,
si ya no me mandais que muera mudo.

DEL MAESTRO CÁMARA.

SONETO.

Suelen mis ojos hechos agua y fuego,
cansados de sufrir el triste llanto,
olvidarse de mí, y así, entre tanto,
ser rendido del sueño y del sosiego.
Mas con el alma me concierto luégo,
y del pesado sueño me levanto,
y ella os representa y yo me espanto,
y á contemplaros temeroso llego.
Voy á llamaros como os veo presente,
mas vuestro nombre luégo dice: calla,
estima tan divina vista y llora.
Y entiendo vuestro nombre claramente,
pues esto todo sólo en él se halla,
y en vos una dureza tal, señora.

DE MARCO ANTONIO,

poeta laureado en la insigne Universidad de Alcalá.

SONETO.

Salid con alma enferma y dolorosa,
lágrimas las postreras de mi llanto,
sin esperanza ya de poder tanto
que se enternezca Silvia rigurosa.
Salid, mostrad mi muerte lastimosa,
sospiros por haber amado tanto,
que aquel alma cruel pusiera espanto
si no pudo hacerla pïadosa.
No cureis de piedad, que no la espero,
pues el mal á tal punto me ha llegado,
que aunque me den remedio no le quiero.
La muerte me pondrá en mejor estado,
sabrá el cielo la causa porque muero,
y el mundo de qué suerte soy tratado.

DEL MAESTRO ARCE.

SONETO.

¡Oh! ¿cómo nunca amor cura la herida
que en mis tiernas entrañas tiene hecha,
pues con airada mano y dura flecha,
por do su jara entró salió mi vida?

¿Cómo no sana un alma á sí rendida?
y si la sana, ¿cómo está deshecha?
si la deshizo, ¿para qué aprovecha
quejarme, si mi queja no es oida?
Mas ¡ay! que no es amor el que es culpado,
que él sanara mi mal aunque tan fiero;
la culpa es de mi duro y triste hado,
Que estando de una dama apasionado,
me respondió riyendo: «Sin dinero
no pienso dar remedio á su cuidado.»

DE JUAN DE LA FLOR,
contra el amor.

SONETO.

¡Oh quién fuese de amor tan apartado,
que nunca del amor jamás tratase,
porque de amor no fuese, ni pensase
ser dél, ni por amor fuese el cuidado!
Porque de amor no fuese lastimado,
ni ménos amador, á amor osase
llamarle ques amor, mas que olvidase
á amor, porque viviese sosegado.
Mas ¡ay! que amor en sí es de tal suerte,
que en sólo que de amor sea hombre tocado
amor al corazon deja vencido.
Y así queda en amor tan recio y fuerte,
que sólo aqueste amor es remediado
del mesmo amor de que es amor herido.

CANCION DE LISIS Á ISMENIA.

DEL MAESTRO CÁMARA.

El largo curso que descubre y pasa
cuanto la tierra, el mar, el aire, el fuego,
de cielos y planetas ha escondido,
en los discursos varios que ha traido
del fértil tiempo el más turbado y ciego,
no ha visto mal tan sin remedio y tasa.
¡Oh suerte fiera, escasa!
¿cuál cielo esconde cosas espantosas,
terribles, temerosas,
que no sean mis estampas naturales,
y den claras señales
del riguroso estado que poseo?
la historia misma leo
como la ordena amor y la limita,
y como el alma la descubre escrita.
Un ave vuela donde nace el dia,
que tiene por morada el elemento
que del agua y el fuego está abrazado;
mas los discursos largos no han hallado
que jamás en la tierra haga asiento:
nace en el aire, y en él se alienta y cria.
Clara figura mia,
que en sólo el aire vivo sospirando,
mil daños restaurando,

entre el agua que de mis ojos llueve
y el fuego que se mueve
dentro del corazon, que está abrasado;
estoy ciego y turbado,
y aunque sin ojos, cuanto pasa veo,
sin abatirse á tierra mi deseo.

Nace una fiera adonde el sol no alcanza,
que abrasa y arde el enemigo fiero,
si cuando huye, sus pisadas toca
y enciende el aire dentro el pecho y boca,
y de sí le despide tan ligero
que al daño pone justa la venganza.
Bien viva semejanza
de la que huye mi contento y gloria,
que si con la memoria
sus pasos sigo, cuando más se aleja,
conozco que me deja
ardiendo en fuego que en mi pecho enciende,
y el alma no defiende
tan extraño poder, y se retira,
ni siente el daño ni en sus males mira.

Esconde Ciro cerca del Oriente
una piedra tan rara y poderosa,
que cuanto toca, en piedra vuelve y muda;
y es de condicion tan fiera y cruda,
que en nuevas fuerzas siempre victoriosa,
el daño hace y la ventaja siente.
Amor, clara y presente,
muestra esta historia en mi espantoso estado,

pues me siento mudado
en una piedra dura, helada y fria;
porque si acaso envía
las lumbres bellas de sus claros ojos,
los últimos despojos
rindo del alma, y del calor desnudo,
en una piedra siento que me mudo.

Cerca del Mediodía está una fuente
que nace con el sol, y con él dura,
cuando del rico albergue está apartado;
mas si los claros rayos ha enturbiado
con la tiniebla negra, triste, oscura,
de las doradas aguas queda ausente.
Ansí veo la corriente
que de mis tristes ojos se deshace,
y así como el sol nace,
y así mientras le miro estoy ardiendo,
si se aparta me enciendo,
y así si los hermosos rayos vuelve
el fuego me resuelve,
y así dejo el llorar, ceniza hecho,
gastada la humildad dentro del pecho.

Dos fuentes nacen del monte Litarino,
de extraño sér y nueva diferencia,
más que la antigua edad escribe ó cuenta;
la una la memoria cria y aumenta,
la otra (como muestra la experiencia)
olvida el claro ó áspero destino.
Conveniente camino

para entender el fin terrible y fiero
adonde vivo y muero;
con el acuerdo triste y temeroso
de mi estado dudoso,
y con el agua del eterno olvido
del bien, si alguno ha habido
aunque olvidado, cosa no se olvida
que la memoria amarga ó triste impida.
Cancion, si en su tesoro
contra el furor del tiempo eterna fama
no te defiende ó llama,
sigue á lo ménos aquella fiera esquiva,
y allí verás la historia clara y pura,
que aquí no tengo más de la figura.

ÉGLOGA

Y FLORESTA PASTORIL

MUY GRACIOSA,

DE CUENTOS Y PREGUNTAS.

Llevaban su ganado repastando
por un ameno prado y deleitoso,
unas veces tañendo, otras cantando,
Arsenio, Coridon y Nemoroso.
Sus rabeles y flautas concertando,
haciendo dulce son al valle umbroso,
y mientras sus ganados repastaban,
dentro de una espesura se sentaban.
Solian recogerse estos pastores
al tiempo de la siesta en la espesura,

agora refiriendo sus amores,
agora de sus ninfas la hermosura.
Y á poco rato que en las tiernas flores
sus cuerpos recostaron, con dulzura
oyeron dulces voces, que sonaban,
de tres pastoras bellas que cantaban.

Eran la hermosa Cintia y Filodora,
y la bella Zarfira, más que humana,
que desde que salió la blanca aurora
andaban repastando una mañana.
Mas venida del sol la ardiente hora
que marchita la flor húmida y cana,
se fueron recogiendo á la floresta,
para mejor pasar juntas la siesta.

De los pastores fueron conocidas,
y ellos de las pastoras bien mirados;
ellas de los pastores son queridas,
y ellos de las pastoras son amados.
Ellas á los pastores dan las vidas,
y ellos á las pastoras sus cuidados;
ellas gustaron de se hallar con ellos,
pero el placer mayor fué el gusto dellos.

Habie una estancia dentro en la floresta,
contra el calor del sol fresca y sombría,
que al rayo claro de la ardiente siesta
el paso le negaba y defendia.
Entrados dentro en regocijo y fiesta,
conciertan de pasar juntos el dia;
sentados cada cual con su pastora,

desta suerte les habla Filodora:
«Razon será, dulcísimos pastores,
para que el tiempo en más placer pasemos,
que algunos casos nos conteis de amores,
ó algunos cuentos dulces que gustemos.
Y porque el tiempo no se pase en flores,
ni el lugar ni ocasion que ahora tenemos,
el primer cuento nos le cuente Arsenio
con la agudeza de su claro ingenio.»
Arsenio, que en las faldas recostado
estaba de Marfira, y sin sentido,
porque amor y Marfira le habian dado
á manos llenas el favor cumplido,
se levanta y responde, aunque turbado,
y el rostro en viva grana convertido:
«Más por cumplir, pastora, el mandamiento
le contaré, que por contar el cuento,
Con tal que Coridon y Nemoroso,
cuando yo acabe de contar el mio,
cada cual cuente algun cuento sabroso,
que lo será si es suyo, yo lo fio.
Y en tanto contaré un cuento gustoso,
ó por mejor decir un desvarío
que soñé de Marfira, y así es justo
que esteis atentos, quél os dará gusto.»

Sueño de Arsenio.

Cuando el mayor planeta su jornada
acabó con su curso presuroso,
y al tiempo que la gente fatigada
daba al cuerpo cansado algun reposo,
y al tiempo que mi alma desvelada
velaba el cuerpo y sueño más sabroso,
amor tocó (á tal tiempo que dormia)
á rebato en mi pobre fantasía.

Parecióme que estaba en medio un prado
entretejido de diversas flores,
de azucenas, jazmines, adornado,
y variedad de lilios y colores.
Habiendo el prado y valle celebrado
con músicas los dulces ruiseñores,
y en medio una alta fuente cristalina,
no hecha de arte humana, mas divina.

Encima de la fuente el dios Cupido
una jara flechaba rigurosa
contra un amante que le está rendido,
y una dama captiva, pero hermosa.
Con una flecha á entrambos habie herido,
y así en amar no se llevaron cosa;
Piramo y Tisbe eran los amantes,
bien desdichados, pero más constantes.

A un lado parecie Dafne esculpida,
huyendo de su Apolo enamorado,

él con voz temerosa y áun temida
la ruega tenga el paso acelerado.
Pero ella entiende, si dél es asida,
el virginal honor la habrá violado,
convertida en laurel por cierto ruego
se queda á tres Apolo de buen juego.

De la otra parte ante una dama estaba
el dios de Amor hincado de rodillas;
tanta agua de sus ojos destilaba,
que parecien dos mares sus mejillas.
Con un desden el arco le quebraba,
haciéndole las flechas cien astillas:
por conocer la dama, imaginando
estuve boqui-abierto adevinando.

Y el corazon, que nunca miente á cosa,
me dijo: ¿no conoces esa dama?
pues esa es la más bella y más hermosa
que alumbra el sol en cuanta tierra inflama.
Pero como la ví tan corajosa
contra un niño que áun le cria su ama,
no quise declararla mi tristeza
por no experimentar tanta crueza.

Por la parte que cae hácia el Oriente
estaban otra dama y un su amante,
llorando él triste, amarga y fieramente,
mas ella el corazon como un diamante.
Las lágrimas que caen dentro en la fuente
un arroyuelo causan abundante,
mas ella, despreciando estos despojos,

áun á miralle no volvia los ojos.
A un lado del lloroso mozo estaba
una dama hermosa á maravilla,
con voz humilde á estotra suplicaba
que de su amante tuviese ya mancilla.
Pero la desdeñosa dama, airada,
le responde: «Molesta mujercilla,
tomáosle para vos aquese loco,
y á mi servicio entrambos valdreis poco.»
De la respuesta algun tanto corrida
quedó la dama hermosa, aunque ha callado,
siendo de tantos Príncipes temida
y su poder de dioses respetado.
De sola aquesta no es obedecida,
porque fué su belleza en mayor grado;
y en esto, embelesada el alma mia,
sentí un rüido que detrás se hacía.
Sentí abrir dos puertas cristalinas,
por las cuales salian dos damas bellas
con un par de guirnaldas de oro finas,
que relumbraban como dos estrellas.
En su semblante á dos diosas divinas
semejaban, y viéndome ante dellas,
pensando que bajasen desde el cielo,
hinquéme de rodillas en el suelo.
Con un gentil donaire y apostura
llegaron donde yo estaba hinojado,
y con semblante humilde y gran mesura
me levantan del suelo arrodillado.

Y aunque era por extremo su hermosura,
igual comedimiento no ha faltado,
y apartada la una un poco afuera,
hablarme comenzó desta manera:
«El dios de Amor, á quien somos deudoras
de las gustosas almas que gozamos,
nos escogió por sus embajadoras
para que de su parte te digamos:
Que aquí le aguardes, que ántes de dos horas
te hablará en la fuente donde estamos,
y tratará contigo un caso extraño,
á gran provecho tuyo y no á su daño.»
«La peticion por cierto es muy honesta,
les respondí á las dos de la embajada;
mi excusa se tendrie por deshonesta
si yo le rehusase su jornada.
Para servirle el alma tengo presta,
y así le pienso hablar en su morada;»
respóndenme riyendo y apartadas:
«No penseis que en llegando son soladas.
No entra en su casa gente así cualquiera,
solos favorecidos amadores,
y gente que de dentro y por de fuera
sienta el mal que se siente en los amores.
Gente que por llegar á su bandera
pasaron acerbísimos dolores,
pero aunque más que todos has pasado,
el ser favorecido te ha faltado.»
«Hermosas damas, las repliqué luégo,

pues por favor la casa me es vedada,
una pintura declarad, os ruego,
que está en aquesta fuente fabricada.
¿Quién es aquel galan que en vivo fuego
se arde delante aquella dama airada?
¿quién es la dama que está por él rogando?
y la airada tambien id declarando.»
Respóndeme una dellas: «¡Cuán cegado
estás, pues no conoces tal pintura!
quien conoce lo vivo, lo pintado
no es mucho que conozca si hay cordura.
Mas quien por tal belleza se ha trocado
no perder todo el seso era locura,
que hombre de poquito seso fueras
si por ella todo el seso no perdieras.
Si gustas de saber quién sea la dama
que está contra los dos ira mostrando,
es la que causa y causará tu llama
mientras la tierra el sol fuere alumbrando.
Y aquel galan que tan de veras ama
eres tú, que la sigues siempre amando,
y el caso que hace de tu amor sobrado
es cual de un vil pastor un gran perlado.
Pero la dama que ha sido agraviada
de la respuesta rigurosa y dura,
es la que nació en la mar salada
por excelencia diosa de hermosura.
De todas las naciones es rogada
en las lucientes sillas de su altura,

pero á rogar por tí de allá ha bajado,
mas en verdad que lleva buen recaudo.
Y pues lo que deseas has sabido,
quédate en esta fuente, que nos vamos
á darle tu respuesta al dios Cupido,
que dirá ya que mucho nos tardamos.
Mas ten cuenta que seas comedido
con nuestro Rey, cuando con él volvamos;»
fuéronse, y dió un sonido de repente,
volví los ojos, y no ví más la fuente.
Viéndome triste, solo y afligido,
cubierto el corazon, caí desmayado,
mas despues de cobrado mi sentido,
hallé una dama á mi siniestro lado.
De amarillez es todo su vestido,
que una larga soga me ha mostrado,
diciendo: «Si con esta te ahorcares,
te aliviarás de todos tus pesares.»
En acabando de decir aquesto
al punto un recio viento se levanta,
erízaseme el pelo, y todo el gesto
se demudó, que sólo en verla espanta.
Árboles, rosas, flores, todo el resto
destroza el viento, y no le queda planta;
y óyense dentro dél tales bramidos,
como si del infierno sean salidos.
Retumba el fiero Bóreas con pujanza,
sueltos andan allí los cuatro vientos,
si sale un trueno, luégo otro le alcanza,

allí no hay dividir los elementos.
De luz ni claridad no hay semejanza,
lugar para mil muertes y tormentos,
suenan bramidos tal con vocería,
como si fuera aquél el postrer dia.

El aire, el agua, el fuego y áun la tierra
andan mezclados y entre sí disformes,
moviendo el uno al otro cruda guerra,
y en cosa alguna no se hallan conformes.
La discordia de éstos mi alma atierra,
quizá por mis pecados tan inormes,
y por pedir perdon y algun consuelo
alcé mi corazon á Dios del cielo.

Diciendo: «¡Inmenso Dios, cuya piedad
nunca faltó para los pecadores,
mas ántes con mayor benignidad
les das lugar que enmienden sus errores;
Con corazon contrito de humildad
confieso ser mis culpas muy mayores,
suplícote, Señor, si aquí muriere,
mi alma de tu amor no desespere!»

Apenas mi oracion hube acabado,
cuando las nubes dejan claro el cielo,
los aullidos y truenos han cesado,
de tempestad y vientos no hay recelo.
Adonde la amarilla dama ha estado
hallé una verde yerba, que consuelo
me dió, diciendo: yo soy la esperanza,
que quien espera en mí todo lo alcanza.

Y así porque has estado tan constante
alcanzarás todo lo que deseas;
ten cuenta vaya así de aquí adelante,
y si otra vez te hablare no la creas.
Sirve á tu dama, séla fiel amante,
ten esperanza aunque morir te veas,
que hasta que un galan sea bien querido
muchos zapatos ha de haber rompido.

Quédate á Dios, y ten firme esperanza,
mira no te la quite la amarilla,
que tu muerte ó tu vida está en balanza
si no la sigues ó si quies seguilla.
Yo haré que en tu dama haya mudanza,
si fielmente prometes de servilla;
mas yo la respondí: Dama graciosa,
desde aquí la confieso por mi esposa.

Prometo de servirla hasta que muera,
con favores ó no, como quisiere,
y de quererla hasta la postrimera
hora que el alma de mí se partiere.
Y áun despues que el alma vaya fuera
del cuerpo, la querré como pudiere,
por ser su hermosura de tal modo
quel resplandor del sol ante ella es lodo.

Pero ¿por qué os vais, señora mia,
diosa de mi esperanza y mi consuelo?
quedaos un poco aquí en mi compañía,
no me dejeis tan solo en este suelo.
Mas respondió que el irse convenia,

y así desparecióse con un vuelo;
quedéme solo cual ántes estaba,
y el fresco valle en lágrimas bañaba.
Solo y penoso, triste y sospirando,
estaba en aquel valle y casi muerto,
con lloros y sollozos ablandando
los animales fieros del desierto.
Y ya que de afligido y desmayado
me iba, oí tocar con gran concierto
una música dulce de clarines
como si la tocaran serafines.
Al son parece que recobré algo
de mi sentido, ya casi sin tiento,
y del llanto en que estaba alegre salgo
á ver quién me habia dado tal contento.
Cual suele el afligido y triste galgo
que pierde á su señor, y descontento
de no oirse llamar, pierde el sentido,
mas á la voz del amo ha revivido.
Venien seis damas, todas bien guarnidas
de ricos aderezos de morado,
con sayas verdes dentro entretejidas,
cuchilladas de tela de brocado.
Las sayas que de dentro traen vestidas
tiene cada una un rico recamado
de perlas, margaritas y jacintos,
haciendo al rededor cien laberintos.
En sus cabezas rubias traen tocados
de tanta estima, que era espanto vellos,

de esmeraldas, diamantes, adornados,
carbunclos y rubíes vienen en ellos.
Y fuera de las sienes traen colgados
como el oro de Arabia unos cabellos
con tanto resplandor y lozanía,
que escurecian el sol á medio dia.

Un poco más atrás juntas venian
tres damas con tres arpas concordadas,
y el donaire con que ellas las tañian
dejaba cien mil almas transportadas.
De amor buenos sucesos referian
sus delicadas voces concertadas,
que dan contento al que es favorecido,
y consuelo tambien al afligido.

Parece que aliviada mi congoja
á oir tal armonía me levanto,
y que el dolor al dulce son se afloja,
desterrando de mí mi triste llanto.
La soledad me hacie que cada hoja
que mueve el viento me causase espanto,
pero animado con tal compañía,
ni á tigres ni leones no temia.

Tres damas más atrás venien compuestas
al uso pastoril con tres pastores,
delgadas tocas en sus rostros puestas,
las ropas y las sayas de colores.
De aire y gallardía bien apuestas,
en el bailar mostraban sus primores,
haciendo todos seis un tal cruzado,

que el sol á sólo verlas se ha parado.
Detrás destas pastoras cerca viene,
en alto levantado un estandarte,
una dama en sus manos le sostiene,
con las armas de amor en cada parte.
Con un letrero que al rededor tiene,
que dice: «De mí mismo no soy parte;
mi corazon la dí, no tuve más,
á la dama que viene aquí detrás.»
El letrero me puso algun deseo
de conocer qué dama fuese aquesta,
y no lo hube pensado cuando veo
dos damas y un muchacho en la floresta.
El muchacho desnudo y sin arreo,
ni venda ni camisa no trae puesta,
el arco, las saetas y el aljaba
la dama del letrero las llevaba.
En medio dellas viene algo modesto,
los ojos lagrimosos, contemplando
la hermosura que natura ha puesto
en la dama por quien viene llorando.
Pero no la hube bien mirado al gesto,
cuando la conocí, y sospirando
la dije en alta voz, porque me oyera:
«Socorredme, mi luz, ántes que muera.»
Oyó la voz mi dama, y con presteza
volvió por sólo ver quién la habia hablado,
tambien Cupido al punto la endereza,
mas ya yo estaba ante ella arrodillado.

Habló con la otra dama, que en belleza
ninguna sino es ésta la ha igualado,
diciendo: «Madre Vénus, dulce amada,
¿es éste al que enviamos de embajada?»
«Sí, hijo, respondió; mas ¿por qué estais
tan crüel con quien siempre os ha servido?
por vuestra vida le favorezcais,
vuestro vasallo es, no va perdido.
La culpa que en aqueste mozo hallais
vos la teneis, pues que le habeis herido.»
Respóndele el muchacho: «Madre mia,
sabed que para mí la tomaria.
Estoy de su belleza enamorado,
tanto, que es imposible remediarme;
mi alma y corazon la he entregado,
de su dulce prision ya no hay librarme.
Mas ¿no mirais cuán descortés ha estado
este galan, queriendo así afrentarme,
publicando á esta dama su dolor,
sabiendo que yo soy su servidor?
Ningun hombre mortal la ha merecido,
á mí que soy su amor es reservada;
Titon ni el gran Tonante no han podido
librarse de su flecha enerbolada.
Pues Príncipes tan grandes la han servido,
y nadie della ha alcanzado nada,
¿por qué este loco en alta voz la llama,
sabiendo que la sirvo y es mi dama?
Y pues su atrevimiento y frenesía

son dignos de castigo, sin clemencia,
no usando con él de tiranía,
le privo de su dama y mi presencia.
Y mando que de aquesta compañía
se parta sin excusa ó resistencia,
y si el partirse no fuere de agrado,
de mi gente de guarda sea forzado.»

Apenas sus razones se acabaron,
cuando viene un terrible torbellino,
con el polvo los ojos se cegaron,
que abrillos por un rato no convino.
Mas despues que su luz los mios cobraron,
ví venir una dama en el camino,
la cual junto á Cupido se llegó,
y la dama de los brazos le sacó.

Pero despues que la sacó de allí,
con rostro alegre á mí me la presenta;
que fuese la esperanza conocí,
que ya me habia sacado de otra afrenta.
De la mano me toma, y dice así:
«Si quieres que tu alma esté contenta,
abraza aquesta dama, y gozarás
lo que ningun mortal gozó jamás.»

Metida que la tuve entre mis brazos,
la música de Vénus festejaba;
haciendo el son con mil dulces abrazos,
mis ojos de los suyos no quitaba.
Mi ventura, que en estos embarazos
de tenerme engañado se cansaba,

me hizo recordar, y desperté,
y en mi cama fatigado me hallé.»

Fué tanto el gusto que dió
el dulce y sabroso cuento,
tanto lo que contentó,
que diera mayor contento
no acabar cuando acabó.
Porque con tanta agudeza
y con tan sutil ingenio
pintó al vivo su firmeza,
que casi mostró el Arsenio
amar por naturaleza.
Los ojos pone en Marfira
cargada de sus despojos,
y aunque en secreto sospira,
sirven de lengua los ojos,
con los cuales habla y mira.
Quiso probarla, aunque quedo,
á descubrir más su amor,
mas un desmayo, un temblor,
una turbacion y un miedo
le quitó la habla y color.
Pero remedió su mengua,
su desmayo y turbacion,
con juzgar que en tal pasion,
aunque no hable la lengua,
no está mudo el corazon.
Con el ánsia y agonía

quel confuso Arsenio estaba,
dos mil veces procuraba
hablarla, mas no podia
porque el temor lo estorbaba.
¡Oh cuántas veces se puso
á decir lo que queria,
y cuántas que se dispuso,
y cuántas se arrepentia
por hallarse más confuso!
No puede disimular
el fuego de su pasion;
siente en alto levantar
la llama en el corazon,
que el alma le ha de abrasar.
Siente que de cuando en cuando
alza los ojos Marfira,
y le está atenta mirando,
y otras veces los retira,
con que más le va enlazando.
Ámala tan sin compás
que el mirarle es por demás,
que es como en ardiente fragua
echar poco á poco el agua,
pues se enciende el fuego más.
Marfira, que entendió luégo
el grande desasosiego
y turbacion de su amante,
porque no pase adelante
quiere echar agua en el fuego.

Y áun casi hablarle no osa
por no mostrarse liviana,
y como está vergonzosa,
muestra su cara amorosa
mezclada de leche y grana.
Pero al fin se determina
de hablarle, y dice: «Pastor,
á no conocer tu amor,
no me gozara por digna
de gozar tan gran favor.
Porque claramente sé,
si de veras no me amaras,
que ni de mí te acordaras,
ni tu libertad ni fé,
pastor, por mí la trocaras.
Y si tan alta ventura
quieres que goce y posea,
ya que el sueño sea locura,
ya que en el sueño no crea,
quiero creer la soltura.
Que por las muestras que das
del amor que me has tenido
y del que siempre tendrás,
me obligas te quiera más
que en mi vida te he querido.
Y al alto cielo pluguiera,
pues no he podido pagarte,
pastor, como yo quisiera,
que al ménos me concediera

el jamás de mí apartarte.
Mas plega á Dios que algun dia
pueda pagarte, pastor,
tanta firmeza de amor,
que en la paga que te haria
tú me quedarias deudor.
Y aunque agora quede falta
por no pagarte con obra,
el alma, como más alta,
pues la voluntad le sobra,
podrá complir esta falta.
Y desde aquí te prometo,
que en público ni en secreto
otro que á tí no reciba
por esposo, aunque yo viva
en más soledad y aprieto.
Y entónces, pastor, serán
nuestros trabajos cumplidos,
porque juntos se verán
nuestros dos cuerpos unidos
como las almas lo están.
Y porque en contento y fiesta
es bien que pasen la siesta
estos preciados pastores,
no quiero ser más molesta
con tan prolijos amores.
Y pues le has dado contento
á la hermosa Filodora
en cumplir su mandamiento,

yo quiero que cuente agora
su Nemoroso otro cuento.»
Y así los ojos volviendo
á do Nemoroso estaba,
vió que á Filodora hablaba,
y ella se estaba riyendo
de ciertas quejas que él daba.
Y así le dice: «Pastor,
aunque muestre atrevimiento,
os pido conteis un cuento,
fiada en vuestro valor
más que en mi merecimiento.
Que si Filodora mandó
contase un cuento amoroso
Arsenio, y él lo contó,
contad vos otro gustoso,
pues os lo suplico yo.»
Nemoroso, que entre sí
se siente confuso allí
por lo que pide Marfira,
á su Filodora mira,
y ella hace señas que sí.
Y entónces con alegría
responde: «Señora mia,
por si acaso no cumpliere
con lo que debo y querria,
recebid lo que pudiere.
Porque un caso extraño y tal
pienso, pastoras, contaros,

y de tal suerte ablandaros,
que aunque fuérades metal
pensara en cera tornaros.
Y es el cuento que he escogido
de un pastor de aqueste ejido,
y aunque el caso es lastimoso,
pienso que os será gustoso
si me dais atento oido.

Cuento de Nemoroso.

ELEGÍA.

En una fresca vega
cuya frescura una sonora fuente
la cerca en torno y riega,
á do jamás se siente
el son que hace en las guijas la corriente,
De las hojosas puntas
de los umbrosos árboles y altura
enredadas y juntas,
impide su espesura
que el sol no halle paso á la frescura.
Tan vario el prado ameno
se mostraba á la vista en los colores,
tan agradable y lleno
de variedad de flores,
que á quien no los tuviere pondrá amores.

La mano en la mejilla
le tiene á un pastorcillo su cuidado,
la color amarilla
y el cuerpo recostado,
y el codo entre dos ganchos del cayado.
Sin memoria ni acuerdo,
la mitad del gaban se le caia
por todo el brazo izquierdo,
y al suelo descendia,
y el hombro el otro medio detenia.
Bien muestra el pastorcillo
la pena en que le ha puesto el pensamiento,
pues por cualquier carrillo
esparce ciento á ciento
aljofaradas lágrimas al viento.
Vuelve de la congoja
con un sospiro que estremece el suelo,
al llanto el freno afloja,
rompe al silencio el velo,
y con sospiro y ojos llega al cielo.
Como si el cielo hubiera
sido contra el pastor, así le mira,
ó como si tuviera
su dama, ansí sospira,
y sospirando dice: «¡Ay, mi Zarfira!
Cruel Zarfira mia,
¿qué culpa cometí que pueda hacerte
que en la mitad del dia
me anochezca, de suerte

que sea tu olvido causa de mi muerte?
Si acaso alguna culpa
hubiere por descuido cometido,
mi color por disculpa
te doy del mal sufrido,
no muera en las tinieblas de tu olvido.
¿Por qué la muerte airada
(en pago de haber sido tan querida)
me das, pastora amada?
¿por qué, desconocida,
quies dar la muerte á quien te dió alma y (vida?
¿Qué más podrias, pastora,
contra un pastor que más te aborreciera,
hacer que has hecho agora,
airada, cruel y fiera,
mostrarte ingrata y que en tu olvido muera?
Ingratitud y olvido
dos cosas espantosas son y feas,
sólo te ruego y pido
que ingrata no lo seas,
así te goces como tú deseas.
Así, pastora hermosa,
tengas contento con quien bien quisieres,
que no seas desdeñosa;
pero si serlo quieres,
al ménos no lo muestres, si lo fueres.
¿Qué más, pastora bella,
quereis de un alma que por vos sospira,
que ser señora della?

pero si no, Zarfira,
vuestro furor secute en mí su ira.
Mostróse un tiempo el cielo
más claro para mí que para alguno,
ya no me sufre el suelo,
ya canso, ya importuno,
que no asegura el hado bien ninguno.
Ya el alto monte y sierra
mi descanso me encierra no sé adónde,
ya me falta la tierra,
ya todo se me esconde,
y sólo el Eco es quien á mí responde.
Si el grave mal que siento
recibe igual las selvas, prados, rios,
por testigos presento,
y estos valles sombríos
que los hacen crecer los ojos mios.
Tan firme y puesta os hallo,
pastora, en mi memoria, que es espanto,
si lloro, si hablo ó callo,
si rio, si hago llanto,
si alguna vez, por consolarme, canto.
Pastora, si entre tanto
que mi mal te presento tú me alejas,
¿de qué sirve mi llanto,
de qué sirven mis quejas,
de qué sirve cansarte las orejas?
¿Qué sirve tener puesto
un tan firme propósito en amarte,

si la color del gesto
jamás ha sido parte
para que un hora quieras ablandarte?
La vida no la quiero,
la muerte airada siga su victoria,
que bien ninguno espero,
estando tu memoria
ausente de mi bien y de mi gloria.
Vaya el ganado mio
sin pastor ni gobierno á su fortuna,
ora beba del rio,
ora en corriente alguna,
ora beba del agua en la laguna.
Ora el alto pimpollo
por el suelo derribe al verde prado,
ora el tierno cogollo,
ora coma el sembrado,
ora destruya el pasto ques vedado.
Que todo lo destruya,
que sea su pasto espinas, sean abrojos,
pues es la culpa tuya
de ver tantos enojos,
duélete ya, pastora, de mis ojos.
Duélate, espejo claro,
verme de tres contrarios combatido,
sin ayuda ni amparo,
sin culpa perseguido
de ausencia, desamor y del olvido.
Tu Silvio soy, Zarfira,

tu Silvio soy, si gustas que me nombre,
tu Silvio es quien sospira,
de tu Silvio es el nombre,
y el nombre quede, aunque se muera el hom-
Si en tu memoria quedo, (bre.
Zarfira mia, quedaré contento,
que bien sé que no puedo
durar solo un momento,
que me faltan las fuerzas y el aliento.
La vista se me ciega,
ya se va todo el cielo trastornando,
ya se menea la vega,
y el suelo está temblando,
y el prado en torno se anda meneando.
Que se trastorne el cielo,
que el sol á medio dia se escurezca,
que se ande todo el suelo,
y que de dia anochezca,
no es mucho al que no siente le parezca.
Que ya el sentido pierdo,
pues un sudor me cubre el rostro helado,
ya caigo sin acuerdo,
y del dolor cansado,
le rindo al suelo el cuerpo desmayado.
Pues ya de vos me aparto,
por lo que os quise y quiero, todo junto
os ruego, pues yo parto,
que no partais un punto
la memoria del cuerpo ya difunto.

Venid á socorrerme,
Zarfira mia, que es la hora postrera,
pues no puedo valerme,
si adonde estais os viera,
si os viera yo, Zarfira, no muriera.
¿Adónde estás, señora,
pues ves que por tu causa voy muriendo?
yo ya parto, pastora,
y así callo, diciendo:
en tus manos, Zarfira, me encomiendo.»

Tanta tristeza les dió
el caso que Nemoroso
del pastorcillo contó,
que cada cual le lloró
como si fuera su esposo.
Y si lícito les fuera,
cada pastora saliera,
segun que tenien la ira,
sólo á buscar á Zarfira
para decirla quién era.
Que tanta inhumanidad
contra un pastor tan rendido,
no es señal de honestidad,
sino señal de haber sido
muestra de toda crueldad.
Y dijéranla tambien,
que en pechos nobles no dura
crueldad tan áspera y dura,

ni que tampoco está bien
dureza en tanta hermosura.
Y ya que ella ser quisiera
más que tigre cruel y fiera
porque al pastor no mirara,
pues sola una vez bastara
para volverla de cera.
Que si en tan tierna pastora
tan de veras reina y mora
tan áspera ingratitud,
si no es falta de virtud
es indicio de traidora.
Mas Nemoroso, que vido
el fuego que iba encendido,
les dice: «Pastoras bellas,
cesen ya vuestras querellas,
pues es trabajo perdido.
Y pues que yo os he contado
todo cuanto habeis mandado,
Cintia, pues está presente,
mande que Coridon cuente
algun caso delicado.»
Cintia, por cuya beldad
el Coridon se abrasaba,
por no mostrar liviandad,
lo que en él mirar faltaba
suplie con su voluntad.
Y aunque el alma al Coridon
habie dado por despojos,

era de tal discrecion,
que no osaba alzar los ojos
por no mostrar su aficion.
Y tiene en tan tierna edad
y con tanta honestidad
engastada una hermosura,
que mostró en ella natura
mezcla de divinidad.
Porque cuando la formó
tan espantada quedó
de hermosura tan bella,
que al punto, envidiosa della,
la propia estampa rompió.
Y así de tal gentileza
la dotó naturaleza,
que mostraba ser bastante
lo menor de su belleza
para ablandar á un diamante.
Mostró dos soles ardientes,
una frente celestial,
las mejillas de un cristal,
de un blanco marfil los dientes,
unos labios de coral.
Cuello sacado y derecho,
tan blanco, que parecia
nieve que se derretia
por la senda que del pecho
los dos pechos dividia.
Mano larga y delicada,

más blanca que nieve pura,
y más que leche cuajada,
en la cual quedó abreviada
con su poder la natura.
Y por no ser melindrosa
ni parecer mal criada,
quiso, como era avisada,
hablar con cara amorosa,
alegre y regocijada.
Y abrió la divina boca,
extremada en perfeccion,
y dice á su Coridon:
«Pastor, por lo que me toca,
te propondré una cuestion.
Con tal que en nuestra presencia
nos prometas de juzgar
sin pasion la diferencia,
y sobre ella pronunciar
la justa y recta sentencia.
Y la cuestion que pondré
tú nos la desatarás,
aunque, pastor, por mi fé
que es tan difícil, que sé
ques imposible ser más.
Pero al fin, con la viveza
que te dió naturaleza
para todo enigma y juego,
y con que yo te lo ruego,
podrás mostrar tu agudeza.

Quiero primero avisarte
que me darás gran contento,
y si yo tengo en tí parte,
claro verás que el rogarte
no es ruego, mas mandamiento.»

PREGUNTA.

CINTIA.

Es, pues, la cuestion, pastor,
que en un valle repastaban
dos pastoras, que en valor
á la madre del amor
en hermosura igualaban.
Eran de una misma edad,
y en valor y calidad,
y en discrecion y hermosura,
y en gracia, aviso y cordura,
llevaban una igualdad.
Eran las dos tan lozanas,
y en el traje tan galanas,
que en su estilo y gallardía
bien claro se descubria
no proceder de aldeanas.
Y en riqueza y en caudal
cada cual es principal,
pero en hermosura, Dios

quiso que fuesen las dos
en igualdad sin igual.
Tambien guardaba ganado
un pastor en aquel valle,
tan discreto y avisado,
de tan gentil arte y talle,
cual jamás rigió cayado.
Este pastor se moria
por amores de la una,
y ella tan mal le queria,
que velle en parte ninguna
de sus ojos no podia.
Tanto, que si dél se hablaba
ó alguna vez se mentaba,
asina le aborrecia,
que en mentándole escupia
y los oidos tapaba.
Mas este desabrimiento
no estorbaba el pensamiento
ni firmeza del pastor,
ántes tenía tanto amor
cuanto ella aborrecimiento.
Y estotra hermosa pastora
al pastor amaba tanto,
que si él tardaba algun tanto
sus ojos luégo á la hora
daban las riendas al llanto.
Y era en tanto extremo el lloro
que el amor causaba en ella,

que la amorosa centella
le hacie perder el decoro
de honesta y casta doncella.
El pastor á esta postrera
tan mal la vino á querer,
y tanto la aborreciera,
que gustara tener fuera
los ojos, por no la ver.
Y era tal su desamor,
cuanto era della el amor,
porque tan grandes enojos
recibie en verla el pastor,
que se tapaba los ojos.
En efecto, en igual grado
era amado y desamado,
y á la què el pastor amaba,
aquesa le desamaba,
y era de la otra amado.
Despues vino á ser forzado
á que, en pena de un pecado,
destas dos pastoras bellas,
diese la muerte á una dellas
sin que rehusase el mando.
Mándanle que á cual quisiere
ó á cual más gusto le diere,
sin excusa ni desvío,
que ejecute á su albedrío
la pena en la que escogiere.
Agora pido á Coridon

que cuál será más razon
que muera, la que le ama,
ó la que al pastor desama;
y esta es toda la cuestion.
El Coridon, que colgado
de su dulce boca estaba
todo el tiempo que hablaba
tan atento y trasformado,
que ojo ni ceja mudaba,
responde: «Pastora hermosa,
seráme bien fácil cosa,
siendo á vuestro gusto ella,
cualquiera dificultosa
si os habeis de servir della.
Y así fácil se verá,
hermosa y bella señora,
cuál de aquestas pagará,
y cuál de las dos será
la desdichada pastora.
Y agora, para serviros,
quiero, señora, pediros
que me deis vuestro favor,
en cuenta de mis sospiros
y en pago de tanto amor.
Que con el favor, yo sé
cuán claro os desataré
la cuestion que me mandais,
si agora atento escuchais
como os lo pide mi fé.»

SUELTA LA CUESTION CON OTRA SEMEJANTE.

La duda que está puesta es harto grave,
y aunque es tambien suave y deleitosa,
es bien dificultosa para quien
no la ha entendido bien ni la ha leido;
un caso acontecido les diré,
y en ello pensaré que hecho harto,
un punto no me parto de lo cierto.
Sabreis que en un gran puerto que tenía
un Rey de Alejandría, hubo dolencia
de grave pestilencia, que duró
dos años, y murió infinita gente.
Viendo este inconveniente un caballero,
pensó, como artero, de embarcarse,
y cuando vino á hallarse cerca el mar,
allí vino á encontrar á dos mujeres,
de buenos pareceres y hermosas,
discretas y graciosas, que huian
del pueblo do morian de temor,
y viendo su dolor, él las rogaba
y mucho suplicaba que viniesen
con él, y que quisiesen dél servirse,
y si quisiesen irse en compañía,
que él las llevaria de aquel puerto.
Hicieron su concierto, y navegando
él se fué enamorando de una de ellas;

y aunque eran las dos bellas, pero ésta
se llamaba Doresta, y él la amaba
tanto que pensaba de venir
por sola ella á morir; mas ella es tanto
el dolor y quebranto que sentia
el rato que le via, que quisiera
volverse, si pudiera, tan de presto
á do muriera presto, por no verle;
y fué el aborrecerle de tal suerte,
que recibia la muerte ella cuando
él la estaba mirando: pues agora
á estotra que Aurora se decia
volvamos, que queria de tal arte
á aquel galan, que parte no sabía
de sí cuando le via, porque ella
le parecia una estrella del Oriente,
tan entrañablemente le amaba,
que á sí mesma olvidaba en su servicio.
Y aqueste, que Salicio se decia,
ni áun vella no podia de los ojos,
mas ella, de hinojos ante dél
se pone, y cruel le está llamando,
porque la va dejando en tanto olvido.
Vino á ser Dios servido que la gente
de la nave presente enfermó,
y tan al fin llegó de aqueste mal,
que por peste mortal ellos llamaban,
que se escandalizaban de lo ver,
y vienen á entender que aquestas dos

el mal que les dió Dios habien traido,
porque habian venido de do estaba
la pestilencia brava y tan pujante;
porque de allí adelante haya remedio,
mandan que se dé un medio de espantar,
y es, que echen en la mar la una dellas,
pues son doncellas. Solo el sacrificio
tiene de hacer Salicio, aunque por fuerza,
y que desto no tuerza ni rehuse,
ni tampoco se excuse con decir
que más quiere morir que cometer
tal cosa, que á su ver no determina
cuál será la mezquina del castigo;
pone á Dios por testigo y su inocencia
que ellos den la sentencia, y que lo hará
y la secutará sin más embargo,
que ellos tomen el cargo de mandar
cuál ha de pagar destas señoras,
pues fueron causadoras de tal daño;
y así sin desengaño ellos juzgaban,
y que así lo mandaban, que aquesta
que se dice Dorotea que muriera,
pues nunca se doliera de Salicio,
y por su maleficio aquí pagara,
que Aurora es cosa clara que merece
que Salicio ya empiece á adoralla,
y á la otra dejalla con su pena,
pues ella se condena y lo ha querido,
y á él ha aborrecido desta suerte,

que aquesta den la muerte lo mandaban,
y así lo pronunciaban por sentencia,
y que allí en su presencia fuese al mar,
pues nunca quiso amar al caballero;
y que él sea el carnicero deste hecho,
y quél se cierre el pecho á la piedad,
y sin humanidad lo ponga en obra,
pues la razon le sobra para esto,
y que enseñe buen gesto desde agora
á estotra dama Aurora, pues testigo
el mundo es que castigo no merece,
y si pena padece es por su culpa,
que el amor la disculpa; mas mirad
que era gran crueldad que muriera
quien tanto le quisiera á este Salicio,
y que era maleficio que esta dama,
pues que á Salicio ama, que fenezca,
sino que él la obedezca, y así ha sido
la razon que ha traido más virtud,
que es gran ingratitud que no se haga
que ingratitud sea paga deste amor,
y que con desamor venga á pagarlo.
Mas vienen á dejarlo en la mano
de Salicio, y que mano sea con ellas,
y diga cuál es dellas la que tiene
de morir, pues conviene que una sea,
y que lo mire y vea, y quél la escoja,
y aunque tomó congoja en lo aclarar,
primero quiso dar su razon

porque más la cuestion clara constase,
y él la determinase más á gusto,
dijo que era muy justo que muriese
Aurora, y que perdiese allí la vida,
pues no era su querida, y su vivir
era para morir, pues en un punto
él tornaba difunto si la via,
y así que moriria si la viese
cerca de do estuviese; mas Doresta,
él dice, vívame ésta y muera todo
el mundo, pues es lodo en su respeto,
que aquesta yo os prometo que es del cielo,
y que si está en el suelo es de prestado;
y pues que me han mandado que yo diga
la razon que me obliga á lo decir,
es que puedo bien vivir sin Aurora,
mas no sin mi señora, que es Doresta,
y así quiero que esta Aurora sea
echada do no vea más el mundo,
y sea en el profundo deste mar:
y pues no hay apelar de aquestos hechos,
tomóla por los pechos y echóla
donde una grande ola la llevaba,
y allí la trastornaba y la hundia,
que á lástima movia, y se ahogaba,
y agonizando andaba por hablar,
y detúvola el mar un poco en alto,
y con aliento falto, aunque no todo, (ro,
le habló de aqueste modo: «Aunque yo mue-

ingrato caballero, plega á Dios
os goceis los dos mejor que Aurora,
pues áun sola una hora de placer
jamás la fuí á tener, mas estoy cierta
que aunque yo quedo muerta, que no muere
mi fé, que tanto os quiere y ha querido,
y el ser desconocido no ha bastado
á que yo haya trocado mi deseo;
mas ¡ay, Dios! que me veo ya hundir.»
Dió fin á su vivir así con esto,
porque se hundió de presto en aquel agua,
pero era una fragua toda ella,
segun el fuego en ella habie reinado.
Mirad qué bien pagado fué el amor,
pues fué pena y dolor lo que la dieron,
y á muerte la trujeron, y así aquí
me pareció á mí que la razon
desató la cuestion dificultosa,
y aunque ha sido enfadosa, perdonad,
pues á mi voluntad fué contentaros,
y serviros en todo y agradaros.

Mostró tal sentimiento,
tal aviso y discrecion
en desatar la cuestion,
que á todos dió gran contento
la gracia de Coridon.
Y en las razones que dió
por la una y otra parte

tan raro ingenio mostró,
que con milagrosa arte
del sér humano salió.
Y tan eficaces fueron
del Coridon las razones,
que entre ellos se dividieron,
y diversas opiniones
y pareceres siguieron.
Unos dicen que la Aurora
era razon que muriera,
los otros que no lo era,
mas la hermosa Filodora
los habló desta manera:
«Pastores, razon será
que se repaste el ganado,
pues el calor es pasado,
y el sol se trastorna ya
por detrás de aquel collado.
Y aunque el sabio Coridon
satisfizo la cuestion,
mañana, si alguno hubiere
que de otro parecer fuere,
oirémosle su razon.
Y en tanto, pastores, vamos,
pues es pasada la siesta,
y el ganado recojamos,
y mañana en la floresta
nos aguardad, ó aguardamos.»

GUERRA CAMPAL DE AMOR,

DE MUCHO INGENIO,

Y PROVECHOSA PARA EL LECTOR.

Mueve un gran Rey de corona
una guerra en mis entrañas,
la mayor que en las Españas
pudo ver jamás persona,
ni en otras tierras extrañas.
Este Rey es el Amor,
general es el deseo,
capitan el devaneo,
y el alférez un favor
venido por jubileo.
Coronel es el querer,
y el pagador general

es un curso temporal
que se va, y no ha de volver
á dar remedio á mi mal.
Los sentidos son espías,
las memorias tesoreras,
y de gentes extranjeras
la menor de mis porfías
lleva treinta y seis banderas.
La divisa es un granado
con mucha fruta sin flor,
y una letra al rededor
que dice en oro cendrado:
«Olvidar es lo peor.»
Van los tristes pensamientos
por banderas desplegadas,
descogidas y estiradas,
con mil suertes de tormentos
y fatigas no pensadas.
Aquí sirven de atabales
los golpes del corazon,
el pífano es la pasion,
las tiendas de los Rëales
lleva sola el aficion.
Señálese por sargento
el mayor de mis dolores,
y por aposentadores
al pesar y al descontento,
y á la rabia y disfavores.
Los sospiros encendidos

llevan el artillería,
caballos é infantería
los cuidados y gemidos
que engendró mi fantasía.
Quien provee á lo necesario
son las honras de la gloria,
y un despertar la memoria,
para hacer que el contrario
no se lleve la victoria.
Lleva algunas municiones
un poder harto pequeño,
y hánle de guardar el sueño
seis cuarteles de pasiones,
porque no tenga otro dueño.
El cargo del carrüaje
se le han dado á la esperanza,
y que no haga mudanza
si robaren el bagaje
ó si viere gran matanza.
Y porque esté más seguro
el campo cuando se vela,
ha de hacer centinela
el temor del mal futuro,
que con la prudencia vela.
Serán caballos ligeros
para descubrir caminos
congojas y desatinos,
sirviendo de arcabuceros
los antojos sus vecinos.

El médico y cirujano
es el lloro, y la botica
las palabras que publica
quien no halla fé en hermano,
ni en posada pobre ó rica.
Mandan que el hospital quede
en las manos de la queja,
y esta letra en una reja:
«El triste que más no puede,
á la fin morir se deja.»
Ya salen todos al campo,
ya quieren hacer la muestra,
la voluntad es maestra,
y la sinrazon del campo,
que apercebido se muestra.
Van de diez en diez marchando,
de ciento en ciento en hilera,
y la gloria que se espera
va las gentes animando
con un lirio en la bandera.
El amor va en la batalla
y el esfuerzo es la vanguarda,
y viene en la retaguarda,
con los suyos sufre y calla
cada cual con su alabarda.
Las aflicciones que paso
son los gastadores bravos,
que cavan por todos cabos,
allanando cualquier paso

de abrojos, piedras y clavos.
A cercar van una roca
que es de puros dïamantes,
las trompetas resonantes
son los gritos de mi boca,
que salen ántes con ántes.
La gran roca está metida
en tierra de libertad,
y tiene tal calidad,
que en mirar dá muerte y vida
sin otra seguridad.
Primor es su barbacana
y la cava es aspereza,
las torres gloria y grandeza,
las velas luz soberana,
las espías gentileza.
Tiene el sitio entre adversarios
y ella de valor cerrada,
de trabajos torreada,
y aunque fieros y contrarios,
con ellos está guardada.
Su divisa es la de Europa,
de perlas toda y de oro,
y esta letra al pié del toro:
«Quien á su enemigo popa,
tarde se libra de lloro.»
Ella no tiene padrastros
de donde poder batirse,
ni aprovecha descubrirse,

porque no hay en ella rastros
para minarse ó subirse.
Furias de tigres y osos
hay allí para rehenes
de los venideros bienes;
mis lágrimas hacen fosos,
y altas puertas sus desdenes.
Son las puentes levadizas
disimulacion y engaño,
y un abierto desengaño
de mil colores postizas,
que no aseguran de daño.
Unas onzas y unos lobos
son las guardas de las puertas,
y unas razones inciertas,
que sin ver hacen sus robos,
dejando las almas muertas.
A la entrada está un portero
que á las gentes lisonjea,
y un aviso, donde vea
que es coger agua en harnero
quien allí placer desea.
De seso almenas y muros,
donde hay letras infinitas,
y dicen las que ví escritas:
«Los que olvidan van seguros
del amor y de sus gritas.»
Artillero es el reposo,
atambor la buena fama,

el trompetero se llama
el estado venturoso
de quien las virtudes ama.
La bandera es diligencia,
el pífano es el acuerdo,
la memoria no me acuerdo
verla allí hacer presencia,
tanto como el desacuerdo.
Crüeldad es el Virey
en esta roca terrible,
y hermosura increible
que quebranta toda ley
y cualquier fuerza invencible.
La triste osadía llegó
á reconocer el fuerte,
y el desprecio de la muerte
de tal arte la encontró,
que venció como más fuerte.
Al cercar aquella peña
de todos hizo tal caso,
como hizo en campo raso
de una mosca una cigüeña,
ó el gran mar de un chico vaso.
De fuera hacian trincheas,
y terraplenos de dentro,
y echaban (si habia rencuentro)
fuegos de las azoteas,
sin poder huir de dentro.
A la espalda de un repecho

la ocasion hizo una mina,
mas luégo la contramina,
calla callando, el despecho
y un desden que desatina.
Ya se baten las murallas,
ya tiemblan tierras y cielos,
avisos y desconsuelos
dan órden en las batallas,
y á vuelta dellos los celos.
Terrible es la polvareda,
espantable el humo y grita,
la confusion infinita,
y la roca siempre queda
con la gente que la habita.
Ya la municion faltaba,
y en la roca habia de sobra,
y así vino la zozobra
á contar cuanto pasaba
sin fruto en aquella obra.
Las espías se descuidaron,
y agora (como esta cuenta)
salieron gracias sin cuenta,
que en campo las condenaron
á muerte y penosa afrenta.
Una encamisada dieron
el astucia y falsa risa,
y dejaron en camisa
á la ventura, y huyeron
con su estandarte y divisa.

El atambor quedó preso
y el jüicio que gobierna,
la razon perdió una pierna,
y el entendimiento y seso
el placer y fama eterna.
El alférez pudo irse
donde el atambor estaba,
y en aquella priesa brava
disimular ó encubrirse,
pero no le aprovechaba.
Perdió la esperanza parte
del bagaje y el un ojo,
la gentileza, el despojo
en tres partes lo reparte,
libre de envidia y de enojo.
En unos por cumplimiento,
en otros por el deber,
y en los otros por poner
la vida en el rompimiento
de tan alto merecer.
En vanguarda y retaguarda
ha sido tanta la rota,
que no queda sana cota,
y dicen que si amor tarda,
que la gente va de rota.
Al peligro manifiesto
mandó amor que me sacasen
la sangre, y que la mudasen
en buen alquitran de presto,

y al artillería esforzasen.
Y fuesen mis huesos tiros,
pólvora mis carnes tristes,
y que la enciendan los chistes
de aquella que en mis sospiros
sin fruto llamar oistes.
Desta suerte amor anduvo
docientos y quince meses,
rompiendo gentes y arneses,
y jamás la roca tuvo
con usar cien mil reveses.
Trabóse una escaramuza
con el daño y mi salud,
y vino la ingratitud,
como á España el moro Muza,
por dar fin de mi virtud.
Y destruyó desta vez
casi los alojamientos,
y llevó mis pensamientos,
como cristianos á Fez,
captivos y descontentos.
Y porque en prision no mueran
mandó que los encantasen,
y que nunca más tornasen
á las tierras de donde eran,
ni jamás los rescatasen.
Allí estaba la venganza,
del hecho tan vergonzosa,
que, de vergüenza rabiosa,

se ha hecho una desvergüenza
que no duerme ni reposa.
Y así al sufrimiento dijo
que la gente aparejase,
y que sin temor entrase
por mitad, sin ser prolijo,
y á romper se aventurase.
Y que se hiciese luégo
áun ántes que anocheciese,
y el amor mandó que fuese
(aunque herido) el sosiego,
y las gentes rehiciese.
La paciencia fué tambien,
por ser camaradas todos,
y han hallado ciertos modos
para sufrir mal y bien,
mejor que Griegos ni Godos.
Con martillos de á tres puntas
llevan yunques por divisas,
y en las partes que están lisas
estas tres palabras juntas,
que dicen: «Mira qué pisas.»
El atrevimiento vino,
por divisa un rayo lleva,
y abajo esta letra nueva:
«Para todos hay camino
si hay alguno que se atreva.»
Cada uno se rehizo,
y oyeron tocar al arma,

y llega con su bisarma
el rigor, que los deshizo,
y uno á uno los desarma.
Tornaron á rehacerse
veinte banderas perdidas,
quieren arriscar las vidas,
para ganarse ó perderse
en pendencias tan reñidas.
Vino la esperanza coja
de un terrible esmerilazo,
el trabajo con un lazo,
la rabia con la congoja,
tambien con su ramalazo.
Vinieron los desplaceres,
y sin armas los antojos,
y la voluntad sin ojos,
para ir tras los placeres
y huir de los enojos.
Son aventureros éstos,
y así ordenan de aguardallos,
armas tienen y caballos,
de pesares manifiestos
para seguir y alcanzallos.
A la discrecion convidan,
pero, como no parece,
la desventura se ofrece,
con que los bienes se impidan
y goce quien no merece.
Vino con mil embarazos

el descanso casi muerto,
luégo vino el buen concierto,
quebrados entrambos brazos,
sin nariz, y cojo, y tuerto.
La razon ya en sí no cabe,
vino sin piés ni cabeza,
á cada paso tropieza,
quiere hacer una nave
que en el mar no haya tal pieza.
Y que con ingenios vaya
y á la gran roca se allegue,
y en ella unos fuegos pegue
con tres dardos de Vizcaya,
sin que al contrario se entregue.
Como gran señor de todo,
el consentimiento dice:
«Este fuego no se atice;
sepamos primero el modo,
por si alguno contradice.»
El furor vino corriendo
con un gran fuego en las manos,
por divisa unos alanos,
que á un leon están mordiendo
en la mitad de unos llanos.
Y despues vino la honra,
de la cabeza á los piés
cubierta con un pavés
que le puso la deshonra,
sin quitárselo despues.

Los remedios casi muertos,
sin municion ni mosquetes,
llegaron, y unos negretes
que se llaman daños ciertos,
con buenas lanzas y almetes.
Acordaron como estaban
probar algunos asaltos,
y subir por unos altos
al lugar que deseaban,
estando aún de fuerzas faltos.
Mas vieron agüeros malos,
que en una mesa de gonces
tropezó la fama entónces,
por dar no sé á quién de palos,
que con ella andaba en ronces.
Marchan por entre pinares
con el gran hervor del sol,
por divisa un tornasol,
la letra «huye pesares,»
escrita con alcohol.
Tras ellos se va el afan,
dicha buena los prospere,
que al primero que venciere,
por vencido lo tendrán
donde quiera que estuviere.

CARTA MUY GRACIOSA

QUE UN LABRADOR ENVÍA Á SU QUERIDA, CON QUIEN PIENSA CASARSE, Y UNA RESPUESTA DELLA POR EL MISMO ESTILO.

SOBRESCRIPTO.

Carta para Pascuala de Alcolea,
y hála de dar el hombre que la diere
en Fuencarral, en cas de Dorotea,
si Pascuala en el pueblo no estuviere.
Y ha de decir que así como la lea
responda, y de la suerte que pudiere,
y de otras seis que tiene, fuera desta,
porque quedo aguardando la respuesta.

CARTA.

Pascuala mia, sabrás como el vicario,
leyendo unas coplillas y sonetos
á donde te alabé, vió un calendario
de varios y graciosos epitetos.
Y mandó que ninguno de ordinario
llame blanco á lo azul en sus concetos,
de suerte que los títulos pasados,

sopena de la pena, sean borrados.
No quiere que te llame, vida mia,
descanso, rosa, luz del alma y gloria,
tesoro ó paraíso de alegría,
regalo celestial de mi memoria.
Y así no cantaré como solia,
de las tejas abajo irá mi historia,
aquello cese, y sey tú en mi tormento
más linda que los nabos en Adviento.
Mas ¿quién podré llamar para alabarte
de lindos ojos, manos y cabellos,
que no hay dioses ni musas de mi parte,
ni ingenio para bien tratar hoy dellos?
No hay mármoles do pueda compararte,
ni grandes campos, siendo tú más que ellos;
de las cosas del cielo ya no oso,
que la razon me hace temeroso.
Pues compararte yo á rubias candelas
parece poco en tan gentil sujeto,
compararte á las naves con sus velas
es ménos y no llega á mi conceto.
¿Pues qué haré? que sólo me consuelas
con un hacer así estando en aprieto,
entre hermanos y tios y un fiero padre,
que riñe (áun si me hablas) con tu madre.
Y en mi conciencia pecadora juro
que tu beldad me alivia en mis trabajos,
y tanto, que me es claro el tiempo oscuro,
y lirios las cebollas y los ajos.

Las turbias aguas sonme vino puro,
las perlas, sin tu luz, escarabajos;
pues calla tú, por vida de mi alma,
que yo siento el dolor y estoy en calma.
Tus virtudes jamás fueron oidas,
¿quién aspa más que tú? ¿quién más devana?
¿quién tiene las gallinas recogidas?
¿quién salta de la cama de mañana?
¿Quién remienda sus sayas á escondidas,
si no eres tú, que traes de buena gana
las manos en la masa, revolviendo
la casa, ora cantando, ora riñendo?
La grana me parecen tus carrillos,
más blanca que la cal tu mano larga,
tu boca huele á peras y membrillos,
tu lengua en el decir no es hiel amarga.
Tus pechos me semejan dos ovillos,
no de lino, ni de estopa, ni de sarga,
sino de seda blanca y de manteca,
ó rosa del rosal que no está seca.
Cilleruedas, solomos, longanizas,
rellenos, obispillos, butagueñas,
no llegan al mortal fuego que atizas,
que al agua enciende y rompe cien mil peñas.
Cogiendo allá en tu lumbre las cenizas,
gran parte del rigor crudo me enseñas,
pues siendo brasa yo y ceniza todo,
no remedias mi mal de ningun modo.
Sabrosa mucho más que huevos fritos,

no en aceite de enebro ó de ballena,
sino con menudillos de cabritos,
en cazuela mogí süave y buena.
Muévante á compasion la rabia y gritos
que doy por tí cargado de mi pena,
y no me vales con saber que peno,
y quiero más tu bien que no el ajeno.

Las ollas de Alcorcon son poca cosa
comparadas á tí, ni áun los olleros,
porque eres más süave y más hermosa
que las hijas de algunos escuderos.
La luna por el cielo va pomposa,
no cura de mis daños lastimeros,
ni el sol, ni el mar, ni tú siendo quien eres,
amiga de mi daño y tus placeres.

Más linda que el bizcocho y los confites
que van en la galera á tierra extraña,
más linda que truhanes en convites,
y más que pistoletes de Alemaña.
Más linda que ganar en cuatro envites
más ducados que caben en España,
mira que veo en ver tu linda cara
las mantequillas de Guadalajara.

Está por tí mi alma aprisionada,
cual suele en la tortilla de los huevos
el torrezno quedar de la lunada,
ó á fuego manso perdigones nuevos.
Más fria para mí que nieve helada,
más áspera que todos los mancebos

que van por esas calles desvaidos,
quejosos del amor y desabridos.
Soberbia estás en ver tu hermosura,
tu garbo, gentileza y lindas manos,
que á los pasteles de mejor dulzura
dejan atrás, y á mí en trances humanos.
Antojo extraño, brava desventura,
que seas más que en Septiembre los manza-
y más que los cerezos y perales, (nos,
y huelgues de hacerme tantos males.
Pues no hay en San Martin cada año vino
ni en Somosierra nabos abundantes,
más presto faltan huevos y tocino
que en Salamanca locos y estudiantes.
Todo se acaba, y todo va camino,
y así te aviso y digo ántes con ántes
que te has de hacer vieja, no te quedes
burlada como el pez entre las redes.
Parece ahora tu rostro á las lechugas,
y á las cimas del cardo aquesos dientes,
tus pechos, tus espaldas, son pechugas
de perdices, cristales transparentes.
Pues guárdate no salgan cien arrugas
en la frente y mejillas excelentes,
que entónces más querria en mi barbecho
un grande muladar, que tu provecho.
¡Oh dones nunca vistos de las gentes!
mira que tus cabellos me parecen
al alazor que echamos comunmente

en las ollas y salsas que se ofrecen.
Tu garganta parece á un pan caliente,
tus ojos á los lirios que florecen,
tus labios á las rosas, y tú toda
pareces á la novia de la boda.

Yendo á la misa va tu cuerpo tieso,
y pienso, como vas quedito andando,
que tienes en los piés algun divieso,
ó que en vidrios ó en huevos vas pisando.
Si te habla ó encuentra algun travieso,
tú callas, aunque él pase sospirando,
y te vas así como paloma blanca,
sin dársete á tí de ello media blanca.

No hay salpicon ni mesas de señores
que lleguen al primor de aquestas cosas,
ni prados por San Juan llenos de flores
te igualan, ni clavel, ni blancas rosas.
No hay vestidos tan ricos ni primores
en Príncipes ni en damas muy hermosas,
que no sea poco, y más cuando tú allegas
la basura al rincon ó cuando friegas.

Pues vuelve en tí y contempla que me ma-
y no juegues así al pasa-Gonzalo; (tas,
¿por qué en esta prision no me desatas,
pues tienes de ella tú el mando y el palo?
Más linda y más sabrosa que las natas
que se hacen allá en Zamarramalo,
más linda que gallinas y capones,
¿adónde han de llegar tantas pasiones?

Cual suelen alegrar las ensaladas
y el vino, allá por Julio, á los que siegan,
y el almodrote y ollas bien guisadas
á los que con gran hambre acaso llegan;
Cual suelen ser las frutas sazonadas
á aquellos que con gusto á ellas se entregan,
cual suele ser el trigo á las hormigas,
tal eres tú en mis penas y fatigas.

Más dulce que las uvas moscateles,
más dulce que la miel que hay en Cerrato,
más sabrosa que azúcar y pasteles,
más dulce que un lechon y más que un pato.
¿Qué sopas hay en queso, ó qué toneles
de escabeche en Vizcaya tan barato,
qué conservas, qué dulces confituras
se igualan á tus grandes hermosuras?

Si hilas en tu casa agora, ó ciernes,
ó estás fregando, comes ó rastrillas,
ó limpias los garbanzos para el viernes,
ó haces para el sábado morcillas.
Yo huelgo que en tus cosas te gobiernes
de suerte que no veas mis mancillas,
que á verlas, el vasar, platos y ollas
darias al diablo, y áun las cebollas.

No mirarias al sol de tanto espacio
adonde tiene el huevo la meaja,
ni barrieras, cantando, tu palacio,
mirando y revolviendo cada alhaja.
Y yo ausente de tí, cansado y lacio,

que me derribarán con una paja,
llorando mi ventura estoy confuso,
y tú alegre y contenta con tu huso.
Pues si vas al corral ó sarmentera
por alguna gavilla de sarmientos,
acuérdate de mí, haz que no muera
por sólo tu descuido en mis tormentos.
Si agujerada vieres tu caldera,
ó tu pandero roto, en dos momentos
te acordarás de mí, que así yo viva,
que tengo el corazon como una criba.
Pues si las chinches pican ó las pulgas
de noche, ó cuando duermes en la siesta,
acuérdate de mí cuando repulgas
tu saya, porque vayas más honesta.
Si alguna vez á tu carrillo espulgas,
ten cuenta con mi pena manifiesta,
piensa tambien en mí cuando te peinas,
porque te quiero más que á veinte Reinas.
¡Oh más dulce que en leche pan mojado!
¡más dulce que piñones ni castañas!
¡más dulce que el almendro azucarado!
¡más dulce que el placer con que me engañas!
Acuérdate de mí en aqueste estado,
que tengo el pecho todo y las entrañas
como manteca al fuego, y en su fragua
me arroja amor como carbon en agua.
No pienses en nidales ni en candiles,
ni mires si se rompen tus zapatos,

ni cosgas tus mampiés ni tus mandiles,
ni guardes las cazuelas de los gatos.
Deja lejía y jabon, deja badiles,
no te cures de andar en garabatos,
mira mi mal, no mires lo que valgo,
y al cabo mira bien que miras algo.

¡Quién pudiera llegarse callandito
y ayudarte á fregar cuando fregaras,
ó quién pudiera verte un poquitito
al amasar, ó cuando te acostaras!
Mas ántes se verá andar el cabrito
como el anguila en aguas limpias, claras,
y el águila en los aires, que consientas
ver en reposo alguno mis tormentas.

¡Oh fiera, que cien mil ánimas robas!
considera rallando el pan y el queso,
atando y desatando tus escobas,
que así me trata amor viéndome preso.
Parezco á las olivas que tú adobas,
parezco, si lo miras, á tu peso,
que acá y allá me lleva la esperanza,
sin que se tenga en filo la balanza.

¡Oh linda, más que el trigo que segamos,
hermosa sobre cuanto más se estima,
más alta que los olmos que podamos,
más linda que el color de cidra ó lima!
¿Cuándo será posible estar entrambos
cual pide el grave mal que me lastima?
¿cuándo querrás dár fin á mis tristezas,

y ablandar para siempre tus durezas?
Si vas á sacar agua de tu pozo,
mis ojos la darán más abundante;
si la puerca parida te dá gozo,
yo muero de dolor por ser amante.
No muero yo, ni vivo, ni me gozo
por ser contigo, á fé, firme y constante,
y en tal de remediarme en mis trabajos,
haces tus barrederos de andrajos.
¿Qué bodegon habria que me igualase,
qué confitero entónces, qué fruteras?
¿qué mercado, qué feria que llegase
á verme alegre de cien mil maneras?
¿Qué mercader habria que soñase
concertarse conmigo, ó qué tenderas?
¿qué manjar blanco habria que pudiese
compararse conmigo si te viese?
Las dulces berengenas y las berzas
tendria en el baile del rey don Perico,
los molletes, los vinos de más fuerzas
serian en tal sazon nada ó tantico.
Deja, pues, el aguja y más no tuerzas,
mira mi mal y piensa que no es chico,
y si estás á la lumbre, piensa luégo
que soy la misma brasa de tu fuego.
Cuando vieres allí puesta la olla,
considera que así mi pecho arde;
mira que como á un cazo amor me abolla,
acuérdate de mí, así Dios te guarde.

No hagas más del gran cielo cebolla,
ni aguardes mis remedios á más tarde;
remédiame y no andes en barajas,
para dejarme así á lumbre de pajas.
No rasgues por tu vida aquesta carta,
basten ya para ogaño estos desdenes;
guárdala, y de contigo no se aparta,
pues cuatro te olvidaste en tus sartenes.
Conténtate en que tengo pena harta
de ver en cuán poquito mi mal tienes,
y no devanes hilo en ella ogaño,
como heciste en todas las de antaño.
Y no burles de mí, pues yo te alabo
más que á las finas granas de Florencia,
y digo que tus gracias son sin cabo,
y sin igual el rostro y tu presencia.
Tu ingenio y tu saber son como un clavo,
que enclava al simple y al de noble ciencia
de tal manera, que el süave canto
se muda sólo en verte luégo en llanto.
Mas no se ha visto flauta ni pandero
más dulce que la voz de tu garganta,
ni sabe el vino tanto al extranjero
como ese tiple cuando se levanta.
Y así como desean otros dinero,
deseo que nos cobije alguna manta,
de suerte que quedemos, de enemigos,
para siempre jamás por muy amigos.
Ceso y no de rogar á Dios que vivas,

y yo tambien si te parece justo,
y mira por tu vida que me escribas,
pues sabes que tus cartas me dan gusto.
Y dá un sospiro cuando ésta recibas,
que será un grande alivio á mi disgusto,
y yo prometo mil por sólo uno,
y muchos más si somos para en uno.

RESPUESTA DE LA CARTA

QUE ENVIÓ ANTON SANZ DE CANALEJA

Á PASCUALA DE ALCOLEA,

SU REQUEBRADA.

SOBRESCRIPTO.

Carta para Anton de Canaleja,
y hála de dar el hombre que la diere
en Camarmilla á Antona la bermeja,
de cualquier vía ó suerte que pudiere.

CARTA.

La tuya recebí con gran contento,
en que me dices que te doy tal gusto
como los tiernos nabos en Adviento,
y así me pareció ser caso justo
Sepas agora mi amoroso intento,
y deseches de tí todo disgusto,
pues es de mí tu alma tan amada
cual la preciosa trucha en empanada.

Llámote vida, de mi vida amparo,
luz de mis ojos que á los tuyos aman,
más dulce para mí que el caldo claro
y que la leche que los niños maman.
En todo lo demás tu ingenio es raro,
todos tu nombre y gentileza afaman,
tu cara para mí es sabrosa y linda,
cual es la dulce y sazonada guinda.

Más que ensalada rica de señores,
con perejil, borraja y yerba-buena,
grajea, granos de granada y flores,
y otras mil cosas adornada y llena,
Son tus requiebros para mí, y amores,
más que el pepino y tierna berengena,
y más sabrosa en todos mis trabajos
que el blanco puerro y las cebollas y ajos.

Más que el melon, cohombro y albudeca,
más que cereza garrafal preciosa,
y si mi lengua de aficion no peca,
más rojo y fresco que la fresca rosa.
Y muy más blanco y lindo que manteca,
y más sabroso que la miel sabrosa,
más que melocoton, manzana y pera,
suave al gusto, hermosa y oledera.

Más que albérchiga fresca toledana,
más que granada y cordial membrillo,
más lindo que camuesa cortesana,
más que limon hermoso y amarillo.
Y aunque en loarte mi rudeza es vana,

y me hallo incapaz para decillo,
afirmar puedo sin vergüenza y miedo,
que hay más en tí que loarte puedo.
No es tan sabrosa la ciruela endrina,
la de pasa ó almendra ó avellana,
ni los alabes gruesos de gallina,
ni la naranja dulce valenciana.
Ni el limon zatalí, ni cidra fina,
ni las sabrosas costras de mañana,
son tan confortativas y gustosas
cual tus palabras dulces y amorosas.
Ni las raíces de la escorzonera,
hechas conserva, dieron tanto gusto,
cuanto de tus palabras la primera
quita del corazon todo disgusto.
Ni pudiera conmigo otro cualquiera
haberse así metido tan al justo
como tú, corazon y pico de oro,
consuelo de mi mal, tristeza y lloro.
Ni el azúcar rosado es tan sabroso,
ni la lengua de buey conserva hecha,
cuanto tu rostro blando y amoroso,
donde amor tira su dorada flecha.
Por cuyos dones y valor precioso
los dos trabamos amistad estrecha,
y eres más blanco que la blanca leche,
más lindo que besugo en escabeche.
Ni la conserva de borrajas digo
que no puede saber lo que tú sabes,

ni el pan caliente de la flor del trigo,
ni las pechugas de diversas aves.
Ni el estimado y oloroso espliego,
ni los jazmines fueron tan süaves,
ni el tomillo salsero ó la azucena,
ni el torongil, poleo ó yerba-buena.
Ni del mero ó toñina de la hijada,
ni del sabroso sábalo se cuenta,
del cóngrio fresco ó la preciosa oblada,
ó la lamprea con su salpimienta;
Que haya sido comida tan preciada,
que si á caer vinieren en la cuenta,
tú no les lleves tanto de ventaja
cuanto oro comparado con la paja.
Ni la sardina fresca, pulpo ó tollo,
ni el bonítalo, melva ó mujol chico,
ni el huevo fresco cuando está el meollo
sabroso, blando, medicable y rico.
Ni el suave comer de un tierno pollo,
luégo que empieza á negrear el pico,
ni lonjas magras de jamon cocido,
ni la sustancia de un capon manido.
Ni francolines pueden compararse,
ni el precioso faisan y delicado,
ni las perdices pueden estimarse
en lo que eres agora tú estimado.
Ni debe con razon en tanto amarse
el género más alto de pescado
que en su salado seno el mar encierra,

con cuantas aves puede dar la tierra.
Más dulce que los dulces requesones
es para mí tu cara colorada,
tus blancos dientes más que los piñones,
quesadas frescas, natas y cuajada.
Más que ojaldre, artalejos y roscones,
y cazuela mogí muy bien guisada,
más agradable que la rica ajorca
y el mantecoso queso de Mallorca.
Ni el blanco arroz con huevos en cazuela,
ni la torta rëal, ni albondiguillas,
ni el relleno obispillo que consuela
las descarnadas venas amarillas.
Ni es tan suave la que se desuela
en hacer las salchichas y morcillas,
las longanizas ó pastel en bote,
ó el hígado sabroso en almodrote.
Más que la olla con sazon podrida,
de diversos manjares rellenada,
el buen tocino y la perdiz manida,
carnero gordo de la riñonada.
Cuyo sabor parece que convida
y abre la gana del comer doblada,
y más sabroso en todas tus razones
que el tierno pan con nueces y piñones.
Y más que vino cordial de Coca,
de San Martin, Madrigal ó Illana,
cuyo olor y sabor luégo que toca
los poros gruesos de la carne humana,

alegra el corazon y le provoca
á hacer su efecto con aliento y gana,
más lindo para mí que el vino tinto
de Ocaña, Yepes, Valdemoro ó Pinto.
¿Quién zapatea, tañe, canta y danza,
quién hace de su cuerpo mil primores,
quién lucha ahora con mayor pujanza
sino tú, corazon, flor de las flores?
¿Y quién más fuerza que tu brazo alcanza,
ó quién alcanzar pudo los favores
que tú, consuelo mio, has alcanzado,
por gentileza y ánimo esforzado?
¿Quién regocija sino tú el aldea,
y quién toma las causas de consejo,
ó quién por defendellas más pelea
como astuto, sagaz, prudente y viejo?
¿O quién, pregunto, como tú se emplea
en dar aceite, pan y vino añejo
á los necesitados caminantes,
que no lo ha habido muchos tiempos ántes?
¿Quién el domingo sale más galano
con su vestido de almenillas lleno,
sino sólo Benito el hortelano,
y el herrador Gil Pabros de Moreno,
y el hijo del Alcalde, Andrés Tolano,
aunque parece de su estado ajeno?
pero con todo, tú les haces raya,
y al curioso Anton Prieto de Minaya.
Quiérote, corazon, por tu belleza,

y por el tierno amor con que me quieres;
tambien te quiero por tu gran nobleza,
porque eres tal, que todas las mujeres
tienen á crueldad y rustiqueza
que no te quiera, siendo tú quien eres;
quiérote, espejo y lumbre de mis ojos,
porque en mirar me quitas los enojos.

Quisiérate escribir mi intento largo,
y por estar un poco embarazada
en la cocina, que es trabajo amargo,
perdonarás si fuere mal notada.
Pero yo me tendré de hoy más el cargo
de te escribir y estar desocupada,
que, como dice la comun conseja,
el que no puede más, morir se deja.

Ceso, bien mio, y ruego á Dios del cielo
que juntos algun dia nos veamos,
para que la tristeza y desconsuelo
en alegría y gozo la volvamos.
Y unánimes en Dios, y en santo celo,
con que nos ama á todos y le amamos,
en amigable compañía estemos,
y el dulce fruto maridal gocemos.

FIN.

ÍNDICE.

PÁGS.

Advertencia. v
Preliminares. 1
Historia de la destruycion de Troya. 9
Historia Zamorana. 49
Romance del moro Muza.. 91
Romance como don Manuel cortó la cabeza al moro Muza. 94
Romance de Bernardo del Carpio.. 99
Romance de don Rodrigo de Bivar.. 104
Romance de la linda Flor de Lis. 108
Romance de don Roldan. 112
Romance de Céfalo y Pocris. 117
Romance de don Diego de Acevedo. 122
Romance segundo de Bernardo del Carpio. . . . 129
Romance de don Manuel y el alcaide de Ronda. 135
Romance de don Rodrigo de Narvaez. 141
Romance del moro alcaide de Ronda y don Manuel.. 145
Romance de Angélica.. 149
Romance del moro Urgel.. 151
Romance de los amores de Albanio y Felisarda. . 157
Romance segundó de lo mismo.. 163
Romance del desafío de don Manuel con Mudafar. 168
Romance de doña Alda.. 174
Romance de Orlando. 176
Romance de Garcilaso y el moro Tarfe. 178
Romance de Montesinos. 184
Romance segundo de Montesinos.. 186
Romance tercero de Montesinos. 188
Romance del llanto que hizo Belerma. 190
Romance de Rugero y Sacripante. 192
Romance de Rodamonte. 194
Romance segundo de Rodamonte.. 197

PÁGS.

Romance de Ariosto. 200
Romance del llanto que hizo Doralice. 206
Historia del moro Albenzaydos.. 209
Romance de Fátima y Jarifa. 227
Romance de Vindarraja.. 231
Romance de Abindarraez. 234
Romance de la batalla de Abindarraez con Rodrigo de Narvaez. 337
Romance de Medoro y Angélica. 243
Romance de Bradamante. 245
Romance de Ero. 248
Romance de Ruy Diaz de Rojas. 251
Romance de don Alonso de Guzman el Bueno. 254
Romance del villano del Danubio. 257
Romance de Scévola. 260
Glosa sobre el romance que dice *Por el rastro de la sangre*.. 262
Otra sobre el romance *Con el rostro entristecido*. . . 263
Otra sobre el romance *De las batallas cansado*. . . 265
Otra sobre el romance *Caballero, si á Francia ides*. 269
Otra sobre el romance *Caballeros granadinos*. . . . 271
Historia del caballero del Febo. 275
Romances pastoriles con diversidad de glosas y canciones. 337
Sonetos. 371
Égloga y Floresta pastoril.. 387
Guerra campal de Amor. 429
Carta de un labrador á su querida. 443
Respuesta de la pastora á su amante. 455

SHELF No. .....

BOSTON PUBLIC LIBRARY.

Central Department, Boylston Street.

One volume allowed at a time, and obtained only by card; to be kept 14 days without fine; to be renewed only before incurring the fine; to be reclaimed by messenger after 21 days, who will collect 20 cents, beside fine of 2 cents a day, including Sundays and holidays; not to be lent out of the borrower's household, and not to be kept by transfers more than one month; to be returned at this Hall.

Borrowers finding this book mutilated or unwarrantably defaced, are expected to report it; and also any undue delay in the delivery of books.

***No claim can be established because of the failure of any notice, to or from the Library, through the mail.

The record below must not be made or altered by borrower.